

LA SOLEDAD DEL MURCIÉLAGO



Juan Arias Bermeo

La soledad del murciélago

©**Juan Arias Bermeo**

Primera edición libro impreso

Noviembre 2011

Editorial Bipedos Depredadores

Páginas: 119

ISBN: 9789978391051

Edición libro digital

Editorial Bipedos Depredadores

ISBN: 9789978391136

Diseño de portada:

"Pluviselva", Margarita Silva

*No se pelea con el pasado,
hay que tragárselo.*

José Ortega y Gasset

CONTENIDO

Palacio de Guápulo.....	9
Radio-Libre Marañón	51
Viaje y destino.....	103

PALACIO DE GUÁPULO

Repican las campanas de medianoche en la catedral de Guápulo, anuncian la aurora del murciélagos pensante. El aristocrático balcón del palacio de Olivares y Yaguarzongo duerme de cara a oriente, no hay nada artificial que lo enfoque salvo la luna que lo baña y arrulla como si fuese una criatura terrenal de su predilección. Si tardío transeúnte posara la vista en la venerable edificación del marqués, podría intuir que ahí rige el luto o que sus ocupantes se han ido de vacaciones, puesto que de corrido el palacio luce iluminado mostrando el perfil externo de la joya arquitectónica que es, donando a la ciudad su magnífica estampa barroca-mudéjar-renacentista como si no fuese presa de la erosión del tiempo. Si atento noctívago de la zona se fijara en esa regia propiedad, se percataría que refulge de otra forma, que despide saudades de adentro hacia afuera, y presentiría que ha sido poseída por la alumbrada noche a falta de la luz que le daba su último dueño. Lo cierto es que esta noche la morada del marqués se yergue imponente, contrastando con el pacífico ambiente de pueblo chico del barrio tradicional de Guápulo, el que guarda la honra de haber sido el punto de partida del sendero que tomó el conquistador Francisco de Orellana. *“Desde esta vertiente andina se inició el mentado viaje hacia el río-mar Amazonas que descubrió, sin proponérselo, para él mismo y la civilización occidental, Francisco de Orellana; siendo que largo fue su desengaño, pues, su hipo, se dirigía al*

encuentro de una montaña de oro y no al hallazgo de El Dorado que en mito y magia se quedó”, reza una placa en el portal del palacio uncido al barranco.

El murciélago contempla en su postrero instante urbano, viene pendiente de la luna llena que le ofrece la gradiente andina. Esta claridad nocturna de tierras altas ensalza el adiós a La Medusa Multicolor, la ciudad que no volverá a patear con piernas de homínido ni sentirá de nuevo con su máquina voladora. Por costumbre, y porque así lo requiere su despedida del mundo de la luz artificial, se apresta a sintonizar las ondas de radio-libre Marañón. Entretanto irá creciendo el poder de ecolocación, el que está desplazando cabalmente la modalidad de lo visual de la especie humana, quitándose de esos ojos que forjan las delicias y los infiernos del callejero consuetudinario. Aun ayer solía descansar “la vista” oteando en lontananza sobre las ondulantes elevaciones de bajo nivel de la hoya de Guayabamba, las que hacen majestuoso al volcán Cayambe. Cuando fue todo ojos gozó del gran mirador a oriente desayunándose con tamales y frutas. Sus oídos propensos a la música alada, han disfrutado del amanecer y del crepúsculo melodioso del parque de arrayanes, podocarpus y araucarias.

La melodía del último ocaso dentro del perímetro de La Medusa Multicolor, lo metió de lleno en el preámbulo del viaje definitivo a la superación del hombre ejemplar que fue. Este traslado no será el grato paseo del murciélago haciendo el esfuerzo para no atrofiar sus alas; no será la vuelta nocturnal de rigor, brincando de cúpula en cúpula, por la ciudad vieja, antes de toparse con los buenos días del hombre encarnando la virtud, desayunándose investido con la personalidad del marqués filántropo. Esta madrugada nada de acrobacias bajo el techo patrimonial de la metrópoli; ¡a golpe de alas!, se lanzará en pos de su mayor reto vital, hallarse a sí mismo con el valor del murciélago pensante y el sudor de su máquina animal voladora. Será el viaje más largo y ancho de sus días, volará directo y sin escalas al punto

convenido de la cuenca media del río Napo, al lugar elegido de la amazonía ecuatoriana para no ser más que un pudiente pescador-recolector. Este cargarse de poder salvaje está por concluir tras el último hálito del hombre-puente-al-futuro, Salvador Pineda Pinzano. Sólo le resta elevarse a las alturas que no tienen pasaje de regreso a la urbanidad; él será un mamífero de mente, pies y manos, dentro y alrededor del higuerón sagrado del segundo anillo de Pelancocha.

A la sombra de la paz lunática que cubre el barrio de Guápulo, viene colgado de lo alto de la marquesina de cristales, en la espaciosa terraza del dormitorio mayor que habitó el marqués. El silencio y la penumbra que se instaló dentro de su morada es consecuencia del luto riguroso que guarda ésta por el noble patrón que ya no la ocupará más. Así lo prescribió el marqués, que sin excepción alguna, todo el personal del palacio esté de vacaciones en la fecha que escogió para efectuar su voluntario deceso. No existe prójimo que estorbe a su mutación completa y al placer que deriva de ella, y que el homenaje que se le ofrece al difunto sea la soledad, el silencio, de los jardines y parques que adornan al acto impostergable. El favor de Selene le da una pincelada milenaria al adiós; el baño de luz argenta ha magnificado los perfiles de la joya arquitectónica que ya tiene un nuevo dueño quien, en el transcurso de las horas solares de este mismo día, se enterará que heredó un palacio señorial construido por pléyade de artistas de la escuela renacentista-barroca-mudéjar del siglo XVII. Pocos como Olegario Castro para servirse de los dones que le brinda el saber vivir; éste será un digno sucesor del marqués ido, sabrá sacarle provecho al antiguo esplendor que despide el diamante de los Olivares y Yaguarzongo, guardando y usufructuando del mayor patrimonio artístico de La Medusa Multicolor.

Salvador Pineda Pinzano, siendo el último de su estirpe, tomó posesión de la inmensa fortuna que le legaron sus antepasados, y, dentro de esa acumulación aristocrática, el palacio de Guápulo, pasó a ser su residencia preferida a

pesar de hallarse amurallado en una huecada oriental de la hoya de Guayabamba. Lo decidió así porque de aquí, y sólo desde aquí, debe partir su travesía hacia El Dorado. Tenía que pasar por la gran náusea, inflarse de las aglomeraciones donde reina la esclavitud moderna, para abandonar al hombre con naturalidad. No podía forzar el ocaso del marqués, eso hubiese sido demasiado humano, una prueba de que aún mandaba en él la compasión y el apego a una vida repleta de amortiguadores ante el peligro. Por muy extenso que le haya parecido estar lustros disfrazado en la civilización que le rinde culto a la fatuidad, hubiese sido un error deshacerse de la piel *Homo sapiens* debido al desengaño y la incertidumbre de no saber cuándo llegaría el momento del desprendimiento espontáneo para dar lugar a la forma definitiva. La tentación de apurar el proceso era grande pero pudo más el saber que aquello habría sido una variante de suicidio, cosa nada elegante y por ende desprovista de la inocencia que sí paladeó a fondo en los acantilados de la costa de la muerte gallega. Si forzaba el proceso de metempsicosis habría sido más humano que nunca, después hubiese añorado al ciudadano ejemplar que fue por no morir cuando quiso morir junto a la meiga de Malpica, Diana de Bergantiños.

Hundiéndose en la imagen impoluta del filántropo reventó a tiempo de ella para dar plena libertad de acción al murciélagos exento de caducidad, libre de toda decadencia que tenga nombres y apellidos. El error por antonomasia hubiese sido mudarse al murciélagos a destiempo. En él no cabe la suerte de retroceder que tiene cualquier mortal, y de aquí no puede predecir hasta cuándo será un murciélagos pensante, no es un inmortal y cuando menos lo espere podría venir la muerte de la máquina animal voladora que encarnará de corrido una vez que pasó al otro lado o al otro mundo la forma alterna del marqués. Desconoce lo que es oxidarse a lo mortal de corto aliento, su poder animal ha ido creciendo en reflejos y actitud dominante frente a lo in-

mediato, y esto le sirvió para examinarse parcialmente en el arte de sobrevivir dentro de la espesura de Pelancocha. La constancia de que el murciélago ha superado al hombre, vendrá con los retos continuos de la vida salvaje, cuando su existencia entera se convierta en aventura por venir. No es una caricatura de la nada como esos inmortales de ficción barata: esquizofrénicos, nihilistas, paranoicos, cuales devienen en aberrante producto de una sucesión de mundos donde portan la misma piel con diferentes nombres y apellidos, persistiendo en la figura de lo humano decadente a perpetuidad. Si una bestia más ágil y fuerte que el murciélago que es, se lo come vivo en la selva tropical, jamás va a renacer de la panza de ese ser que lo deglutió, hasta ahí llegaría la suerte del cazador-recolector.

El instinto de conservación del murciélago impidió que se esfume a deshora al marqués, desarrollándose en él una voluntad de poder con el avance de los sentidos e intuiciones propias del ser alado. Durante el medio siglo que le tomó prepararse para este viaje a la inocencia, más allá del bien y del mal, los riesgos de existir lo asecharon aún manteniéndose en un perfil conformista dentro de las junglas de cemento, y el filántropo más de una vez tuvo que salir volando -recurriendo al murciélago- para no tener una muerte violenta, una muerte a destiempo. El trajín del ciudadano ejemplar en las calles de fuego de La Medusa Multicolor, fue más que un mínimo entrenamiento mental para la suerte real que le aguarda al pescador-recolector; este preámbulo aparentaba ser una espera estéril, pero fue el lapso justo para llegar a ser lo que será apenas alce el vuelo hacia oriente. La autoregeneración imperceptible de sus células que lo mantiene en el cenit de la salud, no lo eximió de los peligros naturales y, por el contrario, lo ha catapultado a una dimensión implacable de la pirámide alimenticia, la que no le es dado imaginar a un mortal aburguesado que respira para degradarse hasta que le sobreviene el fin sin haberse enterado de nada más de lo que le embutieron a

fuerza en su caletre convirtiéndolo en una caja hueca, donde se evaporan los días sin futuro, ese gran futuro que a él le está aguardando afuera. En cuanto se embarque en la corriente eólica propia le dará alcance al mañana, el que presintió siendo hombre para que su plazo de vida terrenal sea una eternidad, un plazo de largo aliento. ¿Qué tanto de eternidad; qué tan largo aliento? No lo sabrá nunca porque es una cuestión relativa a cada individuo pensante, que va más allá del tiempo astronómico, más allá del espacio vulgar. Hay hombres que son una eternidad en sí mismos, que de una vez, ¡en un pestañeo geológico!, viven lo que tienen que vivir, como si lo hicieran por el resto de la humanidad durmiente.

El marqués dejó de imaginar al modo del romántico que fue hasta los treinta años de edad, cuando se enamoró de la preciosa bruja celtíbera. Hasta ahí desconocía que no le estaba dado morir de esa manera violenta, autoliquidándose. Después de la tragedia que protagonizó con Diana en los acantilados de Malpica, empezó a ver con los ojos de la unidad de carbono de largo aliento que es, tomando conciencia de ser inmune al paso del tiempo común a los mortales, pues, no es sujeto de enfermedades ni de envejecimiento corpóreo. Sus reflejos no han desmayado más bien van en aumento, y no ha sufrido todavía la decadencia de los sentidos que culminan con la execración al cubo que viene a ser el fin de la encarnación. Mientras le llegue la hora de ser animal biodegradable a plazo fijo, podrá vivir con la intensidad del murciélago allá en el nocturno que lo incorporará al bosque de la cuenca media del río Napo. Será frugívoro dentro del sagrado higuerón que lo acogerá como su hijo predilecto y guardián, será silente pescador de Pelancocha, respirará para tener hambre, pensará para comer bien y no ser forraje de una serpiente constrictora. “Hay que estar desocupado de bagatelas para vivir en serio; dime, Olegario Castro... ¿cómo entras en comunión con lo salvaje si no es usando los cinco o más sentidos a la vez?”,

fue lo último que escuchó en radio-libre Marañón de ese otro posible mutante, desaparecido en las murallas de la estulticia himaláyicas, Kantoborgy.

El hecho de no degradarse a semejanza de los demás hombres nunca le quitó el sabor de las cosas de comer, una hilera de pajes bien pagados servían al marqués lo más exquisito y refinado de la nueva cocina ecuatoriana, la que hacía gala de ser fresca y natural -exenta de salsas reconcentradas y una condimentación pernicioso-. Disfrutaba a día seguido de esas viandas porque gozaba de una salud inquebrantable, a pesar de que ansiaba sentir lo que es devorar carne cruda no por mero placer, no para atenuar el paso del tiempo, sino por instinto de conservación primordial. Era un imperativo dejar de alimentarse a la manera del gastrónomo, quedo y manso sentado en la mesa de mantel largo del sibarita, y por fin engullir con el hambre de un animal salvaje, tragar a lo bestia feliz; o sea, tomar lo justo y necesario de los frutos y la carne blanca que ofrecen los jardines y los sistemas lacustres de Gaia Tropical. Entretanto había encontrado el punto justo para tratarse como un califa ecuatorial dentro de su palacio de Guápulo y mostrarse radiante, afuera, ante las masas de La Medusa Multicolor, cual príncipe moderno de las revistas rosa. “A su merced, el marqués, no le pesan los años, es todo garbo y destila juventud”, le había dicho su buen mayordomo, Eliseo, ayer por la mañana, cuando salía a hacer el postrero recorrido del filántropo por la metrópoli de sus compromisos adquiridos. El espejo, y el bueno de Eliseo, no mentían, aun en la vuelta del adiós a La Medusa Multicolor, supo encarnar con corrección al Salvador Pineda Pinzano que no le pasaba un día, que se congeló en la edad de Cristo y Zaratustra.

El programa de menús de la cocina del palacio de Guápulo, fue diseñado por el gastrónomo Pompilio Dela Cruz, afamado epulón y sujeto epicúreo que habita buena parte de sus días en la hostería de selva que lo ha cautivado, donde lleva las riendas del arte de dar de comer regio a los

“intrépidos expedicionarios” que se hospedan ahí a precio de mecenas de la pluviselva. Los *intrépidos expedicionarios* hacen las anécdotas que se recrean en el futuro entre los residentes de Remoto y los nativos de la comunidad Puca. Esto de degustar cual sibarita sin dar aleteos primordiales para caer sobre la presa animal o vegetal, le traía una suerte de culpa que de repente solía provocar un ataque de ansiedad en serio. Si algo se le ha grabado del filósofo poeta del martillo y la dinamita, es la posibilidad del eterno retorno a lo idéntico, y de haberse dado aquello antes de hora hubiese sido permanecer para el resto de su finitud corpórea como filántropo y príncipe de portada en los medios sensacionalistas, ¡y nada más!, como un dragón de opereta aferrado a sus piedras raras porque nunca halló el verdadero tesoro. Figurar esa suposición lo hacía estremecerse de pavor, pues aquello sería descender a una eternidad inapetente, nihilista, que lo confundiría con la insensibilidad del robot programado para no sufrir la vida aunque simule perfectamente hacerlo. Y fue preciso visitar la hostería de selva Remoto para cerciorarse de que él sí poseía el don de sufrir la pluviselva del murciélago pescador-recolector, y que ahí residía el maná de su eterno retorno a lo idéntico.

Es encantador haber llegado a este último paso por inercia, la misma que trae gracia al ínterin antes de remontarse con la corriente de aire caliente precisa. Suspendido, hocico abajo, en la viga favorita de colgar cuando era por horas, todos los días del año, el murciélago ciudadano, contempla el fin de una época. No destila aversión alguna al hombre que fue en sociedad para despistar al mundo entero. Con la excepción de Olegario Castro, y esos otros seres heteróclitos y entrañables que han orbitado y giran alrededor de las ondas largas de radio-libre Marañón, sus prójimos no sabían cuán lejos estaba de ellos el aristócrata. Aparte de dedicarle un sonoro suspiro de agradecimiento al filántropo por haberse muerto a tiempo, lo que prevalece es la alegría de poder darle las espaldas al tufo que expele la metrópoli

exfranciscana, convertida en La Medusa Multicolor desde que se hundió en la era de la basura y el desperdicio. Ahora sí que venga el eterno retorno a lo idéntico. La transmigración será como nacer otra vez pero teniendo conciencia de la experiencia que ganó en su antigua vida, está prohibido olvidar a propósito al filántropo, el olvido vendrá de por sí con la necesidad de avanzar en ese estado superior de la existencia que gozará desocupado de atenuantes inventados por la educación sentimental.

¡Cómo caer en la pasada modorra del marqués si su futuro será el imperio de la animalidad del murciélago sumada al pensamiento del ser que ya aprendió a elevarse a estadios privilegiados! Vendrá involuntario olvido de la piel de homínido que encarnó siendo un extraordinario mortal, bastante excéntrico, obligado a cumplir el papel que las muchedumbres ansiosas les exigen a los filántropos con tufo a santidad. Pasaba por un noble amante de la luz, era la devota imagen de un pájaro diurno que se recluía a orar en su mansión con el sol poniente; el prójimo desconocía que allende la media noche salía a orearse el murciélago, bregando para no entumecerse por falta de acción. Bajo esta aurora no desplegará las alas para entretenerse con el circuito ciudadano que por costumbre lo llevaba a dar la vuelta por las cúpulas de las iglesias de la milla histórica, no niega que le divertía ese religioso recorrido para estirar las alas driblando a toda máquina animal los campanarios, hasta que iba a dar en el ápice del domo de radio-libre Marañón para ahí hacer aguas y chillar del gusto. En eso consistía el aperitivo noctámbulo antes de volver a la terraza de Guápulo a por la ducha electrizante que tomaba el marqués promediando el alba, el agua templada del altiplano lo predisponía a desayunarse con el sol levantado, calándose el disfraz de ciudadano gozaba de la hora más alegre del diurno. El murciélago no podía vivir sólo de amaneceres cara a los dragones de oriente; aunque durante ese lapso de redención solar comulgaba con la humanidad, el resto era visitar las zahúr-

das de La Medusa Multicolor, y hacer la obra social que hoy mismo lo tendrá titilando en las portadas de los medios con la etiqueta de prohombre ido al más allá.

Escuchando a los jilgueros y contemplando las flores epífitas que brotan del árbol de podocarpus festonado de bromelias, cómo se reía de aquellos que aseveraban haberse encontrado con él en las madrugadas de los trotadores del Parque Metropolitano, y aún más de los sujetos que aseguraban que a altas horas de la noche lo habían visto en los socavones de la lujuria peleando a mano limpia por la reina del burdel. Habían sociedades secretas que lo pintaban cual émulo de Apolo combinando sus cualidades con las de Luzbel, ángel y demonio a la vez. No se equivocaban, tiene esas dos caras, la de los dioses sagrados sobre las alturas y la de los dioses divinos en el inframundo.

Aleteando hacia oriente, será la imagen viva del zorro volador que aterrorizó el nocturno de su infancia; entonces, ese ser le venía extraño, monstruoso e indescifrable para su corta edad. Aquella rata voladora fue la pesadilla de sus sueños tempranos; mas, en la niñez, desapareció el chillido bestial que lo despertaba trémulo de espanto. Partiendo de la adolescencia que se prolongó a lo largo de la primera juventud del marqués, la figura del murciélago no sólo que ya no lo espantaba estando dormido sino que despierto le provocaba adoración, su ídolo romántico vino a ser el Voivo de Drácula, así como éste quería amar, pero no penando siglos por recuperar el amor perdido de Mina. La primera intención en amores era hallar pronto a la mujer que provocaría el acto culminante de su existencia, o sea morir amando antes de cumplir los treinta años de vida. Toda su infancia vino preñada de augurios inconscientes que se dilucidaron de una sola vez en los acantilados de Malpica, cuando el alarido reivindicante de la criatura que habitaba en él se hizo cuerpo presente, y voló haciendo el quite al abrazo de la Parca. Su único amor mortal, Diana de Bergantiños, se sacrificó precipitándose en los abismos para

señalarle el rumbo de su futuro. La figura del murciélago, la abominación de la infancia del marqués, no fue más que el futuro visitándole en sueños para prepararlo desde esa tierna edad a entonar con este instante de francos chillidos de júbilo de su máquina animal voladora.

Acorde a los deseos *post mortem* del marqués, su cáscara, no dejó huella ecológica devolviéndose sin ruido al anonimato de la materia. La unidad de carbono del filántropo se marchó exenta de cualquier ritual mortuorio público. Tuvo que inventar a un ente, disfrazarse él mismo de Pastor Camacho, Licenciado en Letras, para cubrir las apariencias. Pastor Camacho se encargó de la evaporación del marqués ante los ojos ciegos y oídos sordos de la ley de la ciudad. La sociedad como tal, representada en los medios de comunicación, tendrá que contentarse con recibir la noticia de los hechos consumados; es decir, atenerse a la escueta notificación luctuosa que saldrá al aire en breve desde el domo de radio-libre Marañón. Cual mago experto en esfumarse frente a una multitud que lo observa encadenado con siete grandes candados, se marchó sin dejar rastro de cómo se realizó el portento. Salvador Pineda Pinzano no está más entre los que respiran los vahos de La Medusa Multicolor, y no habrá pista alguna del punto preciso en el que se dispersaron sus cenizas, ellas se sumergieron en la nada junto con el inexistente Licenciado en Letras, Pastor Camacho.

Conforme la condición de murciélago de largo aliento se vaya instalando en su hogar arbolado, irá comprobando que en la misma proporción se dará la minimización del mundo tal como lo conoció en la cotidianidad de la civilización *Homo sapiens* a la que se debió el marqués. Ya despliega las alas aliviado por su transfiguración, estira el cuerpo boca abajo con devoción hacia el mañana, el ayer no hay para qué despreciarlo porque sirvió de combustible para el envión, sirvió de alimento al embrión que reventó saludable. Hasta aquí fue como un cachorro de lobo social desarrollando sus habilidades depredadoras a ritmo de

tortuga gigante de las Galápagos, libre de las presiones de ascender por la escalera social humana puesto que nació en la cumbre de ella. Así pudo hacer un aprendizaje, no para trepar a lo alto del desarrollismo sino para probar a divertirse dentro de un coto de fácil abundancia, donde no faltaban manjares y una actividad mínima hasta lanzarse a la vasta intemperie del lobo estepario. En todo caso, sin ese ayer de lobezno domesticado no se hubiese dado todo para la aurora del murciélagu pescador-recolector. Las ridículas piruetas que hacía entre los campanarios de la milla histórica de La Medusa Multicolor, no fueron estéril pasatiempo, comprobó en su primera visita a los anillos acuáticos de Pelancocha que tales juegos acrobáticos le dieron reflejos y mantuvieron engrasada a la máquina de volar. Gracias a ese entrenamiento pudo dejar pagando al águila arpía que se lanzó a neutralizarlo con la velocidad del rayo, presente que no lo hizo con un fin devorador, pues no cree que a semejante ave rapaz le agrada la magra carne de murciélagu, sino que lo atacó para ahuyentar al extraño mamífero que husmeaba en su territorio. El murciélagu salió ganando por partida doble, por un lado evitó su caída antes de hora y por otro lado probó que sus millonarios reflejos defensivos estaban en óptimas condiciones. Parecido a lo que acostumbraba Olegario Castro, él nunca se sometía a riguroso tráfago bajo la lupa del deportólogo M. Puertas, no era hombre de gimnasio ni trotador que hace de esponja de los gases que expele el parque automotor. El montañero se limitaba a practicar cierta gimnasia china dentro del hogar entre sus salidas a las altas cumbres, y ese mínimo movimiento le bastaba a la hora de enfrentar las caras feroces de los gigantes andinos. “Estando ahí, conforme andaba hacia el objetivo, iba cogiendo físico con las ganas de un bejuco que trepa en pos de las vitaminas del sol mañanero enredándose en un árbol de Lupuna”.

No se podrá decir del fallecido marqués que fue animal de religiosos rituales nocturnos; a saber, nadie se per-

cató del gran murciélago posándose en la testa coronada de la Virgen Danzante del Panecillo. Llegó a su suerte última con la sed de trascender que abruma a los mortales creadores, fue el artista de su propia decapitación, aunque su genial obra de teatro no pudo hacerla pública. Eliminar a Salvador Pineda Pinzano era matar la incertidumbre que corroía al murciélago encadenado a un paseo nocturno en la milla histórica, suficiente para mantenerlo en forma pero insuficiente para sus ganas de activar a tiempo completo al cazador-recolector. Ya su piel de hombre experimentó lo que es ser superdotado en una sociedad de acumulación material. Probó a placer de la luz y la sombra del fulminante viaje evolutivo que puso al hombre a reinar en un planeta saturándose con su desarrollismo.

Salvador Pineda Pinzano se dio tiempo para el activismo político, las circunstancias lo llevaron a fundar el MUA, Movimiento Utopista Anarquista (por sus siglas en español), poniendo así higiénica distancia con las decadentes izquierdas y derechas, que son el producto del crisol de burgueses de izquierda contrapuestos al producto del crisol de burgueses de derecha, siendo que ambos bandos confluyen, con sus múltiples ramificaciones, como lo hicieron América y Asia en el estrecho de Bering (entonces para que finalice la gran travesía del *Homo sapiens* en Tierra del Fuego, ahora para que toque fondo el descenso del hombre-cosa en el último rincón de Gaia). “Los ejes políticos, quitándose el velo de sus ideales de desarrollo social aparentemente diferenciados, vienen a constituir lo idéntico, controlan a las masas durmientes inyectándoles la dosis diaria del antídoto contra la iniciación del individuo, para que de esta manera reine la producción a ultranza y se enseñoree la enajenación tecnolátrica. En suma, la meta de los llamados gobiernos progresistas, es cosificar a la especie humana que ya sobrepasó la mitad del sendero hacia el mundo feliz del maquinismo”. Así hablaba el fundador del MUA.

El MUA proponía lo posible para los pocos e irrecorable para los demasiados, el renacimiento del ser aris-

tocrático en otra dimensión de la existencia: la de la animalidad pensante, la de vivir incluido en la naturaleza virgen, la de perseguir la comunicación telepática con el ser planetario, es decir, anunciaba la travesía que el murciélago se dispone a realizar en breve. El marqués se solazaba “vendiendo” su utopía anarquista a esos pocos que no les prometía edulcorantes de autoayuda como se estila con el común sufridor. Nada de edenes extraterrenos para el existente que padece el infierno de su encarnación ganándose las habichuelas de cada día. Nada de reencarnaciones cómicas de un mismo sujeto que, pagando maldades y culpas de anteriores vidas, no se cansa de reaparecer en la Tierra con múltiples formas, aprovechando la millonaria oferta de especies del reino animal.

El Movimiento Utopista Anarquista, aunque levantó adhesiones por venir de quien venía, del aristócrata romántico, excéntrico, y por añadidura patrón de considerable patrimonio, rentable y artístico, resultaba inocuo a las fuerzas políticas en perenne concurso para captar el poder gubernamental. El sistema imperante tolera a minorías que, si bien por su mismo idealismo no van a sentarse en el trono por la voluntad del voto popular, no dejan de ser simpáticas porque brindan una brisa de libertad de las alturas que nunca ascenderá la masa por ella misma. Contar con un príncipe de carne y hueso reivindicando la utopía del ácrata autosuficiente, era refrescante aun para los escépticos, y aportaba pizca de ilusión a los hacedores de fortuna que sólo aprecian la prosperidad que obnubila. La opción del MUA, políticamente hablando, resultaba inviable aunque atractiva. Ese vividor del futuro, pensante y silvestre a la vez que proponía el MUA para abandonar al sujeto emparedado en el desperdicio, venía a ser reflejo de la personalidad semisalvaje del marqués, la que adquirió a partir de que le fue negada la muerte premeditada por amor, cuando quiso atender un edén más allá del reino de este mundo con su amada meiga, Diana de Bergantiños.

La incapacidad de envejecer y morir a semejanza del humano corriente, no arrojó a Salvador Pineda Pinzano al nihilismo positivista cristiano. Carga un genoma sin pecado original, presto a hacer de la angustia una fábrica de inquietudes sublimes. No se abandonó a perenne hartazgo, se tragó los placeres de este mundo por triviales. Para su alma no admite la inmortalidad de la energía pura ni la paz del infinito material oscuro; su alma no está para incorporarse a la eternidad de la nada con forma de paraísos y nirvanas, puesto que ya está incorporada a Mente Universo. No es paralítica soledad viajando a través de la inmensidad del vacío. La soledad del murciélago será activa, ¿qué más vital que la noche del pescador en un pozo de selva, complementándose con la aurora del contemplativo asido al alto rama-je del higuierón sagrado, ahí bañándose de luz tropical?

La noche estrellada está hecha para el lucimiento del murciélago, aleteará potente el momento de hacer transbordos a otras corrientes de aire propicias que acabarán depositándolo en el higuierón sagrado que con suficiente antelación seleccionó como su futuro hogar en la pluviselva. Aquella única visita a Remoto resolvió bien el problema de mudarse de la piel humana, ya que no de su corazón puesto que seguirá siendo el mismo en el pescador-recolector. En los predios de Remoto se dio cuenta que el palpito que tuvo estaba sobre lo cierto, tenía que escuchar a su alma espetándole ¡jeste es mi lugar!, había encontrado donde empezar a ser el murciélago a secas. El dinero del marqués costó el viaje que detonó el futuro, contratando en exclusividad por dos semanas las instalaciones completas de la hostería de selva Remoto y su zona de influencia a través del territorio que controla la gente Puca. Dado los antecedentes que tenía sobre Remoto, su fin era explorar en lo recóndito del segundo anillo de Pelancocha, la laguna que Olegario Castro le había recomendado visitar para que transpire su espíritu. “Tienes que hacer ese viaje a las fuentes sagradas que custodia Silverio Coquinche, el chamán de la comuna Puca,

donde reside la fundación que intercambia el oro verde de amazonía por el dinero que sustenta sus parajes prístinos”, había dicho depositando en sus manos el *tríptico* de Remoto. De esto que fue al café Madrilón a entrevistarse con el señor Tomás Vanbeberen, quien no tiene empacho en fijar tarifa asaz abultada para los *intrépidos expedicionarios con billete* que quieren llevarse en instantáneas el mito y la magia de amazonía. “Lo menos que debe hacer el dinero es pagar la preservación del tesoro tangible, el elixir de Pachamama, que constituyen los anillos de Pelancocha”, le dijo Tomás Vanbeberen, y, cuando le inquirió a éste -por mero formalismo- la tarifa de la hostería Remoto para disfrutarla en exclusividad durante dos semanas, la respuesta del oriundo de Brujas fue certera: “Usted mismo, marqués, póngale el precio al bosque que los extrativistas llaman *intangible* porque resiste a la maquinaria que produce eriales, mientras nosotros sabemos es un substancioso tangible para el desarrollo del corazón planetario”.

Salvador Pineda Pinzano, aprovechó la ocasión para ofrecerle al principal de Remoto succulento bife de sus arcas tintineantes. No fue inversión mundana la que realizó al haber alquilando la hostería en exclusividad, sino que cruzó dinero, ¡papelitos tristes!, por recibir la revelación de su último destino. Cuando resida en el higuérón empezará a pagar lo debido a los guardianes de Pelancocha, él mismo se erigirá como velador de los pozos mágicos de la comuna Puca. “No eres huésped de la hostería Remoto, eres guardián de la selva..., estás tan limpio como un guerrero ancestral de los bosques”, le recitó hierático, Silverio Coquinche, cuando desembarcó de la piragua. Los demás hombres presentes en el muelle de Pelancocha no escucharon nada de eso, pero sí se asombraron de que el chamán se abstuvo de hacerle la limpia de rigor que practica con todos los extraños antes de que ingresen por sus pies a las instalaciones de Remoto. De entrada supo que la fortuna material del marqués era pacotilla ante el presentimiento de su real residencia en la Tierra.

En la espesura, al fondo del segundo anillo de Pelancocha, le aguarda el árbol de higuierón prohibido a los demasiados, cual se yergue soberbio con sus ramificaciones, conformando un bosque en sí mismo con los noventa y nueve palos que se hunden en suelo arcilloso. Tal conjunto de troncos cayendo de arriba hacia abajo, sumergiéndose en la hojarasca, hacen la figura majestuosa del árbol elegido. Es un domo verde sostenido por pilares que representan las batallas que dan, contra los demonios que eructan a petróleo, los protectores de la divinidad de la pluviselva. El murciélago se quedó con ese mensaje titilante que brotó del árbol para él, y ya que pudo penetrar en ese arcano coligió que también podía ser parte del mismo.

*Higuierón reservado para el guardián mayor
de Pelancocha.*

El murciélago empató con el sistema lacustre de Pelancocha ni bien Salvador Pineda Pinzano abandonó el camino elevado de latillas de chontadura, que lo trajo desde las orillas del río Napo para ingresar en el *Estero de la razón perdida*. Acorde a la saga que Silverio Coquinche ha dejado para el archivo oral de su gente, Tomás Vanbeberen, navegando a la luz de noche lunática, naufragó con la frágil canoa que de repente se hizo astillas, topándose así con el rostro enorme, caballuno, de la anaconda de pesadilla que le clavó su mirada hipnótica inyectándole olvido del tiempo astronómico, haciendo que pierda la razón del urbanícola: la dinámica marcada por las manecillas del reloj. La Yacumama, en vez de estrujarlo a morir con sus anillos constrictores, dejó ir al señor belga para que éste funde Remoto en aras de preservar el tiempo mágico de Pelancocha.

Había entrado a ese mundo primordial cargado de amables augurios para el murciélago, y se confirmó aquello con el talante de Silverio Coquinche. Ya de pie sobre el

muelle de la hostería, observó que las atenciones que le prestaba el chamán iban más allá de lo que se podía prodi- gar a un huésped excepcional. El marqués era alguien fue- ra de lo normal porque valiéndose de su fortuna adquiría para vacacionar una biosfera entera, todos, los residentes de Remoto y la gente Puca, estaban prestos a montar los circuitos selváticos que se le antojen. Mas, el momento que Silverio Coquinche se abstuvo de hacerle la limpia de ri- gor, la figura cambió, de súbito dejó de ser el adinerado que compra a capricho baños de selva y se convirtió en huésped linajudo del bosque. Ante los ojos del jefe espiritual de la comuna Puca, no era más el excéntrico filántropo prove- niente de La Medusa Multicolor, sino el ser planetario que venía revestido con la soledad divina de los elegidos, aque- llos que gozan de intimidad con la Pachamama.

“Fue pasmante lo de Silverio... Le juro, marqués, que no había sucedido antes esto por aquí, todos los que prove- nimos de las urbes de la civilización *Homo sapiens* hemos sido depurados -más o menos a fondo, conforme a nues- tro grado de alienación-, antes de ingresar a los aposentos de Remoto para adquirir salud”, le participó en el comedor Teófilo Samaniego, el joven administrador de la hostería. “Y el primero en ser limpiado de los pies a la coronilla fue el fundador de este santuario de agua, bosque y silencio, Tomás Vanbeberen...”, acotó risueña Carmela Ojeda, guía de selva revestida de gracia, tan sobria como exuberante, quien le regaló el porte de la belleza y fuerza femenina de Diana de Bergantiños, pero sin herirlo a muerte de amor porque él ya murió por el perfume de una mujer. “Yo casi me quedo fuera de este jardín edénico y plutónico a la vez, Silverio se negaba a rociarme con sus detergentes escupita- jos, y no por estar regio como usted, marqués de Olivares y Yaguarzongo, sino aduciendo que no tenía remedio, que estaba demasiado percutido con el hedor del hidrocarburo y, por añadidura, saturado de químicos alucinantes en el caletre como para perder el tiempo conmigo...”, manifestó

Pompilio Dela Cruz, el jefe cocinero que admitió haber cambiado su apellido paterno *de los Cruz* por Dela Cruz, aproximándose de este modo al *Delacroix* que usa para firmar sus cuadros al carboncillo, siendo el único motivo de sus dibujos el árbol de la cabeza bella, el gigantesco lupuna, erguido al fondo de la cocha que lo cautiva.

La comprensión que le dispensaron al marqués los residentes de esa utopía amazónica, lo enraizaron a la selva en horas, antes del crepúsculo se había prendado de sus encantos. Fue espontáneo el entendimiento con la gente de Remoto, desde el inicio parecía ser Salvador Pineda Pinzano quien había sido contratado para solaz de sus anfitriones, cuales tenían ante sí a un sujeto magnético que no reflejaba en su cara y cuerpo la madurez de lo corruptible, era alma liviana y saludable como Silverio Coquinche, era la imagen del ser hecho para beber de la vitalidad del bosque diurno y medrar de sus misterios sublunares. Carmela le mostró la variopinta oferta de entretenimiento ordinario como ir a instalarse en lo alto del *Pajarero mirador* y fotografiar a discreción a la avifauna; también hubo la opción de exploración extraordinaria, la del noctámbulo *Circuito de los sapos y ranas*, que con suerte podría desembocar en avistamiento de espaciales saponáceos, fenómeno alienígena denunciado por la científica herpetóloga, Gitte, en radio-libre Marañón. De esto que el “intrépido expedicionario” tenía libertad para escoger itinerarios selváticos a voluntad, pero como era de esperar en un ácrata éste resignó cualquier travesía acompañada o preconcebida por otro y, ejerciendo su calidad temporal de jefe absoluto de la hostería, ordenó que se lo deje en paz para él componer los días de agua, bosque y silencio que tenía por delante.

Salvador Pineda Pinzano, pidió albedrío para ejercitar sus sentidos sometiéndose a la inercia de Pelancocha, y eso le dieron sin esforzarse para ello los residentes de Remoto. Había trabado amistad con personajes que celebraron de que alguien “poderoso” solicite lo más sencillo

de hacer pudiendo haber puesto de cabeza a la gente de la hostería. Rápido coligió que esos ciudadanos habían escogido este lugar con el fin de hacer posible la utopía de cada quien, cual ejecutores pragmáticos de su Movimiento Utopista Anarquista. La diminuta aldea de bohíos de corte naporuna se amoldó al deseo del pasajero comandante, sus habitantes se pusieron de acuerdo para pasar inadvertidos y hacer ellos mismos lo que el marqués pedía: contemplar poniendo la suficiente distancia entre uno y otro. Pero a la hora de comer se conversaba mucho y amenamente, había que hacer el recuento de las experiencias dionisiacas en Remoto, y las historias quedaban trucas para que en las horas libres de voces humanas cada individuo las complete a su manera. “No vine aquí a cansarme de comer”, le avisó a Pompilio en el momento de disponer los horarios de las comidas. El ilustre huésped escogió la modalidad corriente en estos pagos, dos comidas diarias, ingiriendo copioso desayuno a las siete de la mañana y merendando a las seis de la tarde, pasando de almorzar con el bochorno ecuatorial.

En las tertulias que seguían al crepúsculo percibí que Teófilo Samaniego enamoraba a una mujer libre de compromisos. Carmela Ojeda amaba de tarde en tarde, de noche en noche; ella no fijaba amores con horario para el después de amar dentro de la mudable policromía del claro de selva. Si el marqués no hubiese sido hombre de un solo amor de mujer a muerte, habría tenido que arreglarse con el iniciado Teófilo Samaniego para compartir el fervor por la donosa Carmela, náyade de Pelancocha. Así fue que además del hallazgo principal que hizo el murciélago dando con el higuérón sagrado, Salvador Pineda Pinzano vino a hacer un agradable descubrimiento con los dos jóvenes que, habiendo hecho dispareos caminos para confluír en Remoto, ambos eran poéticos productos de la diáspora lojana. Hasta hubo una tardecita dedicada a los himnos regionales, en la que el cocinero Pompilio Dela Cruz le cantó a Los Pichinchas; y, los tres oriundos de la provincia de Loja, ensalzaron al

faique de lomeriales rojizos, a la geografía arrugada, a los jardines botánicos del bosque nublado Podocarpus, lo hicieron como si se tratasen de viejos camaradas de bohemia. Hace lustros que no había entonado con o sin sentimiento el pasillo Alma Lojana, canción que vaticina el hado aventurero de los vástagos que no retornan a su Ítaca como Ulises. *Seres extraños mi Loja habitarán...*

Salvador Pineda Pinzano empató con los incorporados al planeta del sudor, aspirantes a elfos de bosque tropical, húmedo y lluvioso. Personas dignas de conformar el ala pragmática del Movimiento Utopista Anarquista. Con ellos evocó su infancia, niñez y adolescencia en los parques y jardines árabes del palacio de Zamora, su hogar-escuela hasta el fallecimiento de padre, quien lo crió y educó cual príncipe presocrático, preparándole para reinar en una propia edad de oro. “Seres extraños mi palacio de Zamora habitarán”, había entonando él cuando abandonó el hogar paterno, con la intención de no volver a poner pies en lo que se hace irreconocible mañana, cuando se es otro en otro tiempo y espacio. Bien hizo dejando intacta la magia de ese lugar dentro de la niñez y la pubescencia; el heredero, Olegario Castro, sabrá qué hacer con la noble edificación de sus antepasados, la puede donar para que sea un museo de arte contemporáneo, o transformarla en hostería cinco estrellas, parque recreacional, campo santo o escuela demonológica, allá él y su sabiduría para saber hacer con las cosas de este mundo.

Sí, cantando junto a Teófilo y Carmela, se despidió de Alma Lojana; entonó el himno con devoción y arribando al clímax de reminiscencia que jamás se repetirá a partir de su alejamiento del imperio de lo humano. Todo afán perfeccionista sufre la más cruel decadencia, por eso lo de “...seres extraños mi Loja habitarán...”, y lo que él también cantaba internamente era lo mismo, *seres extraños las ruinas de los Olivares y Yaguarzongo habitarán*. Se le vino demasiado humana la tardecita de los cánticos regionales, hasta el lagrimón del marqués emocionado con el ineludible adiós a

la funda biológica del *Homo sapiens*. Pericles, a su momento, debió haber dicho, “seres extraños mi Atenas habitarán”; Adriano, de hecho se habrá lamentado con un pie en el panteón romano, “seres extraños mi Villa Adriana habitarán”; y el sabio califa Abderramán III, con el corazón partido, habría exclamado: “¡Seres extraños mi Córdoba habitarán!”. No se equivocaron.

“Ayer, en el palacio de Guápulo, a hora incierta del posmeridiano y con premeditado hermetismo, se hizo efectivo el fin de Salvador Pineda Pinzano, marqués de Olivares y Yaguarzongo. Sus restos mortales fueron reducidos a cenizas y echados al viento crepuscular bajo el riguroso secreto exequial que imprimió Pastor Camacho”, no le hubiese disgustado esta inédita variante de nota luctuosa para que se exhiba en los medios. No obstante había que ser práctico y mediante conversación telefónica, él mismo, a través de la voz de ultratumba que le dio al Licenciado en Letras, Pastor Camacho, participó el particular al solo hombre digno de recibir esta novedad. Quedó al buen criterio de Olegario Castro la forma de hacer público el deceso del marqués, a través de las ondas largas de radio-libre Marañón.

Frisando la cincuentena falleció el marqués. Estuvo a punto de arribar al día que había dicho quería festejar con multitudes volcadas al festín dentro de las murallas del palacio de Guápulo. Más allá de la costumbre de pasar desapercibido en su cumpleaños, había amenazado que iba a celebrar el quincuagésimo onomástico del filántropo con fasto y derroche, incluyendo una representación del aclamado teatro musical de *La vaca loca*, y teniendo como invitado de honor del banquete al barrio entero de Guápulo. Así lo asentó en los cuartos del domo del Panecillo: “Si llego a la cincuentena, amigo Olegario Castro, la edad que tú enalteces llamándola *la flor del conquistador de lo inútil*, ahí sí voy a botar el palacio de Olivares por la ventana del pueblo soberano...”. En todo caso, la desaparición de Salvador Pineda Pinzano, no debe truncar la idea de homenajear a la edad de

la flor del conquistador de lo inútil. Olegario Castro, siendo perspicaz como es, sabrá hacer realidad el deseo del difunto de festejar por lo alto su cincuentena, recursos para ello no le faltarán siendo el heredero de su fortuna material.

El filántropo aun ayer por la mañana sumaba a su imagen pública, se exhibió rebosante de salud en el evento donde se materializó una más de las donaciones que hacía a instituciones que velan por los desamparados sociales de La Medusa Multicolor, ciudad insaciable. Cuando se veía ante el espejo del noble contribuyente, y detrás de él asomó la faz del murciélago haciéndole una mueca de se te acabó la cuerda callejera, el filántropo muy campante soltó su estribillo cotidiano mientras el mayordomo Eliseo le calaba por última vez la chaqueta deportiva: “Hay que dar al prójimo en vida del marqués, hermano murciélago, en vida del marqués...”.

Más que un acto sentimental, fue un placer despedirse así del género humano, cumpliendo con el altruista como si nunca se fuese a morir. Este generoso antecedente se aquilatará mañana ante los ojos de las muchedumbres, ante las orejas de la clase media para arriba, y pondrá a mascullar maldiciones en los labios rosados de pudientes y seudopoderosos que no se resignan a que seres extraños transformen mañana sus posesiones en olvido, y hagan polvo y ceniza de sus perfecciones. El cronograma previo a la defunción se ejecutó con precisión y a cabalidad, su adiós a la sociedad fue programado para que se dé en la cúspide de la humanidad del marqués, proporcionándole una pincelada maestra lo intempestivo de su desaparición. No faltarán bronces levantados en honor del filántropo, estatuas grises que se verán matizadas con el colorido excremento de la avifauna urbana; no faltarán calles y avenidas con el nombre del marqués que en vida se negó rotundamente a ser objetó de ese tipo de homenajes lapidarios y epónimos. En todo caso, lo que suceda póstumamente con la figura del último de los Olivares y Yaguarzongo, no incumbe más al

murciélago. El marqués sacó provecho de su juvenil popularidad, le bastó mostrar su porte y garbo en las tribunas electorales para ser elegido Legislador Nacional de la República del Ecuador, ubicando en lo alto del pabellón del congreso -tres veces consecutivas- los colores de la bandera del Movimiento Utopista Anarquista y su emblema: "Humanos mutantes unidos contra el peligro maquinista". Como su intención no fue competir en serio con las otras fuerzas políticas por el solio presidencial, provocaba cierta simpatía en sus contrarios por hallarse fuera de las luchas doctrinarias y ser un auténtico subversivo. El MUA era contradictor de la modernidad desarrollista reinante, su discurso era el del adolescente de toda edad, raza, color y posición social que mostraba la frustración de su ideal de lograr una civilización integrada a los valores de Gaia, y, por básica higiene, estaba aislado del resto de partidos políticos. "Mucho gusto, su merced el marqués, soy del ala derecha", se presentaba el señor de camisa azul. "Encantado, compañero filántropo, soy del ala izquierda", saludaba la señora de elegante traje fucsia. El marqués, poniendo cortés distancia con aquellos que se tragan el pastel terrenal a partir de sus respectivos polos, para luego emboscarse mutuamente en el ecuador de sus miserias, correspondía así: "mis respetos, gran jefe del ala derecha, soy anarquista utopista"; "mis respetos, gran jefe del ala izquierda, soy utopista anarquista".

Fue grato ver que lo que taxativamente proponía el MUA, lo habían implementado un puñado de ciudadanos en Remoto, éstos superaron la era del alquitrán y la producción de montañas de chatarra; tuvieron el coraje de abandonar su condición de callejeros desalmados, de hombres absorbidos por la información alienante, poniendo tierra de por medio con la constante creación de necesidades absurdas. En la pluviselva vino a dar con la práctica del Movimiento Utopista Anarquista, con el sujeto que reivindica lo fundamental para la potenciación de su pensamiento en un cuerpo expuesto al peligro natural, pues, el peli-

gro artificial, las labores mecánicas, deben quedar para los androides.

El líder fundador del MUA gozó de corriente aceptación ciudadana, al tenor de las encuestas del programa televiso estacional *Ni quito popularidad ni pongo a nadie en el poder*, pero jamás aceptó postulación alguna a primer mandatario. Salvador Pineda Pinzano, se escudaba en su ideología para no correr en la maquinaria de las elecciones presidenciales del trocito de planeta llamado Ecuador, acogiéndose al marcado ideal que predicaba en el viento. “No me va a alcanzar la vida para convencerlos de que se resistan a ser fantoches en aras de ser mutantes, y así abandonar la especie que el humor lemniano la mandó a fosilizarse en un museo de lo monstruoso galáctico”, manifestaba jocosamente ante los ansiosos enviados de los medios, cada vez que se convocaban a elecciones libres y soberanas para elegir inquilino del palacio de Carondelet. Era de alivio constatar de que el pueblo soberano no lo entendía pero igual lo estimaba haciendo caso a la sana envidia de su corazón, preguntándose: ¿Cómo un hombre enquistado en la cumbre de la pirámide social hablaba de liberación del yugo consumista, encarnando él lo que las masas sueñan con ser, o sea estar en condiciones de embutirse de bienes y servicios hasta el colapso del cuerpo febril? ¿Qué es esa locura de mudarse a un mundo dionisiaco, salvaje-pensante, cuando lo que tenía que hacer es tragar a lo hombre en tierra y no andar cazando utopías anarquistas?

Ningún mortal se enteró que el marqués renunciaba a sus legítimas aspiraciones presidenciales por incompatibilidad con el mandato del inalienable murciélago. Había un tesoro aguardando en el árbol elegido, más allá de Salvador Pineda Pinzano. Aquél estaba dotado de carisma e inteligencia insobornables, hipnotizaba al más ducho de los analistas políticos, no se diga a los aprendices de recitadores que no sospechaban el porqué del respeto reverencial que les inspiraba el ahora difunto. Cierta lumbrera del rectán-

gulo televisivo y de la comunicación vía embudo, lo bautizó en su programa invernal, *Abracadabra, para no dormirse*, como el Califa de Utopía. “Muy halagado por el mote de las mil una noches que me acaba de endilgar, pero me basta y sobra con el *Moncho* que firma la literatura que circula en el ciberespacio de Bípedos Depredadores, a ella me remito y lo remito a usted si quiere conocerme”, había replicado solazándose con ese juego civilizado de palabras, uncido a la risa del anarquista más alegre del perro mundo político ecuatoriano.

Hace pocos meses (antes del viaje a Remoto y la consecuente revelación de la aurora del murciélago), el altruista acudió al centro de rehabilitación integral Vida Lenta, ubicado en las faldas surorientales del Atacazo, dentro de un bosque de eucaliptos aromáticos, para inaugurar la sala de lectura y biblioteca virtual “Ernesto Sabato” que él costeó. Allá se encontró con una hermosa edificación campesina, amplia y bien iluminada por extensos ventanales con vista a minihuertos de hortalizas. A esa catedral de la imaginación para el conocimiento, se la implementó con todo lo necesario para que los internos de Vida Lenta amen leer literatura que se ha cocinado a fuego reposado, hecha para el lector atento y desocupado de la vía rápida. A este tipo de inauguraciones culturales jamás se aburrió de asistir, y no le faltaban palabras para definir su aporte a la lectura pasible, de renuncia a lo fácil con el propósito de despertar fuera edulcorantes. “Nuestros libros de autoayuda deben ser, por ejemplo, *Bajo el volcán*, de Malcom Lowry...”. Tras sucinto discurso procedió a entregar el primer libro electrónico a las manos del representante de los inquilinos de Vida Lenta, un hombre joven pero de venerable plantaje quijotesco, quien para probar la dureza del libro biomimético conteniendo el germen de la creatividad, lo aventó contra el suelo y la cosa revotó indemne como si fuese de caucho. “Digamos que usted encarna la metáfora de la irreductibilidad de la lectura pausada de los *clásicos* frente a la lectura veloz de los *sim-*

ples”, manifestó el joven de porte caballeresco, el mismo que auguró que Salvador Pineda Pinzano se iba a quedar así tal como estaba ese rato, que no iba a cumplir cincuenta años nunca. Esto suscitó la celebración de los concurrentes al ver la alegría que provocó en el aludido. Por razones que sólo conocía el filántropo, fue el que más festejó el augurio del primer lector de la biblioteca virtual Ernesto Sabato, y respondió exclamando con gracejo: “¡Que la virgen de El Cisne te oiga, mi joven amigo, ya no me falta nada para ello!”. Así fue para enhorabuena del murciélago y para sorpresa del hombre que se enterará que adivinó cualquiera haya sido el sentido de sus palabras.

Pastor Camacho, dentro de unos días, pasará a ser el fantasma que hizo cumplir los designios de Salvador Pineda Pinzano. Ante la ley, éste receptó los restos mortales del marqués y, después de haber devuelto a la materia la cáscara volátil del difunto, a su vez se esfumó sin dejar rastro alguno. Pastor Camacho, fue el ciudadano que inventó en regla y con prudente antelación a su fulminante deceso. Fue una farsa deliciosa, qué a gusto y cuánto esmero y genio le puso a la representación que hizo del hombre de confianza del marqués. Pastor Camacho, Licenciado en Letras -tal como se leía en su tarjeta de visita y firmaba en sus escritos, y de este modo se anunciaba de viva voz de ultratumba ya sea por teléfono o personalmente-, parapetándose en la identidad adquirida con billetes depositados a la cuenta de un anónimo y eficiente Ingeniero en Reencarnaciones, se paseó por la zona rutilante de La Medusa Multicolor con el impecable disfraz de lánguido y elegante albacea de otra época, de otro planeta. Cómo no gozar de esa farsa compuesta por un solo artista. Él moviendo a los actores en el gran escenario kafkiano de los trámites oficinescos; Pastor Camacho aparentando saber tanto del marqués como de sí mismo.

Con el sol mañanero se levantará el sigilo del testamento de Salvador Pineda Pinzano, y, sus herederos, ama-

necerán ya siendo los beneficiarios de la fortuna del último noble perteneciente a la estirpe de Olivares y Yaguarzongo. Cuestión de unos suspiros de alivio y una dosis comedida de felicidad fue la volatilización de la cáscara del ausente. En un acto simbólico imprescindible, el murciélago le rindió homenaje a los dos metros cuadrados de piel anarcocristiana del hombre, a falta de la cremación procedió a dedicarle unos minutos de silencio, arrobado por el trino crepuscular de los jilgueros convocados en la copa del podocarpus para cantar el adiós. La sencilla ceremonia constituyó un hito para señalar el antes y después de la remoción total de la piel del marqués, que acudió intacta al sacrificio. Aunque un hombre tienda a la longevidad, se arruga y encoge delatando la fragilidad del cuerpo, sinónimo del tiempo exterior pasando. El hombre sufre la decadencia de su epidermis porosa, tan táctil como sensual, que lo ha hecho esclavo del deseo, pero si es sabio acepta que ha sido un soplo de la vida planetaria y que el retorno a la inocencia es la muerte de cada día. En él, a los treinta años, se detuvo la cara externa del tiempo reflejado en la piel humana, pero de hecho su juvenil y atlética figura mediterránea ganó en gravedad: rostro oval y rubicundo, frente ancha, mirada celeste, labios carmesí carnosos, bigote revolucionario, cabello pelirrojo pegado al ras de la noble calavera dolicocefala. Ese garbo natural inyectaba subliminalmente la noción de salud a los durmientes que se cruzaban con él; salud que es una realidad en artistas conscientes de que han nacido y morirán adolescentes, creando y aprehendiendo hasta el aliento terminal.

La voz de ultratumba del Licenciado en Letras, Pastor Camacho, frente a la voz conmovida de Olegario Castro, le anunció vía telefónica, minutos después del crepúsculo, el fallecimiento e inmediata cremación de los restos de Salvador Pineda Pinzano. *“Se nos fue el marqués, un hombre debe andar ligero de equipaje para irse de muerte súbita... Así que vos puedes manejar a tu albedrío esta primicia, así lo dictó el fina-*

do. *Te participo esto ya concluidas las honras fúnebres de nuestro amigo y señor, las que llevé a cabo con absoluta discreción, apenas llegando la noche del día escogido por la Parca para apagar su luz entre los hombres, cuales alegremente lo encumbraron a semejanza de un héroe destinado al bronce que en vida rechazó...*”.

La voluntad exequial del marqués incluía el misterio de su muerte, es decir de cómo y de qué falleció sólo le incumbía a él y al factótum encargado de la evaporación de la cáscara. Allá los suspicaces que quieran devanarse los sesos pretendiendo las respuestas, las que nunca obtendrán razonando, mejor deberían usar la imaginación no para entender lo que les está vedado sino para tratar de hacer de ello una obra de arte, quién sabe así alguno dé con una novela de fuste habiéndole inyectado al hecho la dosis ecuánime de terror cósmico. Salir del bípedo parlante fue más que meticoloso poner en orden papeles, había que colocar el sello de garantía de los Olivares y Yaguarzongo para que todo el proceso mortuorio que se dio, además de cumplir el deseo explícito del difunto, sea legal a los ojos ciegos de la ley, y a los ojos nublados por la contaminación ambiental del transeúnte de La Medusa Multicolor. Vaya que es legítimo y loable desaparecer tal cual lo disponga el afectado de esta suerte ineludible, haciendo un ritual que no tenga pizca de trasnochado.

Detrás de la farsa mortuoria estaba el verdadero motivo que lo tiene a punto de vuelo amazónico, le vino natural zafarse de los apegos humanos que lo detenían en su palacio de Guápulo, donde el marqués fue paradigma de romántico criollo, neutralizando al cosmopolita que dejó de viajar fuera de la república que nombró la línea equinoccial, desatendiéndose de empaparse, *en situ*, hasta la náusea, de cómo explotan los recursos percederos de la Pachamama otras sociedades frenéticas por mantener la riqueza miserable del parásito productivo. Con la defunción de Salvador Pineda Pinzano se sepultó también a la estirpe de los Olivares y Yaguarzongo, al no dejar éste descendencia al-

guna sobre el perro mundo político ecuatoriano, cosa que resultaba incomprensible para la gente que abona la superpoblación humana con el sentimiento de que sólo se vive a través de la *felicidad* que da tener y criar vástagos, y más tratándose de un aristócrata lleno de dones y mucho capital como para ser el patriarca de un clan poderoso. Cierta vez el insigne perioverborreo, Watson Perales, en su programa bimensual de gran impacto social, *Para no desgastarnos*, le pidió que explique al público televidente (ávido de conocer porqué no regó de cepas de Olivares y Yaguarzongo el mundo de La Medusa Multicolor) eso de que por “innata incompatibilidad” no ha sido padre, y el marqués contestó muy ufano, acorde con su ponderada excentricidad: “La cosa es razonable... mi estimado Watson, no hay nada de raro en aquello, mi genoma de mutante salvaje es incompatible con el genoma del fante que ha suscitado el fenómeno de la rebelión de las masas orteguiano”. Lo que era su íntima verdad –la incompatibilidad de su genoma de murciélago con el genoma humano-, la buena gente, lo transformaba en fábula y sustento del legendario humor del aristócrata, y él de buen talante proveyó ese anecdotario hasta que llegó la hora del silencio luctuoso al palacio de Guápulo.

El murciélago se posesionó de su destino tras veinte años de permanecer a la sombra de Salvador Pineda Pinzano, fueron lustros en los que se mantuvo indeleble pero lejos de presionar para que el otro no tome decisiones compulsivas, cosa que hubiese arruinado esta aurora que está en sus prolegómenos. El hombre debía llegar a punto de evaporación sin que el murciélago lo apure a poner coto a su humanidad, tenía que arribar a esta hora por sí mismo, renunciando a prolongarse más en lo alto de una sociedad de consumo y acumulación porque ya dio de sí todo lo que ahí tenía que dar. Libre de apegos superficiales optó por la metempsicosis, cuando no le traía ilusión continuar apareciendo como el gran filántropo de una especie entregada al desarrollismo y cada día más desconectada con los valores de la Pachamama.

¿Cuál era la superioridad en este mundo si no había manera real de estar sobre los hombres siendo todavía hombre? A la verdad se estancó su personalidad humana, no daba más en la aparente igualdad de condiciones de finitud ante la normalidad. Salvador Pineda Pinzano, se limitó a tomar lo que podía dentro de lo corruptible humano, siendo él inoxidable. Veinte años es una minucia para lo que le podría restar de vida al pescador-recolector del segundo anillo de Pelancocha, y el murciélago no sabrá lo que es el fin de su unidad de carbono, y ceda a la inmortalidad de la mente, sino cuando falle su instinto de conservación frente al peligro de la lucha de las especies. Mientras esté sufriendo la forma del murciélago y construyendo el planeta del pensante pescador-recolector, no se sujetará a la idea de la inmortalidad del alma, pues, la inmortalidad será ajena al tiempo-espacio de su cuerpo, y él será vividor enérgico en tanto respire. Veinte años es un parpadeo dentro del espectro geológico empero, bajo la figura del marqués, fue concebir que lo mágico de uno empata con la sangre primordial del universo; veinte años también resumieron siglos de sensaciones que, entrando por los poros abiertos de los dos metros cuadrados de piel fresca, dieron luz al caminante.

El placer táctil del hombre jamás se expandió tanto como durante los siete días y seis noches que amó a la mujer que nació para introducirse en él con el fermento irrepetible del amor. Diana de Bergantiños, y Salvador Pineda Pinzano, se desfloraron al unísono para abrazar la muerte que sellaría su amor en los acantilados de Malpica. La meiga celtíbera se sacrificó para que surja íntegro el murciélago. El animal aéreo brotó del virginal marqués, el que se mantuvo así hasta días antes de cumplir la treintena, aguardando la hora de morir por una mujer. A partir de ese fallido intento de suicidio por amor a Diana, empezó la transición de la cáscara humana a la edad del murciélago. Tras el desencanto del platónico, algunos meses probó a ser macho demoniaco, revelándose como máquina sexual inagotable regó sin

pisca de amor su simiente, no por doquier sino escogiendo matrices de alcurnia, con el ánimo de que el noble altruista tenga una larga descendencia a semejanza de Salomón. Quería vástagos con la mayor diversidad de mujeres que hagan honor al don de provenir de Venus. Esos frutos de su máquina sexual humana nunca arribaron, de ahí la bendita incompatibilidad que marcó el murciélago con el deseo fecundador del *Homo sapiens*.

Salvador Pineda Pinzano, pronto instaló su propia fábrica de dolores sublimes. Maltón, cursando la pubertad, los producía a su medida de adelantado; fue precoz en alimentar la figura de cometer suicidio cuando uno mejor se encuentre consigo mismo, y hacerlo en el clímax de la alegría y no bajo los efectos vergonzantes de una tristeza extrema por no conseguir lo que se oferta en este mundo. Así el muchacho se refocilaba con las imagines del instante de su salto al vacío, por algún motivo que desconocía no podía ser de otro modo sino lanzándose de un precipicio que albergue extraordinaria belleza bucólica, acorde con el amor de la mujer deseada a muerte. Temprano había conocido el legendario peñón del Chiriculapo, y ya lo cautivó la ilusión de que era cosa de un suspiro aliviarse con la Parca.

Siendo posgraduado aventajado en la facultad de Ciencias Ancestrales, en Salamanca, desarrollaba estudios para aplicar el conocimiento infuso en la restauración de las montañas y jardines de Gaia, socavados por el desastre racionalista. Su periplo académico en la Europa de fantasía que entretiene a los pasantes con dinero, tenía que cerrarse teorizando un plan de acción para rescatar a la "Pachamama ecuatoriana" de las transnacionales ecocidas, ejes de la pauperización de la vida salvaje, y criadoras del hombre cosa. Mas el empeño que puso en esa maestría no le quitó la vieja idea de amar y morir apenas llegando al vértice de la dicha. Mientras hacía lo posible para alejarse de esa fijación pubescente, ésta se catapultaba a otros estadios y crecía abarcando cada vez más terreno en su conciencia como si fuese un reverente árbol de Tule, y con renovada fuerza avistaba el mo-

mento del fin lanzándose en distintos precipicios propicios para ello, como el puente medieval que halló sobre el alto Danubio, sitio ideal por lo refundido en la Selva Negra.

Abismos llenos de atracción primitiva no le faltaban para imaginar su caída, pero el día de hacer realidad esa vocación tardaba en llegar porque primero tenía que enamorarse a muerte de la núbil elegida, y llegar al clímax del amor para descender prendido a ella. Y no hacía nada por probar a enamorarse experimentando con las hermosas mujeres concretas que se le insinuaban impúdicas, pues su libido se desparramaba en esferas platónicas que si bien no lo desgastaban, y fortalecían su idea fija, le impedían trabar conocimiento carnal con éstas, cayendo en la contradicción porque así cómo iba a dar con la elegida si no se hundía en lo palpable. Se amparaba en la certeza de que su corazón le iba a avisar sin equívocos cuando la propia esté frente a él, nomás se crucen en el camino que ambos habían hecho para encontrarse se reconocerían, entretanto no hacía mención de responder al llamado a holgar de las representantes de la feminidad humana. Esto no lo inquietaba ni lo hacía padecer, en todo caso hasta le divertía la actitud indiferente que asumía ante las invitaciones a desahogarse animalmente, en ello no había represión ni sadomasoquismo, su reacción era natural y, abrigar la sospecha de que podía estar desarrollándose un ser hermafrodita dentro de él, era motivo de asombro pero no de pena.

Pasando los años, esta fascinación por entregarse a la Parca, buscando el amor de mujer de este mundo pero con las características de una semidiosa, y hacer el ritual único e irrepetible de dos amantes suicidas, lo condujo a creer que ahí radicaba su secreto y auténtica soledad, cosas que nunca reveló a su círculo humano, donde se le veía como un genio inconquistable que a hurtadillas saciaba la libido con meretrices de alto precio adquisitivo. La estrategia que tenía para no cargar la imagen de frígido sino de heteróclito sexual, era infalible; él se preservaba en aras

de un amor grande e incomprensible a los demás, que sólo se hizo carne y alma en la costa de la muerte gallega. “Así se me ha dado el asunto con las chicas de la luz roja, corazón aparte las uso y me usan, no me deben ni les debo nada”, fingía confesar, entre jocoso y culpable a sus cofrades de Salamanca, pidiéndoles que guarden la confidencia en nombre de la amistad, sabiendo que era la mejor forma de que se disperse la novedad y poner lumbre al cotilleo de los transportes de sus partes pudendas.

Frisando la treintena se mostraba ya como pichón de filántropo, era el joven que se costeaba, dentro del campus universitario de Salamanca, el proyecto “Aplicación de las ciencias ancestrales al rescate de la Pachamama ecuatoriana”, y concedía becas a estudiantes revolucionarios (sin recursos económicos) para que se empapen de su utopía. Hasta ahí su doble vida estaba fuera de su cabal entendimiento, aún le estaba vedada su condición de animal mudable. El porqué lo atrapó la voluntad de morir amando a una Dulcinea que no tenía rostro ni identidad con la normalidad femenina, lo hacía presentir que su destino se hallaba agazapado para manifestarse de una sola vez.

Cómo no reivindicar al hombre concreto que fue para encarnar sus sueños mortales bajo el crepúsculo celta de Malpica. Con Diana adolescente, con Diana mujer, con Diana semidiosa, se fundieron en la brisa marina del estío que dio forma y calor a verdes acantilados. Después de ese amor desaforado, concluidos los siete días de acoplamiento silvestre de sus cuerpos virginales, sobrevino la inflorescencia del alma buscando la perpetuidad del instante. Había que sacrificar sus cuerpos dado el súmmum del amor carnal, precipitarse a la inigualable belleza de la costa de la muerte del país celtíbero. Los debutantes se habían comprometido a hundirse en el seno de la muerte con el crepúsculo del séptimo día, y adelantarse así, radiantes por el goce de un amor imprescriptible, sin padecer la corrupción del después, a la suerte última que pende sobre las unidades de carbono. Una vez que bebieron del elixir del amor no adquirieron pasaje a la náusea del hartazgo carnal.

Al cabo del acto supremo con la meiga de su afán suicida, no le fue concedido irse de este mundo amándola. El desenlace de su salto al vacío fue la develación del secreto de sus visiones infantiles, la figura del zorro volador se hizo tangible. Bajando a por su sagrada inmólación, prendido de la desnudez magnética de Diana, en un tris de alcanzar su mortalidad al choque con el lecho rocoso del acantilado, salió volando, mofándose del romanticismo del marqués, el murciélago. La fantasía del murciélago se hizo cruda realidad. Así como su búsqueda del suicidio se plasmó con el hallazgo de Diana, de igual manera se hizo carne y hueso el monstruito que atemorizó su infancia. Siete días bastaron para perfilar un destino que este rato no sabe cuánto durará; lo que sí asumió apenas batió las alas separándose de la mujer de su vida es que, por esa incapacidad de morir amando, cargaba el deseo enfermizo de acabar pronto en los brazos de una desconocida que la iba a identificar no más la tenga frente a él. No pudo colocar el punto final que había dispuesto con su *Pasionaria*, ese adiós no fue sellado con la sangre de los dos.

Salvador Pineda Pinzano, codiciado por la elite de muchachas núbiles, y envidiado por sus decadentes contemporáneos, quiso quitarse la vida porque consideró que ya había llegado a la cumbre de la alegría humana y sólo muerto iba a descender de ese ápice inigualable. Lo cierto es que ese intento de autoeliminación del joven marqués devino en renacimiento, siendo la mutación que lo quitó del hombre romántico que era antes de Diana. Sus ambiciones puras, platónicas, lo hacían verse como un ente demasiado distante del sufridor humano, y el remedio para equilibrar de raíz esa distancia había sido amar y morir de una sola vez. Después de pasar por la meiga de Malpica, no volvió a ser el señorito tímido de Salamanca. Él sí va a materializar su utopía anarquista, pues ésta vino a ser la realidad del mañana presente aquí de cabeza, es la transfiguración que parte de esta madrugada. Colgado de su viga favorita

del palacio de Guápulo, está a punto de elevarse, elevarse, elevarse...

Así habló el marqués en ameno panel al que fue invitado a participar por Antropólogos de la imaginación simbólica, a propósito del tema de la convocatoria, Utopías e insurgencias para vivir:

“Utopía ha sido una acepción mágica menoscabada por la debacle racionalista, cualquier moción trascendental de no remover en los jardines de Gea, o de empezar a vivir -dígase incorporarse a la vida natural de otra manera que no sea estar uncido al fétido fulgor de las ciudades chata-rra-, es rechazada por incumplir con el requisito mercantilista de producir y explotar hasta la medula de la estupidez positivista, donde todo lo que crece sobre la tierra es posible convertirlo en un bien material que envejece a velocidad abyecta para ser arrojado al basurero de la modernidad. A toda evolución que huela a mito y magia hay que humillarla ante la modernización para hacerla fiambre descartable. Los buenos demócratas, de tanto racionalizar, se han tornado irracionalmente medrosos de la utopía, tiemblan con sólo imaginar que los tilden de utopistas y ser rechazados de plano por el Gran-Hermano-Empresario. No, cómo va creer usted, Señor, que a estas alturas de la humanidad le vamos a venir con propuestas irrazonables, ¡somos enemigos de Utopía!, se apuran a esclarecer los buenos demócratas, estirando las manos a lo tintineante, y, tocando madera, presentan proyectos de factibilidad de sus concretas intenciones, las que brindarían bienestar a todos los creyentes del desarrollo a ultranza, el que ofrece la realidad fantástica a bolsillo de transeúnte. He ahí al ilusorio de cepa, el positivista irracional, el que se avergüenza de la utopía que anida en su corazón escudándose en que la inteligencia no la aprecia y la niega aduciendo su intangibilidad a corto plazo. Sí, cómo negarlo, la utopía no vende entre los emprendedores que pretenden desarrollar aun lo más recóndito de la naturaleza salvaje, lo que denominan con astucia y mayús-

culas, Últimos Lugares Magníficos, para incluirlos dentro del inventario de los parques musicales del planeta, y que sean tan absurdamente lógicos como las calles y edificios pujantes de La Medusa Multicolor. Los cándidos negadores de Utopía se han acostumbrado a pedir migajas para que no les den nada, ellos aúllan extendiendo la mano al dador: ¡insistimos, Señor, que lo que solicitamos no es utópico! Lo trágico de los hombres que pretenden ser ambientalistas pero ansiosos de poner distancia con Utopía, es que acaban bogando por el mismo orden desalmado del Gran-Hermano-Empresario con una mano de barniz ecológico encima. El Gran-Hermano-Empresario, los despide con la diplomacia real que brinda un amor imposible a otro amor imposible, los manda de regreso a que sigan revolviéndose dentro de su resignada cotidianidad, chantándoles en la frente -usando pegamento de rémoras para resistir aferradas a la nave del progreso la embestida de corrientes turbulentas- el letrero ominoso y en negrillas de *colaboradores secretos de Utopía*. Mientras, nosotros, sí vivimos nuestra utopía anarquista de hoy porque somos ya el mañana...”.

A la verdad se había estado preparando para arribar a la treintena y sentir, ¡sentir!, ese amor devorador, flamígero. Para él fue el instante de desembarcar en la tierra prometida, y calmar esa sed de entrar en la mujer que presintió desde la pubescencia. Más allá de su obnubilación platónica dio con la ansiada corriente que lo depositó en las playas verdes de Diana, antes no podía ser y después tampoco se materializaría lo de languidecer así de fuerte, en ese lapso de dicha residía el principio y el fin de su máxima estatura de hombre enamorado. Cuando se percató que volaba dejando atrás el cuerpo inerte de Diana sobre las rocas del acantilado, y que había sido más fuerte el instinto de prolongación del murciélago que brotó para derrotar al suicida, no se resistió al impulso de regresar a la villa campestre que alquiló en las afueras de Malpica para vacacionar imbuido del paisaje agreste de la Costa de la Muerte y lo intemporal celtíbero.

Su corazón humano había desfallecido para renacer en el corazón del murciélago. Desde afuera se veía aleteando sin la torpeza de una máquina animal principiante, el piloto automático que dirigía a ese zorro volador lo hacía con la pericia que dan millones de años de evolución, iba en línea recta a dar con el cálido refugio campechano que tenía abierta la ventana de la buhardilla que nunca cerró. Entró al dormitorio aterrizando en el lecho del amor volcánico que todavía humeaba después de su erupción. El hombre yacía como fulminado en la cama que aún despedía los aromas salvajes de Diana, por primera vez se disponía a dormir en paz con esos efluvios virginales que habían desatado al macho endemoniado. Reposó ininterrumpidamente tres noches y dos días, descontando con esa cortesía onírica los siete días y seis noches que amó como un poseso insomne.

No devino en desastre su tragedia de Malpica, del sacrificio de Diana despertó abrazando remozada soledad. A partir de ese amanecer se incorporó al hombre el ser alado que alumbró el amor de Diana. La catástrofe del joven kafkiano, Gregorio Samsa, esa metamorfosis atroz, el martirio indeseado y la muerte ignominiosa que le infirieron sus “seres queridos”, era la antípoda de su tragedia en los acantilados de Bergantiños. Para poder ser lo que es primero tuvo que amar a la mujer de su vida hasta abandonarla exánime sobre las rocas que después lamieron algas marinas para no dejar rastro de ella. Al abrir los ojos a la realidad de doble-animal-bípedo-pensante, terrestre y aéreo, no le sobrevino resaca moral por la ausencia del cuerpo de Diana porque en vez de despertarse vacío de ella se despertó lleno de ella. A lamentarse los que aman cual efímeras, aquellos son los que perecen intentando una satisfacción perenne en lo fatuo.

Soñado advenimiento el del murciélago, a costa del hombre que se bebió de una sola vez el amor de mujer, satisfecho para el resto de sus días. Emergiendo del reposo del guerrero, se fue a hacer reconocimiento aéreo, estrenando los sentidos del quiróptero, de la zona agreste donde el

hombre amó a todas las mujeres de este mundo mediante la meiga. No supo distinguir el lugar preciso del salto mortal, los abismos se habían mimetizado, los acantilados constituían una sola belleza terrible, aniquiladora, y no se avistaba traza alguna de los restos de la amada. La Costa de la Muerte se presentaba bonancible, siendo que el horizonte marino emergía como una pradera inconmensurable de algas verdes. Cómo no irse de aquella magia celta agradecido, cómo no despedirse de aquel suelo bendito con la gratitud del que sabe que no regresará. Se llevó una joya que sólo le calzaba a él.

*Glorioso despertar el del murciélago...
Vine a luz cargado de mujer silvestre,
la noche del mar salobre nos preñó
de los perfumes de la gran salud,
nos llenó con el vino que mana
dulce de los surtidores del rapaz.
Amaneciendo a los grises del cielo celta,
el verdor que reptaba hasta las simas
había alumbrado fanerógamas azules,
y las aguas se tragaron a la meiga
dejando una sabana de sargazos.
¡Qué tragedia la de Diana de Bergantiños!,
ella amó conociendo de qué iba a morir.
¡Qué tragedia la de Salvador Pineda Pinzano!,
él amó ignorante de qué iba a renacer.
Sólo sé que el zorro volador era pesadilla antes de ti,
sólo sé que volaré la vida entera después de ti,
entre el pozo proteico del noctívago pescador
y el paraguas vitamínico del higuieron solar.*

Regresando a sus labores de mentor de lo trascendental estético, en Salamanca, fue presa del inocuo afán de remedar las cualidades eróticas del tercer conde de Sade. Tenía curiosidad por conocer sus límites de macho ende-

moniado, y acabó descubriendo que no había humanidad alguna en él sino la producción de una máquina sexual. La carnalidad que practicó pasado el éxtasis que le trajo Diana, ni siquiera llegó a simulacro de amor, fue el relajo de un autómeta, fue la activación de una fuerza bruta que duró lo que tenía que durar, nada. Él nunca hizo alusión al amor insobornable de Diana, por lo mismo se solazaba participándoles a sus atónitos cofrades de la incipiente utopía anarquista -quienes venían siendo testigos de la transformación de su críptica sexualidad-, que tras los ejercicios espirituales que realizó en Malpica, por arte plutónico dejó de ser romántico en los transportes de su apéndice dador. “No sé qué me ocurrió allá, husmeando en los jardines de los dioses celtas, pero aquí me tienen cual trapiche inoxidable que exprime caña de azúcar, sacando guarapo que da un contento de día y de noche, y no le damos mantenimiento alguno a la fábrica de condenados a muerte... ¡El que quiera entender que entienda!”. Su trapiche podía seguir funcionando, *al infinito... y más allá aún*, sin consecuencias reproductivas terrenales merced a su genoma incompatible con la fecundación humana; pero él voluntariamente apagó la máquina de multiplicar diminutos estériles ante la absoluta incapacidad de ésta para hacerle oler, aunque sea un instante, de lo que aprehendió con Diana.

Quiso ser romántico mortal entre los hombres, siendo adoptada esa fijación desde el vientre de madre, quien fue la última matriz de la semilla Olivares y Yaguarzongo, alumbrando al ser que pondría el punto final a la estirpe que un día fue llamada a depositar en el mundo tanta descendencia como la de los patriarcas bíblicos. El albur se cerró para la antigua casa de caballeros blasonados, los Olivares y Yaguarzongo fueron menguando hasta su total desaparición del mapa humano, sacrificándose en provecho del mutante de largo aliento. A esa conclusión llegó, convencido que sus padres se fueron de este mundo con la verdad que los alumbró en sus instantes definitivos. Sus progenitores

se ausentaron sin especular en lo que podría convertirse su vástago, ni preguntándose qué iba a surgir de ese don de renacer. Él mismo no sospechó a dónde lo conduciría su fallido intento de morir con Diana. Cuán ingenuo fue el joven de la salida romántica. Superada la edad platónica de Salvador Pineda Pinzano, viajará sin identidad al futuro del murciélago, a ese retorno a la época presocrática.

Regia ficción montó de cara a la sociedad que lo cobijó, es su manera de decir a los amigos que deja por acá: “Adiós muchachos, los quiero mucho pero no aguanto ni un día más en La Medusa Multicolor, me voy ligero de alas y les lego todo el *Homo sapiens* que fui para que lo aprovechen como a bien tengan”. Esta sí fue la defunción humana consumada al milímetro, en un teatro dentro de gigantesco escenario kafkiano, La Medusa Multicolor. No se dio la tragedia que protagonizó en Malpica, allá vivió el acto supremo con la naturalidad y fuerza que fue capaz el enamorado suicida de ayer. El deceso de hoy es divertimento en serio, un acto teatral con el toque de misterio que reclaman los que se quedan en La Medusa Multicolor, por eso cumplió incluyendo lo enigmático al menú de los consumidores de necrológicas. En breve su fallecimiento se hará público, intuye que Olegario Castro dispersará la primicia apenas concluya el preámbulo sinfónico con el que inusitadamente arrancó el dial lechucero, que ha soltado a Beethoven con su Pastoral (*Recuerdos de la vida campestre*), en póstumo homenaje al marqués. Lo siente así, entiende de antemano que es así. Está conectado a radio-libre Marañón, lo que brote de ahí sabrá disfrutarlo al infinito... y más allá aún.

Diana le abrió el mundo de la ecolocación del murciélago. Es justo que le rinda tributo postrero en esta hora de adioses, enarbolando la *Pastoral* que le sienta a aquella excelsa desnudez yerta sobre las piedras de su consumado amor. Olegario Castro lo está despidiendo a Salvador Pineda Pinzano, pero no ha podido escoger una mejor pieza para el réquiem de la meiga de Malpica que sí pudo atrapar

a su mortalidad. Nuevamente es él quien alzará el vuelo, pero ya no habrá esa verdad agazapada, la de que ansiaba poseer a la muerte misma, la de que estaba prendado de la Parca como sólo un trágico sabe hacerlo.

RADIO-LIBRE MARAÑÓN

Olegario Castro, retrepado en la butaca de mando del domo del Panecillo -campo base del montañero, refugio biomimético del lobo de páramo, hogar del radiodifusor-, ha comenzado la emisión radial correspondiente a la luz que da la sombra de cada día, pintor innato como es de los grises que receptan sus ojos daltónicos. No se pierde el amanecer ni el crepúsculo de tierras altas, es un adicto de los matices serranos naciendo y muriendo, donde hay transición ahí están los pinceles del artista deglutiendo lo que se va.

“[...] Fascino imaginando que a medio día hará calor como para cocinar huevos sobre la calzada hirviente, o que la tardecita traerá frío y páramo a las calles atestadas de todo menos de paz porque el fantasma hambriento de occidente maneja los hilos de la cotidianidad citadina, distrayendo la opción que tiene el hombre de pasear con cada célula inmersa en las raíces de Gaia. El *Homo sapiens*, el animal de pésimas costumbres planetarias, el que deambula disfrazándose de progreso, cuenta con la visión de topo que aumenta dentro de los templos del consumismo. Mientras acá nosotros comunicamos la buena nueva. ¿Cómo aburrirse de este mirador sagrado?, que se aburran los que mueren distrayéndose con bagatelas. Se habrán percatado que antes de la media noche dejamos correr una versión plausible de la sexta sinfonía del glorioso Ludwig, la *Pastoral*,

cosa inusual que se dio en honor a Moncho, pues con ese nombre de combate conocíamos al marqués de Olivares y Yaguarzongo, a quien tanto debe esta radio libre por su talante utopista-anarquista. Qué grande era oír de él su saludo fraterno, *somos de los mismos, pero cada quien dueño y señor de su propio don de imaginar*. De hecho, hermanos en la noche espesa, jóvenes lechuceros, la primicia fúnebre que teníamos que compartir con ustedes vino tácita en las anteriores palabras. No obstante, vamos a ser formales: ¡Se nos fue Salvador Pineda Pinzano!, el señor que marchó por la vida noble y afortunado... y así también se retiró”.

La Medusa Multicolor ha sobrepasado la medianoche, está siendo agasajada por el baño de luna que pone al descubierto la silueta kilométrica de Los Pichinchas. Las lomas del Panecillo e Itchimbía aprovechan la claridad lunática para remitirse sombrerozcos de alta consideración, a sus pies, la milla del Patrimonio Cultural de la Humanidad, duerme prometiéndose un mañana de bonanza turística a cuenta de venderse a sí misma bien, tal como mandan las leyes internacionales del mercado de lo mismo de ayer.

“[...] Recojo esta perla escondida en la eternidad tecnocrática de Perpetua Sastre, pasable ministra del ministerio de Patrimonio Sustentable, a saber: Los recursos patrimoniales los hemos restaurado con el esfuerzo de todos para mostrarnos, todos, como *la carita limpia de Dios*... La carita sucia de la aglomeración ciudadana quedó mimetizada entre las múltiples arterias escleróticas de La Medusa Multicolor. Esto último corre de mi cuenta porque la principal del Patrimonio Sustentable (*y rentable*), jamás va a reconocer que el común ciudadano respira oxígeno viciado y que no toma nota de lo original en su diario del hastío. Señora mortal, Perpetua Sastre, usted ha trastocado los valores de la existencia y no sufre lo real que perdura sino apenas lo fantástico que puede monetizar. Monetizar hasta el aliento de los últimos retazos de pluviselva es el colmo desarrollista, y eructar a petróleo hasta la ruina del bípedo depredador es la consigna del Gran-Hermano-Feliz”.

Los microclimas de la jornada laboral de tierras altas fluctuaron a placer, hubo esa variedad meteorológica que haría las delicias de un observador transeúnte. Tales fenómenos atmosféricos de la serranía regalan cuadros que llenan de alegría el ojo del paseante atento, alguien que se solace desde el mirador de Itchimbía, por ejemplo, y ande calzando botas y traje impermeable para capear lluvias intermitentes, desocupado del fragor citadino como si la vida entera fuese para ensancharla con las tonalidades del arco iris que se intercalan en las estribaciones medias y superiores del dentado Rucu Pichincha. Cuánta variedad montañosa y contrastes claroscuros es capaz de generar la serranía en un día alucinante, saludable, que se pierde sin ser aprovechado en las distracciones del parroquiano. Este habrá sido otro día desperdiciado para ser paseante, y tomar conciencia de que es pragmático mirar en las hoyas andinas de una manera integradora con la naturaleza. Para el desatento chofer será otro día de estar medio-muerto en la desolación de la gran náusea motorizada; para el andante de Itchimbía habrá sido cosechar el fruto maduro de su resistencia.

“[...] El predicho no necesitó medallas ni premios para ejercer su aristocracia, esa iluminada conciencia fue inherente a su envidia, así que no damos espacio a la consternación que el difunto nunca reivindicó para su funeral, pasó de pompas fúnebres por considerarlas el colmo abyecto de la tristeza artificial. *Me he resignado a asistir, en mi calidad de filántropo, al gran teatro de la humanidad decadente, con la excepción de los entierros porque no hay cosa más íntima que irse en paz, solo con tu alma...* Decía el Moncho, o mejor todavía, lo digo yo ahora. Al fin la muerte qué es si no la confirmación de la vida, el sello de sí estoy aquí todavía, o de sí fui hombre estampado en el pasaporte de reintegración a la mente del universo... Para usted podría ser devolverse a Dios; para el otro irse al más allá, o al más acá, o al más al fondo. A mí me anima el eterno retorno a lo idéntico porque mil veces volveré a ser él loco del Panecillo y no un famoso

perioverborreo. En todo caso... ¿qué sé yo? De eso nos cercioraremos cuando ya hayamos dado el paso al otro lado, igual no está aquí el difunto para que nos cuente si sigue siendo él mismo. ¡Hasta pronto, Moncho!”.

Olegario Castro viene imprimiéndole al homenaje del amigo esfumado el toque de sobriedad y cordura que es inherente al despertar noctámbulo, cada emisión radial que aquí se desata es la antítesis de lo durmiente diurno, es la oposición humana a una jornada mecanizada. Se abrió la señal del intercomunicador para que los individuos, que tienen una cuenta en el banco de voces de Marañón, puedan ser identificados por la memoria discriminadora de registros vocales e intervenir desde el exterior, incorporándose así con su palabra y/o solicitando alguna pieza musical que los una al sentimiento de adioses que circula en el domo del Panecillo.

—Que hable el que esté con vía libre para hacerlo —animó el radiodifusor.

—¿Acaso no es la muerte un pensamiento eterno, o mejor aún: una contemplación infinita de lo salvaje? —interroga la voz de José Miguel, dando una señal de empatía desde su cabaña del cerro Ilaló.

—¡Salud maestro!, ya que no es posible que nos regales música de autor recién sacada del horno flamenco, entonces que sea tu verbo enchilado el que nos llegue desde el regordete Ilaló —replicó ameno Olegario Castro, acordándose de pulsar, en la consola de la rokola magnética, *Campanas de medianoche*, y añade—: Doblan las campanas de medianoche con retraso por la introducción musical que le dedicamos al amigo ido, pero igual están dando los doce badajazos de rigor que anuncian el final del ayer y el comienzo del mañana. Es la hora de elevar anclas e iniciar la travesía al fondo de la noche y de ahí atracar en el puerto del sol naciente. La nave estacionada en la cima del Panecillo cobra vida tras hibernar entre las fauces estridentes de La Medusa Multicolor.

—Estás poeta Olegario, y no es para menos desde tu lugar. He vivido tu travesía al amanecer pichinchano, he sido copiloto de tu nave... A propósito, ¿cuántas horas de vuelo me faltan para ser piloto de ella?

—Estás listo, maestro, ya puedes reemplazarme cuando me vaya de vacaciones extras, a la usanza de Kantoborgy que pasados los tres meses de ausencia lo hemos declarado perdido en acción dentro de las murallas sur del Annapurna, se quedó allá arrullado por las musas de La Diosa Madre de la Abundancia. Así que aprovechando la coyuntura del deceso de Moncho, rendimos homenaje también a la desaparición de Kantoborgy.

—Será un honor tomar la posta de radio-libre Marañón cuando te vayas de vacaciones fulminantes como el Moncho, o de vacaciones etéreas como Kantoborgy... —ríe nerviosamente el guitarrista y filósofo, y continúa aseriándose—: Personalmente no lo conocí al finado Moncho, y tampoco al desaparecido Kantoborgy, pero me alcanzó el eco de sus leyendas vivas hasta mi cabaña de La Merced. Ahora que se han marchado, cada cual a su gusto y manera, se me ocurre que fuimos cofrades en ambiciones dionisiacas, y no descartó la probabilidad de que con el marqués seamos parientes ya escarbando en el árbol genealógico de nuestros respectivos antepasados. Aunque allá, en los orígenes de la real aristocracia, no me quepa duda de que con ambos tengamos un cercano parentesco... Vos sabes que en el ámbito de la verídica nobleza los títulos mundanos no sirven.

—No necesitabas estrecharles las manos a esas dos leyendas vivas para saber que eran de los nuestros, te ha bastado con haberlo intuido, maestro. Puedo afirmar que en el mundo lechucero casi no lo mentábamos como Salvador Pineda Pinzano, y menos aún con el título nobiliario de marqués de Olivares y Yaguarzongo. Cuán familiarizados estábamos con ese jovial seudónimo que nos acompaña en este adiós.

—Percibo que es un alivio para ti haber soltado de entrada la nota luctuosa del Moncho, ¿o me equivoco?

—No había otra manera de iniciar esta sesión lechucera. Sucede que en el instante de recibir la noticia me petrifiqué, pero con las horas que han transcurrido para reflexionar he relacionado que no me impresionó tanto el hecho de la fulminante salida de Moncho (cuando alguien se va así de este mundo, lleno de gracia porque ha vivido para lo desconocido, hay que cantarle con suma alegría), sino la voz indescifrable del sujeto que se comunicó conmigo. Pastor Camacho, llama el individuo espectral que no sólo avisó del deceso del marqués sino que en su calidad de factótum de éste me emplazó a presentarme a la tardecita, o sea hoy mismo, a una oficina tal donde se abrirá el testamento... ¡Te imaginas, maestro, la impresión que sufrió este católico viejo! ¿No es para quedarse petrificado; Olegario Castro, heredero de la casa de Olivares y Yaguarzongó? Resultó convincente la intervención del licenciado en letras, Pastor Camacho; irrefutable diría yo. Aunque percibiendo, a golpe de oreja, que esa voz de ultratumba no es la que tenemos registrada de Moncho en la mollera, es como si el mismo difunto se hubiese comunicado conmigo a través de su médium, o lo que fuera este Pastor Camacho.

—Venga lo que te venga del Moncho a la tardecita, va a ser algo que no tiene precio sino sólo valor, ¡que te aproveche, Olegario, que te cunda...! Puesto que estamos de vacaciones en la cabaña de La Merced, te propongo a ti, a los radioescuchas lechuceros, que vayamos solicitando de la música clásica y del cancionero popular que provee la rokola de la nave del Panecillo. Virtualmente pidamos lo que nos dé la regaladísima gana, mientras compartimos sin prisas ni programaciones absurdas estos pequeños placeres, que ahí radique nuestro homenaje al espíritu de Salvador Pineda Pinzano y al espíritu de Kantoborgy.

Suenan los perecederos acordes de *Una de piratas...*
La señorita Morsa Brava, así tal como le place autodeno-

minarse (“porque una vez me casé y no me gustó nada ser señora especializada, de esclava sexual a ama de casa correctísima, así que volví a ser señorita heterodoxa y, por convicción, feroz”), pidió esta canción desde la noche crocante de su morada en la cresta de Itchimbia. La señorita Morsa Brava, se anticipó en dar su interpretación de la letra de *Una de piratas*: “Para mí, el pirata protagonista, se echó al abandono por enamorarse de una doncella de poder amansador, quien hizo de ancla haciéndolo que doble la cerviz y fije sus ojos en tierra. Eso condujo al galán a traicionarse a sí mismo y al ideal de sus compañeros de armas, que era piratear a muerte. Tal ardor insensato le arruinó su destino errante de lobo de mar, se quedó a la deriva, se fue al garete. Lo imperdonable, a mí manera de ver esta historia marinera, es que el buenmozo no supo mantener a la única mujer que merecía su amor: la reina del burdel”.

Con el sabroso antecedente de la señorita Morsa Brava, el montañero disfrutó de la canción del corsario sentimental, le trajo cuadros terapéuticos de libaciones estudiantiles y, sobre todo, los masajes donde *Geisha*. Concluida la melodía de *Una de piratas*, se le viene al caletre otra de bucaneros más alucinada que ésta, la que le envió el matemático Lovochancho, *Canción del pirata urbano*, que es una poesía anónima con ritmo duro, con música metálica.

—Simpática la de piratas serratiana, la hemos deglutido a satisfacción, nos obsequió paisajes femeninos del adolescente y férvido ayer. Señorita Morsa Brava... le participo que hay otra de bucaneros que me va a ser grato colgarla en el dial, la que nos pasó el geómetra senderista, Lovochancho.

—Suéltela..., suéltela, señor Olegario, veamos si me sorprende, ¿cómo intitula la pieza?

—Ubica usted la Canción del pirata urbano, la poesía anónima hecha música metálica que tiene un estribillo robado a Pablo Palacio, sacado de “Débora”, cuando una

voz dantesca, que pone los pelos de punta, aúlla: *El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad...*

—No, vea que no la escuchado antes. Acaba de sorprenderme porque así a capela, medio cantado por usted el estribillo, y me sentó como un bálsamo de Pablo “el antropófago” a falta del bálsamo de Fierabrás. Pero ahí tiene, no la conozco a la canción y lo que sí me suena es Lovochancho... ¿Por las almas de nuestros célebres desaparecidos, dígame quién mismo es ese matemático senderista, es un aparecido, es un Homo sapiens o un demonio tripolar?

—Poniéndolo así como usted lo pinta de gracioso, en el plano horizontal de la broma, creo que es las tres cosas. Lovochancho, además de matemático caminante, es un aparecido, hombre y demonio tripolar.

—Usted hace reír a la salvaje residente de Itchimbía...

—Dese gusto, señorita Morsa Brava, ría usted hasta las lágrimas que darán de beber el elixir a los batracios cantores de su loma sagrada...

—Usted es uno de esos caballeros en extinción... Pero insisto en mi duda, yo lo percibo a Lovochancho a través del ciberespacio, o sea de una forma virtual aunque no desalmada. Mi inquietud es la siguiente: ¿existe el Lovochancho de carne y hueso?

—Cómo no va existir el tal si lo tenemos registrado en el banco de voces de radio-libre Marañón, que es tener la huella irrepetible de su voz humana para diferenciarla de cualquier máquina impostora. Nuestro cerebro identificador de voces no admite reproducciones artificiales, allí no hay lugar para la incertidumbre, no da paso a grabaciones previas así sean originales del sujeto a intervenir o composiciones de un robot. Créame, este dispositivo funciona de maravilla y a horario completo, no nos enteramos siquiera de si hubo atentados contra el derecho inalienable a la única voz. Resumiendo, el señor Lovochancho hace pocas noches nos hizo el honor de regalarnos su viva voz de troglodita en el dial.

—Ahí tiene, no me he enterado, se me ha pasado, y eso que soy asidua oyente de su radio-libre. Sé que no hay manera de recuperar la intervención de Lovochancho, usted jamás guarda nada de lo que emite al aire, cosa que no me desagrada puesto que nos obliga a recurrir a la memoria imaginativa y/o a la creatividad original en vez de ser sólo envolturas de carbono repetidoras, parlanchinas. Sí, prohibido olvidar... mejor dicho imposible olvidar a dónde nos conduce el mero entretenimiento, al olvido de lo real por que lo fantástico nos copa la memoria inmediata.

—Eso mismo, señorita Morsa Brava, ya conoce que dejamos correr lo oral para que se transforme en mito y magia futura, no hacemos literatura volandera de lo que lanzamos al aire. No llenaremos libracos con palabras exactas a las que se pronunció en el aire hace años. Queremos que lo oral se desarrolle, como decía el Moncho, *al infinito... y más allá aún*. Puedo aseverar que la intervención de Lovochancho fue a propósito de las matemáticas aplicadas a la biomimética, y éste puso de paradigma de esa aplicación a nuestro domo del Panecillo, nos dijo cosa parecida a esto: “Al domo del Panecillo, en reposo, bajo el dionisiaco sol equinoccial, lo comparo a un arupo de ala ancha ya floreciendo en estambres rosados, ya donando drupas a los mirlos otoñales, ya languideciendo para el cambio de piel rancia y amarillenta a versátiles verdes de hojas lanceoladas. El domo de El Panecillo, en movimiento, cursando en la noche templada de la hoya de Guayabamba, se mece cadencioso, cual gigantesco cisne melódico, dominando con su lamento nocturnal el mar de nubes que ha sepultado a La Medusa Multicolor”.

—Fabuloso, señor Olegario, usted a su vez recrea lo que dijo (algo poeta y algo jodido) este Lovochancho, no acude a grabaciones de archivo ni al memorioso *Funes* para repetir textualmente lo que el otro asentó... Y con esto me ha dado una idea de la forma que el matemático Lovochancho podría recitar y, tal cual recibí esa muestra, él carga un dejo

que comparte con el Lovochancho que escribe en el cibespacio de Bipedos Depredadores donde lo tiene como personaje a Kantoborgy. ¿Y, este Kantoborgy, dónde mismo habrá desaparecido, o más adecuado: en qué precipicios de la Diosa Madre de la Abundancia contemplará? Un misterio mayor vino a ser este Kantoborgy, un libro abierto para descubrir, un salto cuántico a la posteridad. Lo mismo le calza al Moncho. Oh, Señor, que nunca nos falten misterios como esos dos.

Se echó a andar la melodía bachatera de Canción del pirata urbano. En noches como esta surgen botones de flores agazapadas en lo recóndito silvestre, o fanerógamas escondidas en la biodiversidad de los parques ciudadanos, que saltan al dial cual rayos de inspirada belleza. Y, de repente, la señorita Morsa Brava, de haber sido una voz marginal vino a encarnarse en la voluptuosidad de la loma de Itchimbía. Fue privilegiado con el concurso de esta carnosa y exuberante campanela, una revelación que brotó de la loma del frente. Pero aquí no hubo transformación alguna de Morsa Brava a Flor Encendida, sino que él abrió los ojos para ver más. ¿Cómo va a ser esta maravilla fruto de la casualidad? Es una realidad que pervive bajo la piel de estos pagos que fueron mágicos a simple vista y que en apariencia han sido arrasados por la modernidad, pero ahí están incólumes detrás de lo que se ve por obligación. ¿Acaso Itchimbía no es la contraparte femenina del domo del Panecillo, viniendo a ser ésta natural amante *en situ* de éste? Y él, Olegario Castro, en vez de andar ávido de amores lejanos, con vista a la cuenca media del río Napo, no tendría recto a sus narices al amor de su vida. Tal vez mañana sea un ensueño inocuo este súbito enamoramiento; mas este momento se observa dentro de ella (la desconocida de ayer, la revelación de hoy), sirviéndose un banquete de aromas primordiales.

Al amparo de la noche lunática, y la emoción de los adioses, la figura de la señorita Morsa Brava se le agigantó, se hizo luz y perfume de mujer total, no pidiéndole favor

pero tampoco desmereciendo a ese icono de lo irreductible femenino en que se constituyó Gitte. Si esta madrugada se viese impelido a hacer un grafiti en una irresistible pared de la milla histórica -de esas que cautivan al artista grafitero que firma con un triángulo-, pintaría esto: *Dios bendiga a la mujer danesa... y a la mujer de Itchimbía también.* Tan corta fue la conversación, y tan ancho el placer de escuchar a la señorita Morsa Brava, que se le olvidó contarle que no sólo de voz existe Lovochancho sino que ya lo había visto antes como visitante semanero del café Madrilón, y, que después de la primera intervención radial de éste, tuvo el honor de entrar en su fastuosa cueva de Guangopolo, invitado a degustar de los majares exclusivos de la casa *Chancholovo*, quesos y compotas sin parangón, no hay manera de adquirirlos en el mercado porque el hacedor no los saca a la venta. Se le pasó decirle que él, a su hora, también creyó Lovochancho no existía en la modalidad de funda biodegradable, lo había figurado como un invento de Kantoborgy, como un traspunto o el revés de la medalla de éste; pero no, eran dos tipos provenientes de diferentes cepas subversivas, aunque aparentes entre sí. Son parecidos y distantes a la vez, en su pensar y actuar. Cultivaron la amistad como se debe, manteniendo el paso y el ritmo cardíaco de dos individuos que tienen que ser de uno en uno, nunca de dos en dos.

“[...] Señores, esto de afirmar que conocemos a otro es un decir, jamás conocemos a otro, lo imaginamos como a nosotros mismos. Por eso qué más da tratar con un *amigo* de la calle que con un *amigo* del ciberespacio si con ambos la relación es impersonal, y más artificial aún es la relación entre *conocidos* en la realidad física trepidante, allí vamos encorsetados en los disfraces de la representación mecánica que nos tocó a suerte, cada quien definiéndose a raja tabla como tal o cual ciudadano en funciones; allí nos está negado reconocernos a profundidad como seres propios viviendo su tránsito a la liberación. Entre fantoches sólo puedes ser conocido pero nunca reconocido. Lo de trabar amistad vie-

ne a darse en una dimensión paralela, como sucede cuando te lees a ti mismo a través de las ficciones de un genio. Moncho decía que no necesitaba estrecharle la mano y pretender ser amigo de Ernesto Sabato o de J.C. Onetti por una hora o dos, si con eso él sólo recibía personalmente migajas de la personalidad de aquellos, cuando podía leer y releer la obra de éstos a su albedrío. Y ahí sí halló a Sabato entero, retratado en su integral cuerpo, alma y espíritu; él y sus fantasmas, él y las extensiones de su personalidad que son los personajes que trascienden tras la muerte del creador. La obra de un artista no da cita para conocerla por obligación, es cosa de hundirse en su corazón abierto y vivir con él, como lo hice con la agonía de Larsen, el *Juntacadáveres* onettiano... Señores, qué oda a la lectura lenta es El Astillero, de J.C. Onetti, es la antípoda de la estupidez rápida o lectura dinámica”.

—Buenas noches..., caballero de la altitud. Sabes que meterme en el mundo del *Juntacadáveres* onettiano me tomó once años (por decir algo astronómico), pero una vez que vi la figura del astillero arruinado en mi propia alma, entré de lleno en él. Se dio cuando lo atacé al libro por ambos frentes, en una maniobra envolvente de pinza, empezando por el capítulo final y luego con el primero y, para cuando se encontraron los dos extremos, yo era Larsen, el desahuciado *Juntacadáveres*.

—¡Salud, Marimorena! Sabes que J.C. Onetti estaba escribiendo el presente cabaretero de Larsen, todo eso de las chicas de *Juntacadáveres*, y abandonó la historia a medio hacer porque se le metió en el caletre que tenía que primero ir a liquidarlo al Larsen del futuro y luego regresar al Larsen del pasado a que concluya sus negocios de burdel en Santa María... Ahí está el meollo del mundo onettiano, somos viajeros de nuestro propio tiempo, sin el favor de máquinas ridículas, la mente es nuestra nave. A Onetti, de súbito, se le presentó la visión de la muerte de Larsen, y dejó botando el laberinto de *Juntacadáveres* para irse a construir las ruinas

del astillero y poder acabar de una vez con la agonía de Larsen, o sea poner fin a la vida absurda del pobre sujeto en *El Astillero*. He sido redundante, pero si has estado dándole tiempo al problema onettiano durante once años, lo que te dije será como comer papaya, ¿o no...?

—Más diáfano no podrías ser. Me convertí en minuciosa y atenta lectora para intuir esa densidad alucinante del señor Onetti, de lo contrario, como bien decimos, hace rato que hubiese estado de cabeza haciendo lectura dinámica con el autodidacta de la Náusea sartriana. Y de paso comprendí a Alejandra Vidal Olmos, la que sentenció algo como esto: "...basta conversar cinco minutos con un desconocido, sea éste el heladero de la iglesia o portavoz atrofiado del Señor, y te das cuenta que es un misterio". ¿Te acuerdas de eso?

—¿Estamos hablando de la misma Alejandra que se inmoló para liberarse del favor de las potencias de la oscuridad, de la melancolía y del suicidio?

—No hay otra Alejandra Vidal Olmos a la vista.

—Ahora que tú, allá en la isla de Hood, te hallarás libre de la presencia permanente del prójimo, y no tendrás este tipo de encuentros misteriosos salvo cuando te convenga hacerlo, sea con un biólogo que se allega por horas a ese tiempo-espacio millonario portando la consigna de apenas dejar su huella ecológica. Es curioso que en los catálogos de viajes llamen a tu isla deshabitada, cuando se desborda en vida antiquísima.

—Gracias a la no remoción se mantiene intocable, como lo que es: una joya remota de la creación planetaria. En todo caso, bendita sea la gente que la considera no apta para el desarrollo humano a la isla Hood. La endémica lucha de las especies que aquí se da depende de que siga "deshabitada", no ocupada por los seres misteriosos más devastadores que ha parido Gaia. Cantemos claro, el momento que cuelguen el letrero de "isla habitada" a Hood, será porque ya es parte de un plan de desarrollo sustentable

del Gran-Hermano-Empresario, que la minará hasta dejarla exangüe.

—Marimorena, ahí te va algo que te sonará a grosería: es un honor que nos estés escuchando y, sobre todo, que participes con la voz de mar tropical que te ha dado la ínsula que debe estar encantada de tenerte en su seno, me atrevo a decir como a su más elevado misterio.

—Tú sí que eres un misterio de mantel largo para mí. No sé cómo, pero existes en la lejana noche de Los Pichinchas. Yo no puedo dar fe de tus facciones de montañas sino con la imaginación, igual con el domo donde te has afincado y el ambiente rarificado de La Medusa Multicolor. Ese ambiente de tierras altas que antes lo sobrevolaban cáfilas de cóndores, es un ensueño que no respiraré sino inventándolo dentro de la ínsula que en su cumbre máxima apenas supera los doscientos metros sobre el nivel del mar. ¿Qué es en sí la altitud? Le pregunto al señor que ha transitado por el techo del mundo.

—La altitud, Marimorena, no es fotografía de postal... La altitud es ver en ti como si te hubiese inventado desde mi infancia. La altitud es la evidencia del renacimiento de uno frente al espejo de la naturaleza. La altitud es nuestro universo inquietante. La altitud eres tú.

—Eres incorregible... Coincidimos que la altitud no se mide por los metros que estamos encima del mar, sino en el poder ser autosuficientes como los Lovochanchos, Olegarios, Monchos, Kantoborgys, Teodoros...

—¡Marimorenas, Morsas Bravas, Anas, Carmelas, Gittes... y otras náyades que aparecerán en el viaje al fondo de esta noche!

Quitándose del panel de control de la nave, se planta en los ventanales surorientales, entretanto el eco de las palabras de Marimorena se va diluyendo para engolosinarse con el panorama de la ciudad vieja a sus pies y, por extensión, se enternece con el reposo de los tentáculos, en lontananza, de La Medusa Multicolor. Su instinto navega-

dor predice que habrá visibilidad aérea a través de la noche, hasta que la luna apague su palidez poética y seda al fulgor que enceguece. Durante las horas diurnas -principalmente cuando la canícula reparte sablazos en la testa de la congestionada ciudad-, es cosa de ver alrededor a vuelo de pajaraco y contrastar la fealdad del cemento calcinado frente a la belleza azul de la cordillera. ¿Qué pasó con estos valles llamados a ser paradisiacos? ¿Cómo se pudo llegar a esta espantosa aglomeración de edificaciones en un lapso ínfimo del tiempo geológico? Se ha preguntado el montañero mientras sus ojos, orejas y olfato colapsan ante los espejismos de progreso con su excremento de carburante y la estridencia móvil de lo que será chatarra. Se ha respondido que esto es el fruto infernal del culto a lo grotesco de hombres *ejemplares*, que sirvieron para hacer de esta urbe pasto de cultivo de políticos arreando electores a la producción de desiertos.

—¡Atención, allá afuera!, respóndame alguien de ustedes esto: Pongan a una piara de carneros y a una manada de hombres en un florido bosque seco, ¿al cabo de las semanas y meses, cuál de los rebaños dejaría más *limpio* ese edénico lugar? —interrogó el radiodifusor.

—¡El nuestro..., nuestro rebaño le gana fácil en deforestación a cualquier otro rebaño del planeta! —espetó en el intercomunicador doña Virginia, la voz de ceiba en flor del pueblo de Cruzpamba, y añade con tono jocoso—: Sufrimos la demencia de los sujetos ejemplares, un solo hombre, uno solo, basta para modernizar a su antojo cual aplanadora, y al pueblito más pintoresco lo transforma en un culto al adoquín y el vacío. ¡Qué ejemplo de hombre fue el destructor de la otrora idílica aldea de Zapotillo Quemado!, hizo progresar hasta las pepas a ese oasis fronterizo, en un santiamén acabó con las callecitas despidiendo aromas de faique, cerró las puertas de los zaguanes y veredas otrora alegres, clausuró el abigarramiento de tiestos floridos en los portales para reemplazarlo con los colores de una lápida.

—De esos hombres ejemplares se ha llenado la vitrina del progreso de la patria, ¿no le parece, doña Virginia?

—Y de la Tierra entera, don Olegario... Moncho sí que comunicaba, llamaba a la revolución cotidiana transitando por la orilla heterodoxa, nada ejemplar, de la utopía anarquista, la que a la distancia de él me hepreciado de ejercerla. Aquí, a caballo entre el bosque nublado y el bosque seco, he sido agraciada por este suelo que es inhóspito para los estafermos. Si se habrá enterado que soy la directora de la biblioteca virtual, *Pablo Palacio*, que nos legó el marqués.

—Moncho sabía cómo estremecer a nuestra audiencia con su teoría de la mutación humana para la utopía constante en el tiempo, o dicho de otra forma nos legó la doctrina del Movimiento Utopista Anarquista —repuso Olegario Castro recreando para sí el paisaje fronterizo de la “Y del Muerto”, allí una colina de tierra rojiza cubriéndose con el púrpura primaveral de las acacias y el amarillo de los guayacanes.

—Era tan seria la propuesta del MUA, que si él se lo proponía bien pudo haberse ceñido la banda presidencial y ser un comandante de largo aliento, como un monarca enviado del dios Pan para inaugurar en la mitad del mundo “el largo día presocrático”...

—Empero, doña Virginia, la efímera gloria de posar en el salón de los presidentes de Carondelet le resultaba insulsa al lado de su reinado vitalicio sobre sí mismo en el palacio de Guápulo. Mire usted, es cuestión de gustos inteligentes, pregunto: ¿Desde dónde le apetecería contemplar, acaso retrepada en el solio con vista al hormiguelo mundano, o subida en el balcón que pierde la vista tras el camino a El Dorado?

—Ya sabe, don Olegario, que la visión que tenía del mundo Moncho es la mía, la suya... Desde ahí contemplamos a la usanza de los conquistadores de lo inútil como usted.

—¿Gusta algo musical, doña Virginia?

—Cómo no, don Olegario. Me está tentando una canción que podría tenerla en la memoria de su rokola, una cosita buena de Paco, le debe de sonar a usted también, *Yo sólo quiero caminar...*

—¡De una se la cuelga en el dial, doña Virginia! Pero creo que para ser precisos se titula, *Sólo quiero caminar*.

Olegario Castro, recién despertándose a su nocturnidad poco después del crepúsculo puntual de la mitad del mundo, tras siesta tardía habiéndose saltado la hora del té a propósito, atendió una llamada telefónica. Hilos invisibles lo condujeron a regresar a ver a la silenciosa pantalla que titilaba con tenue luz; por costumbre no para mientes en el teléfono empotrado en discreto rincón de la amplitud de la sala de baño. Disponiéndose al solaz de sus abluciones se heló pensando que podría tratarse de un asunto *urgente* (vocablo que después de años de haber estado expuesto como escalador libre en las paredes andinas del reino del sexto al séptimo grado de dificultad vertical, casi lo tiene borrado de sus quehaceres cotidianos). Hace fechas no aguarda lo que se dice “buenas noticias” o “malas noticias”, los noticieros dejaron de influir en él, se deshizo de la televisión -¡horror, respira sin el oxígeno de las masas!-, y las estaciones de radio corrientes no le atraen coincidiendo con el tiempo que dejó de apostar a la lotería. Dentro de su domicilio no habita la información bulímica/anoréxica.

Contadas personas, se puede decir las mismas que tienen acceso al domo del Panecillo, tienen la clave para comunicarse con su teléfono privado, y no son identificados por el cerebro del banco de voces del intercomunicador de radio-libre Marañón. Estas personas no lo llaman sino entrada la noche, entre las veintiún y las veintitrés horas, sabedoras de sus costumbres noctívagas, por ello presintió el tono de “urgente” del telefonazo. Íntimamente para dos mujeres se encuentra disponible sin horarios, en cuerpo y alma, Ana y Gitte. No obstante, ellas dos, nunca lo han “moleestado” en su despertar a la cotidianidad nocturna. Ana de

Cazaderos (heredera de Teodoro Morris, dueña de quinta-jardín-botánico San Agustín y principal de la cofradía literaria de Los Alverjeros con sede en la Casa Azul, en el valle de Malacatos), prefiere usar la palabra escrita vía correo electrónico, ese actuar se le pegó de su finado consorte, para quien la conversación telefónica apenas tenía espacio en la agenda dionisiaca. A su vez, la herpetóloga Gitte, pasa de comunicarse con él para soltarle formalidades de cortesía, tales como: “¿qué haces, Olegario; cómo te va, Olegario; sigues avante con las ondas largas de Marañón...?”; no está en su talante llamar por trivialidades. Gitte es una mujer que gravita con los latidos del hábitat que protege en la cuenca amazónica. Cuando Gitte sale de su reducto selvático a la serranía, se comunica directamente con radio-libre Marañón para anunciar su visita bastante después de la medianoche, parece que madrugara para ir tras los sapos y ranas que clasifica en el museo herpetológico de la comuna Pilche. El Panecillo entero, la milla histórica en pleno, la integridad que forma Olegario Castro, se alumbran al unísono el instante que Gitte posa su figura guerrera ante los ojos de águila de la nave que surca la hoya de Guayabamba, y solicita permiso para ingresar con los privilegios que tiene la reina de los filibusteros.

Olegario Castro, recibió a primera hora de la noche la suerte repentina de Moncho, para entonces su cuerpo ya era ceniza y sólo Pastor Camacho sabrá el sitio exacto en el que las regó. En esa voz escatológica de tono grave, cavernoso, percibió cierta familiaridad con la opuesta voz modulada del difunto, de hecho el licenciado en letras se había comunicado desde el palacio de Guápulo y con la clave que tenía Moncho para hacerlo. Mas apenas dejó de hablar con aquél mensajero no fue capaz de reconocer otra voz que no sea la de Pastor Camacho, no iba Moncho a anunciar su muerte y dispersión de sus cenizas en el viento. Conocía de la existencia de Pastor Camacho, mediante una comunicación formal que le envió el marqués por correo expreso,

con el sello de rigor de los Olivares y Yaguarzongo en el sobre, avisándole en uso de su clásico humor que el susodicho “tiene toda mi confianza para manejar mis negocios incluidos los de mis honras fúnebres”. No entendió en esos días la intención última de la misiva, ahora está clarísimo el misterio, como suele decir Lovochancho, lo hizo para que el licenciado en letras le inspire confianza al momento de comunicarse con él.

Bueno hubiese sido que Pastor Camacho se haga voz iniciada la sesión de radio-libre Marañón, así tenía que dejar su huella sonora de identidad antes de intervenir en el intercomunicador del dial, siendo que sin ese registro ineludible de sus sonidos bocales no podía remitirle la novedad luctuosa. De haberse dado aquello sería otra la secuencia de esta noche, supone que es pertinente recapacitar en ese detalle que por el volumen del parte no tomó en cuenta al rato que Pastor Camacho, para sortear el filtro de voces que el cerebro del intercomunicador activa para dar paso o neutralizar llamadas, usó la línea directa de su teléfono privado, situación concebida por el mismo difunto para que su albacea pueda cumplir con su encargo póstumo con suficiente antelación a la medianoche. Este rompecabezas se aclararía fácil si tuviese otra vez contacto -mejor aún personalmente- con ese sujeto como salido del más allá, con voz de ultratumba, distante, pero a la vez tan íntimo de Moncho que podría ser su lado bizarro. Se ha acostumbrado a vivir rodeado de seres adorables por extraños que la normalidad le viene fantástica, pero este Pastor Camacho está resultando el colmo de extraño, tanto que no se sorprendería que otra noche, cualquier otra noche, salte en el intercomunicador la voz del marqués para espetarle: ¡Ya ves, Olegario, engañé de lo lindo a tu memoria privilegiada de voces!

Asume que toda especulación sobre la forma en que recibió el deceso de Moncho es pertinente pero será sólo abono para la leyenda póstuma, lo cierto es que ello no devolverá a Salvador Pineda Pinzano a este mundo material

porque el hombre feneció y sus cenizas fueron esparcidas donde Pastor Camacho las esparció. “A mí no me verá para darle pormenores del fallecimiento de nuestro amigo y señor... Yo me remito a cumplir con mi deber, señor Olegario Castro, y mi obligación es darle este sensible parte porque el espíritu libre del marqués lo quiso así, esto es que desde las ondas largas de radio-libre Marañón se difunda la primicia de la muerte de Salvador Pineda Pinzano”. Los enigmas nacen de Pastor Camacho, quien no supo quedar desapercibido resbalando así en el campo de lo insólito, abonando con su aura sepulcral lo que podría inspirar un cuento alrevesado, al estilo de los de Lovochancho, que titule así: “El misterioso mensajero de la defunción de un misterio motejado Moncho”.

—Esto es el ocaso de los dioses, van tres enviados de Dionisio que se ausentan al hilo para el crecimiento de sus respectivas leyendas... ¿Tú sabes si se conocieron aquellos tres, me refiero si alguna vez estrecharon sus manos Teodoro Morris y Moncho, o Teodoro Morris y Kantoborgy, o si los tres juntos se hermanaron en alguna ocasión, así como lo hicieron para el bronce de Guayaquil, Bolívar y San Martín? —inquirió Bartolo Jiménez desde su venta sureña, La Máscara de Quinara, mientras el cantor de Sólo quiero caminar ya había desembocado en la vertiente oriental que lo conducirá al río-mar.

—Vale la inquietud Bartolo, que yo sepa, aquellos tres, no trabaron amistad personalmente sino que hubo contacto de “leídas” y de “oídas”. Me consta que Moncho sí leyó los ensayos anovelados del Saqueador y viceversa el Saqueador la doctrina del MUA englobada dentro de los artículos ficcionales que Moncho denominó, *Perro mundo político ecuatoriano*. Kantoborgy los leyó a los dos y como éste no asentó nada por escrito, dejó su discurso oral en la memoria de los que tienen memoria de él. De Kantoborgy se han aprovechado sus amigos para escribir fajos de palabras, como lo ha hecho el deportólogo M. Puertas con ese

libro reciclable que trata de la psicobiología de lo posible en la zona de la muerte himaláyica. Lovochancho también lo hace protagonista de sus creaciones literarias, las que giran con el orbe en el triple portal de Bípedos Depredadores. Ahí tienes, ficción y realidad emparejadas, al punto que el Kantoborgy de las crónicas de Lovochancho es el que trascenderá cuando los pocos que trabajamos amistad con él seamos fertilizante de los jardines de Gea.

—Lo curioso es que en el triple portal de Bípedos Depredadores, también giran las palabras del marqués. Me he nutrido con los capítulos de “Perro mundo político ecuatoriano”, que me recuerda el estilo orteguiano de filosofar con una prosa divina, y en más de uno de ellos hace referencias encomiables a las obras de Teodoro Morris, poniendo énfasis en la que tanto hemos exprimido en tus ondas largas, *Mis vicios masculinos*.

—Ahora que lo mentas a Teodoro Morris, ya es (contra su voluntad en vida) epónimo, nada pudo evitar que su bronce fuera develado frente a la olla humeante de alverjas con guineo de la Casa Azul de la cofradía de Los Alverjeros. Qué me dices, Bartolo...

—El pueblo del pueblito de Malacatos así lo exigió, y, por más señas, incluyeron el alias en la placa conmemorativa del hallazgo de la guaca de Quinara que devino en el tesoro de quinta San Agustín, la que con justicia reza: *A Teodoro Morris, el Saqueador, quien del oro hizo un jardín botánico en vez de atiborrarse de cemento y adoquín*. Olegario, así como estamos rodeados de adoradores del vacío que construyen torres lóbregas, hay estos excepcionales filósofos poetas que crean espacios verdes donde canta la vida y la muerte. A propósito... ¿acaso cuentas en tu discoteca con el *Himno a la Vida*?

—Sea, el *Himno a la Vida* vendrá en instantes. Y uno de estos días (digamos que la semana entrante), me obligaré, a punta de chicotazos, a realizar mi peregrinación anual a quinta San Agustín. Pata al suelo recorreré el sur recóndi-

to, casi como un aparecido en la Arcadia o en Remoto. Ya me vinieron las ganas de tomar la fresca de molienda, darle una vuelta (y media) a la plaza del Saqueador, servirme de la olla de alverjas con guineo, más ají verde y aguacate, y trabar regia charla con los vates de la Casa Azul, los que hoy son presididos por la reina del Aguardiente Agustino y el tabaco Toboso, Ana de Cazaderos.

—Que no te quepa duda, Olegario, el *Himno a la Vida* está para cantarles a las chiquillas en flor de estos valles mágicos, y estamos suspirando porque de buena gana haría esa peregrinación pata al suelo si no fuese por el gran motivo que tengo para amurallarme aquí en mi venta, La máscara de Quinara, siendo que soy el custodio del ojo de agua tibia que hace sustentable mi utopía al pie del farallón donde Teodoro Morris tomó lo que le correspondía del oro del Inca. Yo ando enamorado de una Lou aquí en Quinara, y así como la rusa Salomé le dijo esto al teutón Federico, yo le digo lo mismo a mi Lou subtropical: *No puedes regalarme ninguna dicha más, ¡pues bien!, todavía tienes tu pena.*

“[...] Hemos soltado una versión actualizada para piano y orquesta de *Himno a la Vida*, sonó hasta el último rincón del domo del Panecillo, y por ende en los confines de las ondas largas de radio-libre Marañón. Tengo a la mano la traducción del alemán al español del himno, el texto como lo conocen ustedes es de Lou Salomé, al que Friedrich Wilhelm Nietzsche le dio música para ser cantado en una sola voz, no voy a leerles la poesía entera sino hacer énfasis en el verso postrero que ha cautivado a Bartolo Jiménez. Yo prefiero esta traducción: *Si ya no te queda ninguna felicidad que darme, ¡sea!, aún tienes tu sufrimiento.* A continuación vamos a poner algo del guitarrista y filósofo de La Merced, un tango intitulado *Alucinaciones en la caldera...* Estamos hablando de una caldera volcánica, que en tierras altas inspiran a vates, a músicos, y a contumaces montañeros. A mí se me ha quedado grabada la excursión relajada que hice con Gitte al Pasochoa, principalmente porque tuvimos un

feliz encuentro con un cóndor denominado Albertina, y desde entonces sueño con ir a refundirme en la caldera de la Montaña de Barro para eliminar toxinas. Antes de que parta a su reto final en la altitud criminal de La Diosa Madre de la Abundancia, le recomendé a Kantoborgy que acuda a ese abismo verde para sudar y eliminar toxinas mediante una calistenia de apenas moverse como gasterópodo entre la espesura artrítica del árbol de papel... Cosa rara, me hizo caso y se fue a un punto indescriptible de la caldera. A su regreso nos contó que había sufrido deliciosas alucinaciones, habló de que ahí se había dado una parodia, un juicio llamado *Kantoborgy* versus *La Masa*. Lo admirable fue que las deliciosas alucinaciones de Kantoborgy coincidieron con la creación musical que presentó por los mismos días José Miguel en las tablas del domo del Panecillo. ¿Telepatía? Llámenlo como gusten, pero hay personalidades que estamos interconectadas por una misma evolución cuántica. Llegaste con la suerte en las manos José Miguel, te acuerdas cuando decías admonitorio, ¡cuídate Paco... allá voy, allá voy...! Y fuiste, fuiste, las creaciones de tu guitarra flamenca siguen viajando en la sonda que enviamos a los confines del espacio sideral. Minutos ha se me había antojado escuchar *Las bodas de Camacho*, pero el cerebro de la rokola me respondió que no existe tal obra en su memoria musical, y relacioné que aquellas sólo existen en mi cacumen literario, que me había confundido con *Las bodas de Fígaro*, y esto por lo mentado que anda esta noche el señor Pastor Camacho, licenciado en letras”.

Entretanto se suceden, como fondo musical, las notas de *Las bodas de Fígaro*, Olegario Castro -hablando audible pero bajo-, sigue dándole vueltas a la intempestiva aparición auditiva de Pastor Camacho, el cual, por el inactual añadido de licenciado en letras, le trajo la figura del apócrifo caballero, el bachiller Sansón Carrasco, quien venciendo al Quijote puso el punto final a sus aventuras de justiciero andante y a la vez marcó el principio de un caminante indeleble.

“[...] Juan Montalvo, se resistió a que el Quijote sea derrotado por un adefesio como el bachiller Sansón Carrasco, y muera en brazos de una cordura abominable, sobrio como una tumba. Mientras fue el historiador de las aventuras de la cuarta salida que hizo el caballero, en su ensayo de imitación de un libro inimitable, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, lo mantuvo inmarcesible al Quijote, quien sí hizo testamento pero lejos de la humillación de rendir sus armas ante la inacción de la normalidad de los fantoches. En el acicalado mundo de las leyes ecuatorianas (o más kafkiano: en el encapuchado castillo de la justicia ecuatoriana), no he escuchado que alguien se presente muy ufano como licenciado en letras, pero debido a alguna intención premeditada que se llevó a su campo santo Salvador Pineda Pinzano, este hombre, esta voz, llamada Pastor Camacho, tuvo plenipotencia para llevar a cabo sus honras fúnebres. El tal, que será inolvidable por esa suerte que tuvo de ser albacea y sepulturero del marqués, me invitó a un evento que me tiene con la sonrisa a flor de piel. Ya participé que he sido convocado a que sea puntual *testigo de honor* de la apertura pública del testamento del filántropo, en la notaría IV de la urbe capitalina que rige el doctor Augusto Efraín Borrero Tandazo, a las diecisiete horas del corriente día. Pregunta: ¿será que Olegario Castro se sacó el gordo de la lotería cuando hace años dejó de apostar a ello? Respuesta: este momento tiene la certeza de aquello el que conoce dónde fueron arrojadas las cenizas del marqués. Sin embargo, sé que voy a ser dueño de algo más grande que pequeño, como me dijo hace poco José Miguel, del Moncho no se puede esperar cosa que tenga precio sino mucho valor. Si éste nos incluyó entre sus herederos no será por haberme donado una bagatela material, una nutrida cuenta bancaria, siendo que la inveterada generosidad del marqués dicta que cuando da se prodiga en el valor de lo que da. ¡Sí, señor! No pecco de cándido ni de modesto para tragarme lo de ser puntual *testigo de honor* de la apertura del

testamento del filántropo (epíteto que el finado detestaba y por eso mismo lo usaba como a trapo de deshollinador), si me invitaron a la develación del mismo será porque soy también un comensal de la fortuna que dejó el difunto. De ser así, mejor dicho, no puede darse de otra forma, para qué voy a quitarme la sonrisa de gratitud que brota generosa de la boca, sin tener a nadie de cuerpo presente que dé testimonio visual de ello. Conmigo absténganse el perioverborreismo de fotografías faciales conmemorando mi dicha y/o mi sufrimiento. Ustedes, oyentes lechuceros, intuyen bien esta discreta felicidad que desparrama esta noche el montañero. Siento las vibraciones de ese baño de alegría que se han dado todos a uno, yo adentro, ustedes afuera. Todos los de nuestro círculo mágico han asimilado que esto es igual a haberse hallado una guaca, tal como Teodoro Morris se encontró con su pedazo del tesoro de Quinara. ¿Presentimiento? ¿Precognición? No, lo que he hecho es manifestar el clarísimo mensaje de Pastor Camacho, en este momento soy dueño del patrimonio que dará de comer y beber, hasta la sepultura, a las ondas largas de radio-libre Marañón, ya se podrán jubilar los anónimos mecenas que nos ayudaron a mantener esta fuente de salud para los amantes de la medianoche en adelante. No recibiré ni un centavo más de su bien usado dinero, así sea del hombre honrado danzando con la cola fulgurante de *Las bodas de Fígaro*".

—Ya que tuviste el acierto de nombrarlo en tu monólogo al aire a Juan Montalvo, has de saber que éste lo hizo al Quijote conservacionista, lo puso a defender lanza en ristre a los árboles de un pequeño bosque. Lo feo es que no sé qué palabra utilizar para conmemorar esta casi aventura del Quijote, me agradecería llamarlo ecologista pero la acepción de este vocablo se ha degenerado en aras del desarrollo sustentable; tenemos que lo de ecologista le calza a cualquier banquero o petrolero partidario de la modernización de natura. Todo se reduce a ser recurso natural. Para los *ecologeros* ningún bosque primario es eso, primigenio,

o sea, intangible para los deforestadores y tangible para el corazón del ser unido a la Tierra. ¡Buenas noches, buenas madrugadas..., Olegario Castro! —dijo la voz de molienda de Moraima.

—La Mora... la Moraima inconquistable; oh, patrimonio invaluable de la longevidad de Yangana. Bien dices, qué palabra hemos de usar para referirnos a los hombres que aún aman a la Tierra y al contacto silvestre con ella, si de todo lo salvaje se han apropiado los partidarios del desarrollo sustentable y de explotar los recursos naturales que, ejemplo, monetizan hasta los suspiros de la megadiversidad de la pluviselva ecuatoriana. Pero cuéntanos más del Quijote ambientalista defendiendo a los árboles...

—Con suerte, Olegario, se puede nacer en cuna noble mediante la tómbola de la procreación, pero ejercer de aristócrata es renacimiento voluntario, y Juan Montalvo era un renacido, y, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, su obra trascendental estética por antonomasia. Así como Unamuno era quijotesco y no cervantino, yo soy fanática de la única novela que nos dejó póstumamente Montalvo. No sé si has leído el capítulo XVI, *de la casi aventura que casi tuvo D. Quijote...*, donde la actitud de un vulgar *Homo sapiens* deforestador a fines del siglo XVIII, es la misma que se advierte en estos días de apogeo depredador del ejecutivo siglo XXI.

—Sé de lo que hablas. Y nos urge que nos cuentes lo que viste en *la casi aventura que casi tuvo D. Quijote...*, con el lenguaje y recreación que te es propio.

—Poniéndolo así, vi esto: Hace más de un siglo ya estaba listo el hombre que bota árboles por diversión, por capricho, aquí y ahora lo hacen porque todo lo que es útil tiene que tener el inmediato gusto a billete. El asesino de árboles de ayer y el de ahora son los mismos, no ha evolucionado pizca su inteligencia sino apenas su afán de acabar con su propio futuro haciendo de lo prístino un blanco para ese fin. Al político, al mercader, al ciudadano de a pie, al

hombre motorizado, a los padres de familia ejemplares, a los hijos abnegados, y a la abrumadora mayoría del etcétera humano..., no les anima la figura de que se debe conservar un bosque primordial por sí mismo, únicamente para contemplarlo y renacer en la tierra con él, hay que ponerlo a producir lo que sea, hay que por último venderlo como parque musical que provee oxígeno. Caso contrario, si no da plata, ¡bienvenidos sean los desiertos y el césped uniforme de las canchas de golf! Vamos al meollo: Don Quijote se encuentra reposando en remanso arbolado que componen dos docenas de viejos cipreses, junto a un ojo de agua que le brinda paz y frescura; música alada lo arrulla, y sueña con la mujer amada respirando a su costado. De repente lo golpea el ruido atroz del hacha acabando con Dulcinea despidiendo perfumes de flores invisibles. Curioso acude al sitio de la destrucción y entabla de buen talante diálogo con el hombre que es uno de los ramplones de su tiempo –ahora tenemos a las ponzañas graduadas de ejecutivos siglo XXI-, el que se presenta como dueño del bosque añoso que echa abajo con la razón de que no produce nada, y de que el suelo tiene que monetizarse si no pasa a ser fábrica de alimañas y sombras inservibles. Don Quijote, intenta que el ramplón comprenda que un ciprés añejo es una extensión de la divinidad planetaria, no se diga dos docenas de ellos, puesto que además de la fresca alegría que provee al cuerpo alimenta y aromatiza el espíritu, para así vivir a plenitud con los pies y los sentidos conectados con la madre primordial, con la Pachamama. Pero nada, el positivista de su tiempo y por inercia de nuestro tiempo, no cesa en su razón de hacer lo que le plazca con su propiedad, los troncos son de él y no de ninguna madre Tierra. Entonces, el Quijote montalvino, monta en cólera al instante, siendo que es mucho más feroz que el original, este Quijote es dinamita... Medio hace el ademán de arremeter lanza en ristre contra el deforestador y éste se deja caer patas arriba prometiendo a grito pelado no talar la foresta. Luego llega un obispo de no sé dónde

y, escuchando el discurso del Quijote dando fe de su enojo, respalda su acción condenando la actitud del ramplón que no pesa las bondades y servicios que prestan al cuerpo humano un bosque añejo. Esta desafortunada vocación por echar abajo los jardines planetarios a cuenta de desperdiciar no a lo bestia sino a lo criminal humano, es cuento de no acabar porque el ramplón de ayer habrá talado apenas Don Quijote se marchó, y, los ramplones de hoy, lo hacen amparados en la tecnolatría.

—*Juan Montalvo, primer defensor de los bosques de la patria que no piden limosna para morir de pie*, debería rezar un grafiti enorme en los muros que encierran al Ministerio de Patrimonio Sustentable (*y rentable*). ¿Te apetece una canción, Moraima?

—Lo que voy a pedir no es canción alegre, es magnífica pieza del florilegio de Piazzola, una alegoría a favor de la vida aunque suena un tanto tenebrosa, sé que la tienes en la memoria de tu rokola, *Introducción a Héroes y Tumbas*. Esta introducción es el homenaje tanguero de Piazzola a la obra cumbre de don Ernesto, y para mí es el toque sabatiano ineludible a esta noche de adioses.

“[...] La soberbia pieza de *Introducción a Héroes y Tumbas*, cerró con la propia voz de Sabato, con ese último verso pagano que nos quedó retumbando a propósito de Alejandra Vidal Olmos. *Oh dioses de las tinieblas, del incesto y del crimen...*, *del incesto y del crimen...*, *del incesto y del crimen...* De regreso de mi último viaje a las vertientes donde anidan las musas de la altitud, bajándome de las barbas del Ogro (el monte Quilindaña), comprendí que lo de ejercer la aristocracia como un renacimiento voluntario ha sido mi tarea. Para crecer en ese renacimiento voluntario no conté con una parentela legendaria sino con uno mismo siendo el padre e hijo de su empresa. La aristocracia del espíritu tiene lazos de sangre incomprensibles para la genealogía mundana. Así, el Olegario Castro que proviene de una familia de humildes campesinos, vino a tener la misma san-

gre real, antiquísima, de Moncho, el último del linaje de Olivares y Yaguarzongo. Este Olegario Castro, pertenece a la línea aristocrática del único sobreviviente de la estirpe de Solanda, el noble que brilla en la guitarra que no lo desampara tantos años después del ocaso de la fastuosa hacienda, La Merced. La diferencia es que ellos heredaron la tragedia de su signo familiar; mientras yo heredé de la humilde vega de Amable María, el imperio del que soy amo y señor. Salvador Pineda Pinzano acabó con la estirpe de los Olivares y Yaguarzongo en el clímax de su poder humano; se quedó al otro lado de la tómbola de los espermatozoides, en él no funcionó la suerte de los vástagos, no estuvo en la edad propicia para fundar un clan bíblico. ¡Qué humor el de Moncho!, decía que su genoma de ultrahombre era incompatible con el genoma de la hembra humana. A su vez, José Miguel, fue objeto del derrumbe familiar que trajo su abuelo Jerónimo, el Destructor, quien impuso el progreso de los débiles a su heredad, borrando de la memoria de La Merced el valor de los bosques y la selva andina, haciendo lo que hoy es un reducto más del gregarismo piramidal, urbanizaciones con denominaciones celestiales: *El Edén II*, *Nirvana VII*... Lo que fue La Merced, la hacienda protectora de bosques primarios y el jardín botánico del bisabuelo José Miguel, el Conservador, cuarto vizconde de Solanda, se lo presiente en la música sublime de su bisnieto homónimo. En todo caso, la obra maestra, la vida de aquellos dos nobles refleja la esplendidez natural de una época ida y de otra época sin porvenir. El progreso de los débiles rige en un coto temporal, la lucidez del ultrahombre permanece sobre todos los tiempos juntos. Ya se envió la sonda rumbo a otras geas, a otras pachamamas, con el mensaje de aquí, en el reino de este mundo, creamos infiernos terrenales sobre los rescoldos de paraísos terrenales, de ahí los nombres de las aglomeraciones de edificios que hacen memoria de los edenés demolidos”.

—Siguiendo a tu monólogo, Olegario, yo comprendo al guitarrista y filósofo de La Merced como a mí mismo. Soy afortunado con lo que he hecho y hago en la tierra que tengo en la cañada subtropical, fundido con la selvita pegada a la peña y el cantarino ir del río Uchima —irrumpió la voz angelada de Amadeo Saboya, desde San Pedro de Vilcabamba.

—¡Salud, Amadeo Saboya, poeta! La quinta que a ti te alcanza con holgura para ser moderadamente feliz, a los urbanistas les estorba a la vista porque anhelan ver a la Tierra entera convertida en floreciente negocio de bienes y raíces.

—Curioso asunto, Olegario, pero es el gentil urbanícola, aquel que ha estudiado décadas para ser mejor, incluido posgrado de *reingeniería ecológica* en Oxford, el que niega el goce real y constante de un hombre en siete hectáreas de tierra semisalvaje, niega que uno viva conforme a las leyes de la autosuficiencia, no sabe que es como si tuviese siete leguas alquiladas al paraíso para una agricultura y piscicultura de subsistencia, de producir sólo lo que puedes y debes ingerir...

—Hay que aprender a vivir con lo propio, a lo H.D Thoreau, a lo Amadeo Saboya, digo yo... Siete hectáreas de felicidad a orillas del río Uchima, con un clima primaveral año corrido, es una parcela alquilada a la diosa de la sabiduría, digo yo...

—Tenemos al cultivado instrumento que forjará el mañana, al doctorcito en no sé qué laya soltando un lagrimón por los árboles que tumbó en aras de echar para delante la sociedad de sus amores, el que me dice compungido: “¿Qué se puede hacer compadre Saboya?, así es la modernización de la naturaleza, nos ha tocado sufrir sacando de raíz los parques de nuestros ancestros para darle cama regia al progreso”. Aquí va la réplica del vate del río Uchima:

*¡Modernización de la naturaleza!,
eres la plaga del Antropoceno,*

*eres la madre de la resignación...
Oh, mago desarrollista,
todo en ti es monetizar,
¡padre del futuro hambriento!
No riges en la inmensidad de este contemplador,
no eres el ojo de agua que encierra y cría al pez arcoíris,
no eres el trueque para comer y beber de la vecindad campesina,
no eres el mediodía de mis perros guardianes,
no eres la música de hamaca del amanecer,
no eres la noche de la lechuza argentada,
no eres la ardiente deidad de la montaña.*

—Ese no resignarse brota de las profundidades del Uchima, encarna tu adherencia al suelo vegetal, no eres cosmopolita. ¿Me equivoco, Amadeo Saboya, poeta?

—Fuera de las limitaciones de mi utopía se ciernen las sombras del monetizador, y, no me es dado, como a los maestros románticos, abandonar este túnel de agua dulce para irme de paseo entre otros muros vegetales. Es tarde para hacer larga y feraz caminata que me asegure el perderme en los aromas de un bosque ajeno y sus verdes en floración, estoy sitiado por los sayones de la modernización de la naturaleza. Ni bien cierre los ojos, y mis cenizas se hayan unido a la peña, querrán atacar estos predios con las herramientas de trastocar lo bello selvático en arquitectura de lo repugnante. De aquí que seamos pares con Moncho, somos únicos y últimos. Los desarrollistas se quedarán con las ganas de desplomar mis murallas porque igual que el marqués de Olivares y Yaguarzongo, voy a fungirla (remarcando eso sí la diferencia colosal entre nuestros respectivos patrimonios) de filántropo póstumo, y estoy por levantar testamento para heredar esta finca a quien a mi juicio dará continuidad a la melodía del vate del río Uchima. Aprovecho la ocasión, Olegario, puesto que te podría concernir este particular...

—¡Basta! Esto sí que me causa gratitud y pánico a la vez... Hazme el favor Amadeo Saboya, poeta, espero ha-

yas encontrando a quien heredar tu utopía, que yo tengo la mía. Mejor ve posando tus pies en el escenario que diseñaste para ser moderadamente feliz, y halla alivio de serlo sin que manden en tu fortuna los dioses del desencanto. En todo caso, Amadeo Saboya, poeta, yo soy el que a partir de mañana te podría estar incluyendo en mi testamento.

—¿Acaso soy digno de ser elegido para preservar tus murallas? Yo que nunca he sido heredero si no que me encontré con lo que buscaba, pero no persiguiendo esto como una obligación. Hallé lo justo para vivir como las flores silvestres y las mariposas de alas traslúcidas del caminito que bordea el cerro de mis límites —repuso Amadeo complacido, haciendo una venia a la distancia al montañero, y concluye—: Me late esa canción de T. Waits acompañado de las cuerdas del cuarteto Kronos, no me viene su nombre en inglés, la del demonio de cabeza en el hueco... Tú la conocerás mejor que yo, cuélgala en el dial por mí.

La voz de Amadeo Saboya se diluyó dejando a la musa del río Uchima en el domo del Panecillo, y la ninfa del río Uchima fue cediendo su espacio a la voz hiperdesgarrada de Waits interpretando, *Way down in the hole*. Esta música transportó al montañero a cierta noche de estrenos del maestro José Miguel, con Gitte inspirando el recital de guitarra flamenca que le dedicaron a los espaciales saponáceos. La cabina de mando se ilumina con los ojos aterciopelados de la mujer danesa, esa viva estampa de Artemisa residiendo en el planeta del sudor.

“[...] ¿Si tienes memoria de lo esencial que decimos en radio-libre Marañón?... ¿De qué memoria me hablas, zo-penco, si todo lo inventamos de nuevo? Uno se interroga con severidad, mientras me da ganas de hacer correr en la rokola *Los cuernos guerreros*, de Coyote. O sea, he predeterminado el inmediato futuro musical de la nave, vendrán *Los cuernos guerreros*, de Coyote, para hacerle el quite al desorden hormonal que me provocó el diorama de la mujer amada. *El amor precoital es con creses más poderoso y comple-*

jo que la vulgar carnalidad, ahí sufres lo indecible, con el placer carnal te desahogas y hasta luego, se acaba el ardor y el ansia de poseer con un golpe maestro de caderas prietas... Está escrito en *Mis vicios masculinos*, página setenta y siete, párrafo tercero, editorial Casa Azul, decimoquinta edición. *Ella está deslizándose en la piragua, dando airosa golpes de canaleta por la fuente selvática que le proporciona el material anfibio para su museo herpetológico, allá en el mundo perdido que aún queda de la amazonía para que la habiten mutantes...*, página cero de la novela que no escribiré. Moncho fue huésped de Remoto durante las dos semanas que pagó por gozar de la exclusividad de los anillos de Pelancocha. El marqués vino fascinado de Remoto; los anillos de Pelancocha lo atraparon en el acto, ni bien entró en su sensualidad acuática. Esto, grosso modo, me transmitió a su regreso: Es lo mejor que he encontrado desde que tuve treinta años, fui al país soñado para residir una eternidad, el país de los cachimochos en el planeta de los coquiches. Nunca le pregunté lo que quería decir con eso que me suena tan jocosos, lo del país de los cachimochos en el planeta de los coquiches (ojalá Lovochancho sepa aprovechar esto para un título de campanillas de uno de sus relatos de ciencia ficción filosófica). Me confesó, muy serio, que una sola vez se había enamorado a morir de una tal Diana de Bergantiños, y que Carmela le había traído la figura de su ardiente amor en la Costa de la Muerte. No sé qué mismo vio en su estancia en Remoto, pero es como si desde entonces le hubiese puesto fecha fija al abrazo con la Parca. Amigo Moncho, qué grande era tu lenguaje, a caballo entre el mito y la realidad. Parece que el destino de radio-libre Marañón es juntar a los únicos y últimos de esta edad del hidrocarburo y hacerlos imprescriptibles ante el tiempo. Bueno, por fin vamos a escuchar *Los cuernos guerreros, de Coyote*".

—Ya no somos mujeres en potencia, amigo Olegario, somos mutantes en acción. ¿Quién sabe si Moncho halló lo que debía ser de verdad y se fue volando para allá con la

forma que lo hizo superar el perro mundo político ecuatoriano...?

—¡Buena es, Anastasia, buena es...! —festejó el montañero despabilándose tras la música guerrera de los cuernos de Coyote. Es la voz de la montañera que, no hace mucho, participó en las ondas largas de radio-libre Marañón con el recuento de su ascensión en solitario al monte Chimborazo, quien habita en una colina occidental del valle de Lloa. Anastasia llegó con la imagen de las fértiles sementeras y pastizales de las faldas suroccidentales del Guagua Pichincha. Anastasia, residiendo tan cerca de La Medusa Multicolor, no ve el conglomerado laberíntico de barriadas que de un manotazo quitaron el paisaje de lomeríos otrora arbolados y floridos; ella le ha dado la espalda a la capa de escoria carbónica que se mece en la atmosfera citadina. Estando próxima a La Medusa Multicolor, su hogar yace muy lejos del ruido y el humo que ha percutido a la metrópoli, siendo un mundo verde el que la acoge para comer y vivir. Come de los sembrados y el ganado vacuno de la heredad familiar; vive de las aventuras que monta en las montañas de su círculo de acción ascensionista.

—Tuve la oportunidad, hace tres semanas, de conversar largo con el marqués, fue a propósito de su red de bibliotecas virtuales. Aquí en Lloa ya inauguramos la era del libro electrovoltaico, me incluyo porque fui cómplice y partícipe entusiasta del evento. ¡No veas Olegario!, fue un goce estampar contra el piso el libro como hecho de goma, y cuando rebotó indemne la sorpresa y la carcajada de los concurrentes fue general... ¿No tienes uno en tus manos?

—Lo tengo, Moncho me hizo llegar una copia, son carne de perro como tú dices. Te lo llevas al páramo si quieres y lo tiras sin aprensión donde te coja el apuro de hacerlo. Se carga de energía en cualquier rincón soleado, pesa como un libro mediano, a lo sumo trescientos gramos; se abre al modo de un libro cualquiera y pasas las páginas con el dedo que se te antoje. Pero esos son los detalles, son las delicadezas que debe tener el libro común y corriente, porque lo me-

jor de este libro está adentro, es el libro de todos los libros, es el libro que carga la literatura universal como si sólo un hombre la hubiese escrito.

—Tú conociste al Moncho (en lo que se dejaba conocer claro está), y de nuestro encuentro en Lloa se me ha quedado rondando algo que esta noche calza con lo que expresé de entrada, él dijo cosa así: “Una de estas noches me cambio de careta a cabalidad, y me transformo en murciélago polinívoro, y tal como vine acá de la nada me iré allá desaparecido”.

—¡Vaya un enigma! ¿No será para que lo resuelva Edipo...?

—Sí, está hecho a la medida de Edipo... o a la de nuestro doctor Freud ecuatoriano, que lo tenemos a mano para que se zambulla en el enigma que nos dejó Moncho. ¿Sospechas algo?

—Nunca dejamos de sospechar porque somos una especie sospechosa, diría Kantoborgy, o mejor, el ufólogo Duvolosky... Mira, Anastasia, sucede que sospecho que a partir del viaje de Moncho a la hostería de selva Remoto él le puso fecha y hora a su defunción.

—Razonable e irracional sospecha, amigo Olegario, cuadra con lo que yo sospecho a mi vez...

—Suelta, suelta, Anastasia...

—Yéndome al campo de lo posible cuántico y evolutivo, podría afirmar que hay dos humanos que conocí (en lo que se dejaron conocer claro está), que habrían estado a tiro de mutación irreversible de monos pensantes a una forma de vida próxima al sufrimiento ideal en la Tierra. Ellos son Kantoborgy y Salvador Pineda Pinzano, aunque de manera diferente, ambos este rato se hallan ausentes del animal político que encarnaban. ¿Coincidencia?... Lo del ciudadano Moncho nos llegó consumado, ya es póstumo y a partir de mañana vendrá a ser filántropo epónimo, no me quepa duda; y, de alguna manera, se dieron los rituales humanos y divinos, las exequias correspondientes aunque tan rápido como en secreto. Salvador Pineda Pinzano está

legalmente muerto, su materia dispersa tal cual lo quiso; radio-libre Marañón emitió el parte luctuoso en estricto acatamiento de lo dispuesto por el difunto. Por otro lado tenemos a Kantoborgy, que sobrepasó el plazo de tres meses que él mismo dictó para que se lo declare “finito” si no daba la cara o su voz en los cuartos del domo del Panecillo, así que se halla formalmente desaparecido. Más allá de que Kantoborgy ha seguido el sano hábito de entrar y salir de un reto montaño sin dejar huella, y nadie -salvo él mismo- puede dar cuenta de sus avatares góticos, me inquieta saber que éste se fue a cometer su “última” (he ahí la palabra clave para descifrar el devenir de los nuestros) escalada por libre en los Himalayas, despidiéndose de la actividad ochomilera con una apuesta tan nocturnal como desquiciada, en la cara sur de la Diosa Madre de la Abundancia. No yo, que soy una montañera amateur, sino cualesquier montañero *profesional* diría que Kantoborgy partió decidido a esfumarse en la muralla sur del Annapurna.

—Dale nomás... Anastasia, continúa, continúa...

—De frente abrigo la noción de que Kantoborgy predeterminó desaparecer para definir su mutación cuántica en los montes Himalayas. Si te acuerdas, Olegario, que cuando se dio nuestro postrero encuentro en el café Madrilón (una semana después de la velación de las armas de subir que hizo Kantoborgy al pie de las ruinas de Galadriel y semana antes de viajar en pos del Annapurna), fue revelador la actitud eufórica de éste frente a un reto que ni siquiera los guerreros del hielo invernal polacos, esos epígonos del *rinoceronte psicológico* Kukuczka, pueden imaginar. Kantoborgy nos citó en el café Madrilón para despedirse, no te quepa duda al respecto, te acuerdas que nos dijo casi textualmente cosa así: “Ustedes entienden lo que es llegar al tope de las posibilidades ascensionistas y de ahí transformarse antes que repetirse en lo que ya le diste el máximo como submeta humana que antecede al finito vital... Por eso, si desaparezo en mi empresa de altura, es porque hallé mi morada

final...". Te pregunto, ¿qué otra cosa que mutación cuántica debe ser eso de *finito vital, morada final*...?

—¡Enigma tras enigma...! Vaya que si la Esfinge los hubiese tomado prestados hasta habría derrotado a Edipo. ¿Te apetece algo bonito para soltarlo en el dial?

—Será posible escuchar los *Tres deseos*, de Roger Waters.

—¿Tú ya pediste los tres deseos?

—Creo que me falta uno todavía. Y, tú, Olegario, ya los pediste...

—Hace rato que se me cumplieron, y sin darme cuenta que los había solicitado.

Sonaron los *Tres deseos*, de Roger Waters. Y él tiene claro que se le presentó tardíamente un cuarto deseo: Gitte. Ha sido escalador libre que forzó al máximo lo posible humano en las paredes de los altos Andes ecuatorianos, y que al cabo de esos rigores aéreos, sin haber puesto fecha ni escoger una montaña para su despedida de la alturas criminales, se bajó a retozar en los páramos intempestivamente. Así quiso que sea descendiendo de las barbas del *Ogro*, y con el goce de su virilidad se puso a contemplar en lo que antes desdeñaba por ser la antítesis de lo vertical, y de repente comenzó a moverse en el horizonte sensual de Gea como si nunca se hubiese separado de su ombligo, y estaba andando sobre el regazo de la vida ya distraído con la muerte, era un lobo de páramo en saludable digestión. La diferencia con Kantoborgy es que éste prefiguró la retirada, la saboreó antes de irse a lo que fue su mutación final.

—¡Adiós, Kantoborgy, adiós!, desapareciste en los brazos de la Diosa Madre de la Abundancia, no vamos a hacer cenizas de tu funda biodegradable —exclamó Olegario Castro ante los rescoldos de los *Tres deseos*.

—Ha sido la noche de los esfumados, don Olegario. Soy contumaz oyente de radio-libre Marañón, antes no me había animado a presentarme a pesar de haber inscrito mi

voz en el banco de voces, pero esta madrugada me dio deseos irrefrenables de participar, aunque sea como advenedizo, en el homenaje que usted empezó rindiéndole al marqués ido y conforme paso el tiempo se ha extendido el homenaje a otro esfumado, don Kantoborgy. Por arte de la causalidad me veo envuelto en estos adioses que tienen sabor de festivo reencuentro más que a triste despedida. Me llamo Francisco José, y por afirmación, suerte, destino, o qué sé yo cómo lo denominen los loqueros, habito -y soy miembro principal- de la cooperativa agrícola "Francisco José", que también se la conoce como "El caserío de Francisco José", acá en la sabana tropical de Quevedo.

—Un gusto, don Francisco José, usted es de los nuestros. Si en mi lugar estuviese el Moncho, a lo mejor le diría: bienvenido al país de los cachimochos en el planeta de los coquiches...

—A la verdad, don Olegario, que no los conozco personalmente a ninguno de ustedes. Al principio creía que todos los seres que usted mentaba eran invención de su caletre, ficciones para hacer más larga la noche a los que nos iluminamos con las tinieblas. Hasta la señorita Morsa Brava, que vive en una loma diagonal a la suya, dudaba de si Lovochancho existe en carne y hueso. Lo cierto es que todo radica en creer o no creer, en crear o no crear. Para mí, Kantoborgy, es una figura mítica de radio-libre Marañón, y ahora que ha desaparecido en el Himalaya, más aún... Aprendí a discriminarlo con Lovochancho que se me hace mucho más terrenal por lo de los productos de la casa Chancholovo, el jamón curado que éste provee a la mesa del domo del Panecillo se me antoja muy apetitoso, seguro que no tendrá nada que envidiarle al famoso *patanegra* que sí he probado en España.

—Lo verídico es que estamos hablando de seres humanos que no se han resignado a ser títeres del tiempo ajeno sino a ser protagonistas de su propio tiempo, son monos pensantes subidos en el potro de una mutación galopante. Será por eso que estos individuos son tan extraños al deve-

nir insulso de la normalidad de los que están perdidos en tiempo impropio.

—A la verdad, don Olegario, me parece que estos hombres viven en una Tierra de otra época, y hacia delante; por eso son extraños a las masas así como las masas son extrañas a su Tierra... La abominación es que la especie humana se prosternó ante los fantoches, el hombre ha devenido en un ente ajeno a las manifestaciones sutiles de la primera madre. Una vez proscrito de la felicidad zoológica, fue arrojado a las fauces del desarrollismo, incorporándose a su condición de bípedo huérfano en la desolación de las máquinas. Esto ya lo han tratado los que giran en torno a las ondas largas de radio-libre Marañón, como Kantoborgy, quien nos ha mostrado la diferencia con sus actos legendarios, la distancia que media de la *soledad absurda* a la *soledad divina*. La soledad absurda, no es otra cosa que la indiferencia a la matriz propia, es la castración de los instintos que comunican con la creación natural.

—Francisco José, vale la pena hacerle la cuestión de rigor que por estos pagos ineluctablemente se le hace a alguien como usted: ¿cuánta vida es capaz de soportar?

—¡Toda la vida que yo puedo aumentar! —replicó con sereno énfasis el filósofo de Quevedo.

—¿Tiene alguna sugerencia melódica desde El case-río de Francisco José?

—Se me viene, a marcha de Rocinante entrando con su amo en desigual batalla, la obertura de *Carmen*.

“[...] Airosa se paseó la *Carmen*, de Bizet, obsequián-donos panorámica visión de lo esencial en la microselva de la feminidad. Digo que no abastece lo que se está haciendo para preservar el bosque tropical, húmedo y lluvioso de la cuenca amazónica. No somos de ensalzar la selva, taiga o tundra sólo por moda o vergüenza ajena. Nuestra tarea es ser pragmáticos siendo más naturales partiendo de la conservación de nuestra microselva, y no como una reacción vacía ante el ritmo invernadero de los ejecutivos siglo XXI.

Preservemos la obertura de los pájaros que nos embriagan como un despertar en el regazo de Afrodita. No obstante ese exterminio de las raíces que se conectan al corazón de la Tierra, aún tenemos en alquiler de por vida la microselva donde nos es dado extasiarnos... ¿No será oportuno que suelte en el dial la introducción, del refundido saxofonista Asmodeo, a *Las ruinas de Galadriel*? ¡Sorpresa...!, se trata de una pieza recién salida de la cueva del genio Asmodeo, sublimando lo que él apetece y de paso rinde honores al supremo escalador. Valga la coyuntura para por primera vez aplicar la modalidad inteligente, parlante y remota que incorporé a la consola de música, dictando a media voz: ¡Angélica Inés, ponme *Introducción a Las ruinas de Galadriel*! Eso pedí y el motor de búsqueda de Angélica Inés está trabajando. Oirán lechuceros, Angélica Inés, así queda nombrada desde esta noche la rokola inteligente de radio-libre Marañón”.

Corre *Introducción a Las ruinas de Galadriel*. El montañero cavila en que aun la salud del agua se la envuelve con derivados de petróleo para su consumo, haciendo de su ingesta una promesa de montañas de plástico. El líquido vital de vertiente prístina ha cobrado fama por sus redescubiertas propiedades maravillosas para el cutis y todo lo demás, al punto que envasándola se ha vuelto más costosa que la gasolina y tan sucia como ella por los residuos sintéticos que abandona a cuenta de la vigorexia humana. Él, que nació al pie de manantial salutífero, ha constatado con estupor como ya se expende a discreción del sediento el agua que bebió del cuenco de calabaza que hizo con sus manos de temprano aventurero. El manantial que llenó de salud su niñez, ya tiene precio y viene etiquetado con la leyenda que le dio el terruño, *agua de la fuente milagrosa de Amable María*. El líquido que hacía milagros en su organismo juvenil ya es transportado dentro de cáscaras venenosas por cualquier transeúnte que tenga el nivel adquisitivo para poseerla y luego arrojar el envase donde le plazca hacerlo.

Viéndolo así, el agua de la fuente que le brindó gracia a su cuerpo pubescente, ha dejado de ser milagro de la naturaleza brotando de las entrañas de Amable María para calmar la sed del pata-de-perro, y se ha convertido en la razón de permanecer de una ponzoña: el plástico. Ponzoña que seguirá boyante tras haber sido tragada por cetáceos curiosos que confundieron esas formas artificiales con su alimento habitual. El plástico brillará después de idos los hombres que lo usaron para calmar su sed errante en las calles, plazas, parques, y en los Últimos Lugares Magníficos *de la Tierra*.

“[...] Hermano lechuza, toma agüita santa del cántaro de los Andes, vía tubería y grifo galvanizado te llega directo de los páramos a tu cueva de tierras altas, carga con ese tesoro de agua hervida a tu celda fija o itinerante del yo-trabajo/yo-produzco... Hermanos lechuzas, aprovechen la oferta de vida, la agüita sana a precio casi simbólico, que nace de nuestras montañas, ellas nos la brindan gratuitamente. Deléitense bebiéndola a razón de un litro y medio a dos litros cada veinticuatro horas, ingiriéndola como recomienda el gastrónomo Pompilio Dela Cruz, hasta antes de una hora y mínimo después de una hora de las comidas principales. Tomen lo suficiente del don del agua dulce, y así podrán acudir contentos -las veces que sean necesarias- al excusado para aliviarse de toxinas, comprobando su salud inmediata en la cantidad y buen color de la orina evacuada. Y digan como Don Luís de Góngora y Argote... *que le den tres higas al doctor*. Nosotros decimos: que le den tres rozagantes brevas al deportólogo M. Puertas”.

Está dando una lenta vuelta alrededor de los cristales del campuroso domo, portando el copetín de aguardiente Agustino, festejando la incorporación de la modalidad remoto-parlante de la rokola inteligente Angélica Inés. Antes había sido la inclusión de la emisión radial peripatética, la transmisión inalámbrica de los sentimientos que

brotan oralmente y al mando discrecional del individuo que toma la palabra, dejando espacio para los silencios en el dial al albedrío del participante o participantes en el domo del Panecillo. Si uno quiere lo escuchan allá afuera o de lo contrario activa la opción que no salgan mis palabras al aire. Ahora mismo el montañero, quizás inspirado por la *Introducción a Las ruinas de Galadriel*, encara ese sentimiento desolador que lo embarga cada vez que regresando de un vivaque en su calidad de lobo de páramo choca con el hedor a estancamiento de los residuos de alquitrán, aquellos vahos que anuncian la presencia de centros urbanos resplandeciendo cual chagrillo sintético.

“[...] Eminentes civilizaciones han trascendido absteniéndose de crear multitud de hornos fabricantes de gases invernadero, los que deberían irse a calentar la gélida piel de Marte y no requemar la tibia epidermis de nuestra Pachamama. Elevemos el cáliz a nuestros labios para apurar el espíritu de los cañaverales de quinta San Agustín. ¡Salud, por nuestros ausentes mutantes! Allá vamos, allá vamos. Sí vale la pena hacer una vida más lenta en los bosques órficos que el dios algún rato nos proveyó diciendo, *no se les perdió nada acá arriba, ahí tienen su paraíso terrenal*”.

—¡Digamos que el dios primigenio no fue un liberaloide! ¿Acaso no fuiste vos, señor Tomás Vanbeberen, el que sentenció eso?

—Cierto Olegario, pude haber sido yo, pero de lo que estoy seguro es que no fui yo.

—En todo caso, se te encendió el cacumen al haber fundado Remoto y con ello la sustentabilidad pragmática del aislamiento de la comuna Puca. Alúmbranos, ¿qué es eso del desarrollo impenetrable?

—El desarrollo impenetrable es el que oponemos al falso adoctrinamiento que te han dado como mono pensante anclado en la cúspide de la pirámide alimenticia; esto es lo contrario al desarrollo letal, que impone la premisa ecuménica de “Dios proveerá”. Dios proveerá es igual a tra-

guémonos el planeta ya; es, ¡uníos sanguijuelas, no dejemos nada sin succionar!

—Tomás Vanbeberen, muéstranos un pincelazo de lo que te sugiere eso de los “Últimos Lugares Magníficos de la Tierra”, en doscientas palabras como máximo, empieza el conteo automático...

—Llamamos intangible a lo que deleita el espíritu, pero es tangible lo que nos brinda esa idea de eternidad... Ecosistemas: un bosque, un páramo, un mangle, una laguna, una taiga, una montaña, con todos los aromas y sabores de la soledad vivificante. La enfermedad terminal de los “Últimos Lugares Magníficos de la Tierra” y de lo que denominamos “máquinas animales sin alma”, es la máquina animal con alma, o sea, el hombre que administra esta gran despensa de tangibles que es la Pachamama. Alguien decía, o si no yo lo digo ahora, Dios proveerá hasta dejarnos exangües. No puedo evitar ver un símil de los fanáticos del Desarrollo Sustentable con los fanáticos de la Solución Final, y sus cómplices impávidos, que luego fungieron de maestros constructores de la democristiandad enferma de consumismo. Lo que hacemos en el territorio Puca es procurar el aislamiento de las especies, algo que hemos llamado “desarrollo impenetrable”, es decir que la evolución corra sin cortapisas. Este lugar es el ámbito religioso de la gente Puca, paraíso que alquilamos a científicos amantes de la naturaleza virgen y a ciudadanos afortunados que pagan lo que vale mantener la hostería Remoto, al fondo del primer anillo de Pelancocha.

—¡Fenómeno!, hasta el matemático Lovochancho se asombra con tu capacidad de ajustarte al número de palabras que se te piden para encerrar una respuesta. Lo hiciste otra vez señor Tomás Vanbeberen, en lo justo, ni más ni menos, doscientas palabras incluido un silencio elocuente.

—¡Pamplinas!, en esto reinó otra vez el azar. Dile en mi nombre a Angélica Inés que me apetece la *Tempestad*, para el homenaje al hombre que fue nuestro socio del desarrollo impenetrable.

La *Tempestad* se desató dentro del tibio y acústico domo, dejando atrás los perfumes venusinos de Carmen y Galadriel. El montañero se acoge a la pausa en el coloquio intermitente que sostiene con los escuchas. Maneja los paréntesis musicales y los silencios que dan ritmo propio a cada jornada noctámbula, nada se repite, lo suyo es que salga la cosa sin editar, no hay programación salvo el oficio de improvisar que está filo, alerta, sincronizado con el tiempo-espacio del domo del Panecillo. Como si hubiese ensayado con antelación lo que brinda allá afuera y le brindan desde afuera, todo sale con naturalidad, está ducho en el oficio de una radio exenta de interrupciones comerciales, de ahí lo de radio-libre Marañón, que el patrón de la emisora y los escuchas no se cansan de recalcar. Los auspiciantes de este privilegio son anónimos y gozan por serlo. Olegario Castro afirma que presiente a un mecenas cuando se hace voz en el dial; éste deja un no sé qué de precursor en el ambiente. En los prolegómenos de radio-libre Marañón, cuando emitía desde los humildes cuartos que alquilaba en la refundida calle *Fuchi*, los noctívagos lo acogieron en la noche espesa pichinchana porque de entrada se escucharon a ellos mismos. Años, siglos, que no parodia el discurso de los sultanes de la información bulímica. Verbigracia:

“Somos honestos, veraces, apasionados, carismáticos... Nuestra misión es informarle para que usted damita / señor saque sus propias conclusiones, todos los días servimos a la colectividad para que usted crea en lo que somos: somos hijos predilectos del Señor, estamos naciendo a la luz y nos merecemos estar informados de lo que mañana será tarde si no lo hacemos hoy, pues, la noticia dura sólo hasta meternos en la cama, mientras damos vueltas en el lecho envejece y a medianoche ya es obsoleta. Pero entretanto usted descansa calentito en su hogar, nosotros nos bronceamos las cejas renovando la información, es un duro oficio compartir lo que nos es curioso antes que se vuelva espejismo. Amaneciendo, afiebrados y acalambrados pero incó-

lunes, volvemos a ejercer este apostolado que nadie nos regaló. Permítame ciudadano/ciudadana que aproveche haciendo una pequeña cuña del libro que es un compendio de la columna semanal que sacaba en el prestigioso diario que me cobijaba. *Buenos días realidad mía*, rezaba el título de mi columna con hondo sentido social, donde entregaba mis semanales reflexiones sobre el estado enfermizo y a la vez de esperanza que despierta nuestra nación. No es una obra de arte en sí pero es trabajo sincero, descarnado, incluyendo la pizca de humor que nos humaniza. Hoy hemos hecho realidad ese viejo anhelo de reunir lo que yo sabía y decía por escrito una vez por semana. La noble/rancia, Editorial Mandrágora, nos publicó una edición de lujo, tapa dura (muy gentiles y bondadosos han sido conmigo, hago extensivo un saludo a esos artesanos de la palabra que ojalá me estén escuchando). *Buenos días realidad mía* -que esto, por favor, no se lo tome como un acto de vanidad, es más una confidencia entre amigos, porque ustedes son mis amigos ante todo-, será objeto de un lanzamiento múltiple que haremos simultáneamente vía satélite en las principales librerías del país, allí los aguardo para tomar un cafecito y charlar como amigos platónicos y plutónicos. Nosotros hacemos política como un acto de purificación ante la cochina real-política que nos tiene informando por ustedes para que estén atentos, no a mí, quién soy para dictarles lecciones morales, sino a la noticia que huye como alazán salvaje. ¿Cómo alguien puede decir que respira sin la inyección vigorizante de la noticia? ¡Jesús...! Pero eso ya no nos incumbe, nosotros estamos en paz con nuestra conciencia debido a que ejercemos el apostolado cabalmente, no de palabra como otros lunáticos decimonónicos de izquierdas y derechas que salen a desinformar parcializándose, insultadores de oficio, ustedes saben a quién me refiero, no tenemos viga en el ojo ni tallarines en la lengua, trabajamos la noticia como los profesionales que somos, no improvisamos, me debo a ustedes...”

Tal vez fue una sobredosis de soledad etérea lo que desencadenó la fulminante salida del marqués. Conoce bien esos ataques de dicha cosmogónica, raptos de vitalidad indomable, que lo inclinan a beber desafortunadamente de la fuente donde se distraen sus náyades y revienta de amor por ellas. Extendiendo las manos hacía el cuadro de laguna selvática que le obsequió la científica Gitte, oye el eco lejano de la música de *Aire*. “Angélica Inés, dale espacio y tiempo a *Aire*, de Bach”, voceó peripatético en la nave que hurga en los confines del brazo de Orión. La rokola inteligente, Angélica Inés, captó la orden como lo haría él mismo de ser su servidor musical, apenas le dio a entender que era todo oídos a *Aire* soltó las notas celestes que le apetecía escuchar. No hubo lugar a la confusión, Angélica Inés, supo discriminar lo que quería su mandante, la música que se le antojó frente a la fotografía aérea de Pelancocha.

Con esos vientos de altitud se escapó a la segunda planta del domo donde anidan las imágenes pétreas del montañero. Esa muestra no le trae nostalgia por el hombre enfrentando lo extremo hacia arriba; no extraña al salvaje guerrero de la roca y el hielo, lo superó. Pero esta galería sorprende porque se respira las cuchillas de altitud pura sin la aprensión de tener por delante el temible descenso de ella. Esto hace que admire el laberinto de Olegario Castro, entiende su génesis porque es el creador, conoce el caos que forjó el tortuoso camino que lo condujo a cimas y simas. Muy de repente se detiene en los detalles de la galería fotográfica, esos pedazos grises de la gigantesca aventura que protagonizó es la prueba de que ya es más que un escalador. Se quedó arriba bajando a ser lobo de páramo. Estos fragmentos de paredes, a su momento inaccesibles para él tener el poder de convertirlos en accesibles, representan lo vertical: es la fotografía en blanco y negro que hace las delicias de Gitte cada vez que recorre la galería. Quizás sigue aquí las huellas de ella, retardando lo de ir a explorar en la amazonía por el ancla que lo sujeta al lobo de páramo. En

los encuentros pactados con Gitte en el domo del Panecillo, ambos coinciden en saludarse con el sentimiento de que están posponiendo indefinidamente el compromiso que claman sus ojos nupciales. Las citas con Gitte se dan en la planta alta del domo, donde funciona la radio; no se han topado en la galería de la psicología del sufrimiento sobre las nubes, para ella, bajar sola a ver en los ininteligibles retazos de cumbres que ahí se exhiben, es un ritual, comprende que es la única manera de vislumbrar al hombre encaramado en la conquista de sí mismo. Ella tiene afinidad con las últimas consecuencias del escalador, a pesar de que apenas ha subido una montaña en el transcurso de su vida, con él subió a la Montaña de Barro, él la llevó a su cumbre para presentarle al cóndor Albertina, y bajo los cielos de Albertina ella se enamoró de él.

Imagina a Gitte haciendo el mohín de “voy a por los silencios verticales de tu galería”, después de haber estado pegada al recital de guitarra de José Miguel con el ¡bravo! en sus labios mórbidos, labios de pasionaria vikinga. Olegario Castro recibe dichoso el mensaje, pues, esa ninfa ingresará con devoción a sus intimidades en blanco y negro, y mientras más se demore en dar la vuelta a su mundo vertical, más intenso será el placer del autor de esos silencios de altura. Sus instantáneas vendrían a ser abstractas para los legos, no verían nada en ellas, de ahí que se embarnezca cuando Gitte le dice que lo ha visto entero donde el cielo y la tierra se confunden. Es el ajedrez que practicó el escalador con las paredes de su ambición de vértigo; allí no hay espacio para los paisajes de conjunto que ofrecen de lejos las altas cumbres. No ha colgado en la galería esas vistas maravillosas, que hacen suspirar a la gente sensible que apenas -o nunca- sale de sus cubiles para explorar en la cruda intemperie. No tiene impresiones del gran angular acaparando el todo de la vertiente que escogió para el reto de hacer cumbre; tampoco se exhiben cuadros que regalen primeros planos de las tantas partes sobresalientes que tiene una mole andina:

espolones, castillos, murallas, hombros, soldados, aristas, torres, diedros, y el etcétera de la jerga que sirve para publicar historias de ascensionismo aborregado. Las imágenes de los hechos consumados de su montaña, no cuentan la carrera de un andinista por ser alguien en el mundillo de los trepadores; no hay fotografía que delate una ruta que otros andinistas puedan reconocer de tal o cual pico.

—Oiga, Olegario, acontece que sus relaciones con las montañas son muy sensuales para el oído de esta montubia, que a duras penas se sube a la escalera *pata de gallo* para cambiar una bombilla cuando no hay un caballero como usted para que nos la reemplace. Una anhela tener sus aventuras por escrito, para leer y releer como si me diera un chapuzón en las rocas musicales de su galería de montaña, la que no he pisado pero si usted me invita... ¿Si me reconoce, le hablo desde Calceta...?

—Si usted no es Frida, entonces me cambio de oficio, y dejo de ser el loco del Panecillo... He dicho que no nací para hacer cuentos a la manera del iluminado himalayista, que apoyándose en fotos lindas se gana el título honorífico de conquistador de lo inútil pretendiendo en la realidad cotidiana ser muy útil. A mí no me ha dado ganas de hacer libros con mis intimidades de montañero. ¿Qué importancia tiene por dónde subí y bajé, cuando escuché el recital de cuerdas de Gaia?

—Las montañas son las cuerdas de la guitarra de Gaia... ¿No me odia si me apropio de esa frase? Ahora préstele atención a mi hipótesis, me encanta llamarla así. Apenas salió esta emisión luctuosa vengo dándole vueltas a la muerte de Salvador Pineda Pinzano, y creo que estrictamente sólo desapareció como identidad humana, tal como lo habrá hecho Kantoborgy para encarnar a una criatura de las nieves. ¿Cómo le suena mi hipótesis?

—Refrescante... Siga platicándonos, querida Frida.

—El otro, el naciente de la cáscara del marqués, estará a la vista en algún lado que una no sabe ni sabrá dón-

de queda, si a duras penas nos movemos en lo conocido cómo vamos a tener certezas de lo desconocido. Eso digo yo, que algo mismo me atrevo en lo ignoto. ¿Qué le parece esto otro que he elucubrado esta noche? Imagine que es usted Dios, ¿para qué quiere todo el tinglado de los especialistas en promover su adoración? Él no escribe poesía ni hace música divina partiendo de las limitaciones humanas; así, siendo como es, la Perfección, ¿para qué necesita el fervor del primate pensante?... Y esto que voy a manifestar es más para mí misma que dirigiéndome a un interlocutor tal o cual: vivir es la posesión del instante y con el suspiro postrero dejamos de morir.

—Sabias dudas, y mejor conclusión... ¿Qué ofrenda musical propone Frida de Calceta?

—Una *schubertiada* estaría bien para mí... ¿No sé si Angélica Inés tiene a mano *Serenata*?

—Será un privilegio escucharla junto a usted. Angélica Inés, ten la fineza de echar a rodar *Serenata*, de Schubert.

El comandante de la nave Marañón, se acomoda en la silla del tablado, echa de menos la figura relajada del artista que tiene a punto sus músculos y fibras de crear. Imagina que está con la guitarra Chiliquinga entre sus manos, lista para despegar hacia escalas de vértigo. Habiendo dado la vuelta por el museo vertical, los oídos se hallan afinados como si hubiese practicado el ineludible calentamiento de dedos que hace el maestro antes del concierto; sus falanges vienen prestas a volar sobre una guitarra que nunca rasgó por falta de arte para ello. No ha sufrido las tensiones corporales que son imprescindibles a la creación del maestro, cuando la parálisis preside a la fecundidad.

Las inquietudes de Frida de Calceta, podrían ser las suyas, es el conflicto permanente mientras se respira, a él se le vienen cuestiones así mientras existe navegando en las madrugadas de Marañón: ¿Si el dios duda, entonces, podría sufrir pensando que tiene encima a otro Señor más

Todopoderoso que Él..., que no duda? ¿Si las montañas son las cuerdas de la guitarra de Gea, entonces, las galaxias son las cuerdas de la guitarra del dios? “El dios es las dos caras de mi existencia: la nada indolora de la materia oscura del universo y la vida sangrante de mis manos y pecho sufriendo con los compases de mis composiciones”, ha dicho el guitarrista y filósofo José Miguel. Y él, Olegario Castro, se distrae con el rasgar de la guitarra imaginaria; se sienta sobre el cajón flamenco y flota en los arpegios gitanos, entre dos aguas. Ese devaneo espontáneo de sus manos le dice que está gozando del instante sin que haya un objetivo a futuro, es la alegría de sentirse alegre por la música de las cuerdas de Gea.

“[...] Soy el revolucionario que guarda empatía con la santísima virgen de El Cisne y el ejemplo de vida andante y silvestre de Cristo quien, elevado al máximo estadio de hombre a través de su hallazgo, el refuerzo positivo, supo hacer de sus días un despertar: aurora de la sencillez y la simplicidad. Ese refuerzo positivo de entonces no será el mismo que proclama hoy para sí el deportólogo M. Puertas y un sinfín de motivadores profesionales. Antes de embarcarme en los diedros de la locura, me encomendaba a La Churona, a alguien tenemos que invocar con antelación al salto a la inmensidad del interior/ exterior; ahí estás reivindicando el ¡busco a Dios, busco a Dios!, del último filósofo de Occidente. Por esto he tenido, en la Señora de los viajeros, a mi amuleto de altitud. Esperaba la señal de la madrina que alumbraba al andinista para subir al fenómeno que conduce a la era donde habrá ido a residir Moncho, a la edad donde debe estar merodeando Kantoborgy. Mi instinto de recolector de originalidades me dicta que el guitarrista de La Merced, ya comenzó a fraguar la simbiosis entre el réquiem por los hombres idos y la elegía de bienvenida a los futuros vividores que surgirán de sus cenizas”.

—Permiso para reingresar a la nave, comandante Olegario Castro.

—Habla cuanto quieras, maestro. No hace falta hacerme una señal para que saltes al dial porque ahí mismo estás, y hasta cuando te plazca hacerlo.

—No hago introducciones verbales de las visiones que anteceden a la formación de una pieza de furia flamenca, debido a que cuando está lista la remito a la sonda Marañón para que viaje por el universo sinfónico. Esta noche viene siendo de grata expansión, y has intuido bien, Olegario, estoy cargándome del caos demoniaco que se convertirá en música sideral. Crear es un viaje de las sombras de la nada a la luz de las cuerdas de Gaia que tú has escuchado. Primero me hallo en un pantano infestado de alimañas, rodeado de inapetentes murmullos, sin embargo es la bulla que antecede a la melodía que está colindante. Hay una puerta que comunica con la fuente *Walden*, y si sabes abrir ese portal oirás que el agua estancada se torna en corriente líquido cristalino, verás el bosque frondoso y olerás las flores primaverales. Tienes lo necesario para la contemplación: luz, manantial surtidor de celestes y turquesas, vegetación coloreada reverberando, pájaros cantores de la aurora y el ocaso, peces de preciosa carne, aromas de bollos recién salidos del horno sibarita. Ya no estás en la caverna sino en la cabaña del compositor, vendrá la música que presentí en la oscuridad abyecta, en los murmullos putrefactos del pantano, será la pieza gitana que no sé cuándo se hará realidad en los oídos de los oyentes. Si me inspiro es porque todavía sueño que vuelo sobre los bosques primarios de Baco, los que alojaron parte de mi niñez, cuyas ruinas aún cobijan el espíritu del mayordomo de la edad de oro de La Merced, Bienvenido Contento, quien partió a la tumba bendito (supo irse antes de atestiguar la desintegración del latifundio ambientalista de mi bisabuelo José Miguel). Bienvenido Contento me regaló sabrosas historias de vampiros que vivían, a su vez, las delicias de su propio renacimiento. ¡Vaya vida inteligente la de los vampiros de nuestras ficciones!

—¡Has vuelto cual émulo de H. D. Thoreau, y tienes tu versión original del mito de la caverna platónica!

—Es mi opción, no hay otra en medio de esta comparsa de fantoches. Escogí la abundancia de lo silvestre, a pesar de que en general se redujo a una situación enfermi-za el antiguo esplendor boscoso del cerro Ilaló. Una vez capturado lo esencial para qué devolverse a esa gigantesca caverna de sonidos febriles, fábrica de rebaños que apenas respiran para el *yo produzco basura/ yo consumo basura*.

—Maestro, un día de estos vas a desaparecer des-pacio a la manera de Kantoborgy o fallecer de súbito a se-mejanza del marqués de Olivares y Yaguarzongo. Entonces, como esta noche, se dará la coyuntura de lo alado, la música que impregnó tu niñez, la sombra y el trasluz de los bos-ques baquianos.

—Estamos poetas, Olegario. Esta manía de nombrar intuitivamente, a partir de su génesis, a una futura obra musical, ha hecho que ponga título a la visión que tuve. Me escuché en las tablas de radio-libre Marañón proclama-do: “Estoy en el ambiente propicio para fluir como el ojo de agua que baña mi jardín emparedado. A esta suma de arpegios la hemos llamado, *La soledad del murciélago*”. La soledad del murciélago será la soledad de los aristócratas. Será mi soledad, la tuya, la de Moraima, la de Amadeo de Saboya, la de Frida, la de Virginia, la de Francisco José, la de Anastasia... Será la soledad de todas esas voces únicas que corren desde la vertiente que nace en el domo del Panecillo para fundirse con el río-mar.

—Son las voces irreductibles que hacen el surtidor de radio-libre Marañón. Cierra, maestro, con una de tus preferencias sinfónicas.

—Como decía Moncho de la novena de Beethoven, “denme la gloriosa o nada”.

—Angélica Inés, que corra y azogue airosa la novena de Ludwig, empecemos con el segundo movimiento, molto vivace...

VIAJE Y DESTINO

Es la máquina animal que se ha perfeccionado desde hace sesenta millones de años. El radar del mamífero volador sintonizó con la línea casi recta que lo tiene navegando raudamente rumbo al punto que fijó en la amazonía. No hay dónde extraviarse, su instinto atávico de orientación está conectado al campo magnético del planeta. Viajero silencioso de la noche, se fía del mapa interno que grabó las señas de su próxima residencia selvática, y no descenderá hasta que la vea con los ojos del quiróptero, o, más seguro, cuando ubique los anillos de Pelancocha mediante la ecolocalización del pescador, entonces estará a un golpe de alas de su hogar-santuario: el higuerón de noventa y nueve pilares.

Viene volando muy alto, infatigable, cual maestro original del arte migratorio. Esta madrugada no se embarcó en los pequeños círculos que hacía el zorro volador para distraerse del diario. En vida del marqués, antes del alba, forzaba el mínimo de ejercicio alado, se iba de ronda por entre las cúpulas del arte barroco de la milla histórica hasta dar con el cenit del domo de El Panecillo, donde le complacía posarse para escuchar la música que brotaba de ahí y de paso refocilarse con un cambio de aguas. Esta vez conectó con radio-libre Marañón colgado de la viga de los adioses del palacio de Guápulo, aguardando la cálida corriente aérea que de súbito desplegó sus instrumentos de aletear y lo elevó por los cielos en un santiamén, coincidiendo con

la novena del divino Ludwig que se desató en el dial. Fue como si el *scherzo*, del segundo movimiento de *la gloriosa o nada*, lo catapultara a dialogar con la sensualidad de Selene. Durante los primeros minutos de vertiginoso ascenso y estabilidad en la altitud de crucero espacial, escuchó como un bendito la melodía de su transmigración; los acordes indómitos del *molto vivace* de la novena detonaron la propulsión del murciélago.

No regresó a ver a La Medusa Multicolor, la gran urbe que acogió al marqués como a uno de sus inquilinos predilectos, y que más tarde rendirá honores póstumos al prohombre ido. Los adioses prodigados por los oyentes de radio-libre Marañón fueron suficiente combustible para el murciélago que tardó veinte años en desprenderse de su forma humana. Conforme la euforia del despegue se disipó en aras de tomar control de una altitud y velocidad constante, se fue percatando que los grandes perímetros urbanos iban quedando atrás así como la contaminación lumínica que deriva de ellos. Tan rápido ha superado un buen trecho de tierra volando a cielo abierto, que las ciudades no reflejan más en el ambiente, y la claridad hacia oriente es el regalo de luna llena. “Oh, noche oscura, cuántas estrellas fulgentes abrigas en tu seno”, barruntó en el umbral que lo ha conectado con el firmamento que titila encima de él, y, bajo él, ya percibe los efluvios que emite el dosel de la cuenca amazónica.

Dos lustros preparándose para prescindir del saco bioregenerable del ilustre marqués y se disparó, por sí sola, la integral del murciélago. No había que apresurar la metempsicosis, asimilando que lo de encarnar a Salvador Pineda Pinzano era imprescindible paso de los de su estirpe para dar el salto a la edad del rey murciélago. Tenía que darse así, salir volando por el balcón grande del palacio de Guápulo, habiendo amado al hombre que fue puente del futuro que está haciendo el murciélago. No está huyendo del mundo, está dejando atrás lo de residir en edenes sinté-

ticos a costa de grandes infiernos artificiales. Sí abandonó el escenario de los hombres perdidos en la era de obras monumentales, impedidos de consumir las pequeñas felicidades del ocio indispensable para la vida.

Bajo este nuevo orden los ojos están sincronizados con el sexto sentido de su millonaria evolución, la ecolocación, ese radar sin parangón con el que cuenta para ubicarse en la cima de los mamíferos. Cuando el marqués alquiló por una sola vez, *en exclusividad*, las instalaciones de Remoto, lo hizo con la franca intención de probar las habilidades de los sentidos originales del quiróptero. Tenía que probar al murciélago bajo los rigores y peligros que implica ser una especie insertada en la lucha de las especies de la selva tropical, donde tragar o ser devorado es lo que mantiene el equilibrio entre presa y depredador. Presa y depredador se encaran desnudos, con las defensas, y poder de muerte, que les otorgó el fascinante orden de la vida. Vaya que fue un impacto crucial el haber conocido el pedazo de jungla que tanto le había recomendado Olegario Castro, diciéndole jocosamente algo que se convirtió en veraz predicción: “Verás cómo te cambia la existencia salir de lo rutinario de la civilización de los muertos en vida para ir a dar a su antípoda... Ándate ya, este rato, a rentar los servicios de la hostería Remoto, negocia con el señor Tomás Vanbeberen tu visita a los anillos de Pelancocha”. Y por hacerle caso al montañero está bajando de la serranía a la cuenca media del río Napo, usando su propio medio de locomoción tan silencioso como impoluto, encarnando a la máquina animal que lo conduce a El Dorado, gozando de los instrumentos de vuelo que han venido calibrándose durante sesenta millones de años.

Su pasada estancia en Remoto, a cuenta del dinero bien usado del filántropo, determinó este presente de inexplicable maravilla. Desde que falleció Diana, inmolándose por amor, él presintió que algún momento le iba a llegar la hora de la transmigración, pero no sabía cuándo y cómo le arribaría de un modo natural, sin tener que obligarse a ello,

porque la aurora del pescador-recolector tenía que alumbrarse espontáneamente, sólo podía surgir airoso con el fin de los apegos sentimentales y materialistas de Salvador Pineda Pinzano y no a pesar de éstos. El instante que el hombre dijo sí al reinado perenne del murciélago, concluyó el conflicto de baja intensidad que había por la incertidumbre de no saber cuándo se iba a efectuar el traspaso total de una unidad de carbono a otra. No hubo fractura de su alma conjunta, no hubo radical decantación entre el bien y el mal; hombre y murciélago fueron una sola mente con formas diferentes. No se suscitó la lucha a muerte que se dio entre el ejemplar doctor Jekyll y el endemoniado señor Hyde, que concluyó en la neutralización de ambos, o sea, con el suicidio del creador iluminado y por ende de su criatura horripilante. Más bien, la desaparición de la identidad Salvador Pineda Pinzano, se convirtió en entretenido trámite, un asunto divertido y nada tenebroso, a la usanza de las redes de espionaje que esfuman a un querido cofrade para hacerlo renacer con flamante faz en una isla paradisíaca, premiándolo por los heroicos servicios que prestó a la patria.

Un rotundo sí a la vida bajo el dosel amazónico brotó de los labios del marqués cuando terminaron sus vacaciones en Remoto. Durante trece madrugadas el murciélago exploró el segundo anillo de Pelancocha e hizo el descubrimiento del ficus gigantesco de noventa y nueve palos hundidos en la tierra arcillosa. El murciélago salía después de la medianoche de la cabaña número siete, la que se dice está reservada a personalidades prominentes del mundo científico entregados a la preservación de lo que todavía se puede proteger de los *Últimos Lugares Magníficos* del planeta. Esa cálida choza que construyó con sus manos el principal de Remoto, Tomás Vanbeberen, sólo la destinaba a algún huésped "súper importante", como le dijo para halagarlo. Y era lo menos que se podía hacer tratándose del pudiente que alquiló, *en exclusividad*, por dos semanas, el mito y la ma-

gia de Remoto. Pagó por su intimidad con Pelancocha un precio generoso pero acorde al mortal adinerado que era. En sí fue incalculable el valor real del beneficio que recibió de Remoto, por ello, hizo una donación considerable a la fundación dos meses después del hallazgo del gran ficus, valiéndose de los buenos oficios del factótum, Pastor Camacho, Licenciado en Letras.

Los vuelos diletantes entre los campanarios de la ciudad vieja cedieron al mañana del murciélago en la selva tropical, darán lugar al pescador atento a no ser devorado por un depredador que quiera ser más rapaz que él. Quizás en esto radique su mortalidad, suficiente de transmigraciones una vez que existe a plenitud como quiróptero pensante, y, aún contando con las ventajas de su privilegiada evolución animal que superó los límites del entendimiento humano, si se deja comer por otro más adaptado a la lucha de las especies que él, conocerá lo que es la defunción de un bocado. Por eso fue providencial el previo reconocimiento de los alcances de la máquina voladora del murciélago en estado salvaje, lo que hizo fue reivindicar su instinto de permanencia en el paraíso implacable de amazonía, donde nada se desperdicia en aras de la creación. Probarse allí fue la revelación incontrastable de que había marcado destino y su devenir humano no tenía más asidero, la señal esperada se disparó sin atenuantes desde el mismo instante que se echó a aletear sobre los anillos de Pelancocha. El águila harpía, *Guardián de Remoto* -como supo que el chamán Silverio la llamaba-, embistió al murciélago cayendo desde arriba, a segundos de haber alzado el vuelo de la choza número siete. El murciélago pudo haber sido fácil presa del *Guardián de Remoto* de no estar con los seis sentidos del quiróptero prendidos con la luz de máxima alerta; si no nacía por reflejo el quite al agresor, la noticia de la desaparición del marqués hubiese sido radicalmente diferente, ahí sí un misterio cabal. Y, sobre todo, no estaría efectuando este traslado al higuero sagrado sino que hace meses hubiera sido digerido por su depredador y devuelto al bosque como abono.

¿Cuándo iba a tener una aventura así de excitante en el nocturno de corrido iluminado del casco colonial, donde su alerta era poco exigida? Inolvidable fue el primer lance con un depredador de la alcurnia del águila harpía; fue la confirmación del sexto sentido, el de la ecolocación, que funcionó porque se encendió automáticamente, permitiéndole que de un quiebre neutralice el ataque del agresor y que éste se vaya en banda para luego él contraatacar cual poseso suicida. ¡Con qué ferocidad innata del rey murciélago respondió! Vaya que disfrutó a rabiar de su primera acometida de supervivencia, poniendo en retirada a un rival que aparentemente era mucho más que él. Goza de la gracia evolutiva, es la consecuencia del ensayo y error millonario del quiróptero llamado a ser pensante. De su paso por los anillos de Pelancocha se desprendió que su máquina animal estaba sincronizada con el pulso del bosque tropical, todo en él fluía con espontaneidad bajo y sobre el dosel de la amazonía, sus dispositivos para competir por los alimentos estaban de natural adaptados al árbol elegido y su entorno primordial.

Con antelación al viaje exploratorio que hizo a Remoto, se interesó por ubicar su forma dentro de las especies de quirópteros que anidan en el orbe, antes no lo había hecho porque no tenía la decisión a ultranza del marqués de cortar por lo sano el vínculo con la especie humana y sus civilizaciones, y, mientras se servía de esa dualidad, a caballo entre dos suertes diferentes de mamífero, no había manera de ser únicamente el murciélago pensante y sus seis sentidos. Frente al espejo descubrió que su faz se aproxima al *carollia castanea*, atractivo murciélago del trópico oriental ecuatoriano, más que al cachetón pescador mayor de isla de Barro Colorado, aunque tiene las patas y garras muy largas para ensartar peces como este último. Su tamaño es similar al del zorro volador australiano. Ese rostro cubierto de radiante y afelpado pelaje castaño, luciendo la hoja nasal como cuerno, se reflejaba combativo y elegante. El marqués

tuvo que admitir, con humana vanidad, que el perfil del murciélago despedía un porte aristocrático equiparable al del mismísimo Voivo de Drácula.

Ya en el sitio de su primera práctica de fuego real halló que su genotipo era ecléctico y no solamente correspondía a las habilidades del pescador mayor sino que albergaba mecanismos alimentarios de otras especies de murciélagos, así cuenta con una lengua larga con la cual succionar el néctar de las flores que segregan sabroso aroma que atrae al olfato. Posee incisivos de vampiro, muy filosos, pero no los utilizó ayer y no lo hará mañana sino es urgente hacerlo, pues, nunca le atrajo lo de absorber sangre. No le apeteció succionar sangre fresca cuando se le ofreció hacerlo de hermosos cuellos palpitantes, de señoritas y damas europeas, durante el lapso que probó a fondo su mecánica sexual, constatando que en ello estaba muy lejos de tener las ambiciones del tercer conde de Sade porque le faltaba sentir placer, indiscriminadamente, como aquel mortal con sus objetos lúbricos. Tampoco se avendría a usar los colmillos para ensartar sapos, siendo que esta aversión la habrá heredado de los gustos gastronómicos del marqués, éste despreciaba el bocado cardenalicio de las ancas de rana. No le provocó servirse una rana pudiendo hacerlo a granel en los contornos de Pelancocha, ni percibiendo su aroma al alcance de su hocico se animó a darle una tascada a esa carne blanda. No obstante, sólo sabrá que come esto o lo otro el instante que el murciélago cace por hambre. En caso de que algún rato le dé por ser ranero, habrá que ver si cuenta entre sus herramientas de supervivencia con el detector de batracios venenosos para no tragarse una severa indigestión. De lo único que se tentó fue del dulce fruto del higuierón sagrado, no vaciló en clavar los colmillos a la succulenta breva que hizo las delicias del frugívoro. Relacionó que el murciélago tropical puede pasarse la vida entera recolectando frutos de los árboles y miel de las plantas angiospermas y, por añadidura, ser benefactor del bosque al devolverle con creces lo

que toma de él, cumpliendo la doble función de polinizador aéreo y esparcidor de semillas en la hojarasca.

Dos semanas le bastaron para definir sus cualidades de adaptación al ecosistema de los anillos de Pelancocha, y de cómo iba a desenvolverse dentro de ese hábitat propicio para la versatilidad animal, donde hizo un curso intensivo de aproximación al frugívoro-nectarívoro-pescador. Lo irradió de dicha comprobar, en el terreno de su mañana, que no iban a faltar néctar y frutos a su dieta saludable, y no menos sabrosa, por el resto de sus noches boscosas. Además quiso saber si le estaba dado ser el murciélago que engancha a ras de la película de agua un pez, aprovechándose de la ecolocación. Esto fue a modo de examen final de sus habilidades. Aguardó expectante bajo las estrellas, de repente la palometa reflejó su plateado lomo en la superficie, y ¡zas...!, se precipitó sobre el pez, un segundo más y se elevó con la presa ensartada en los puñales flexibles de su garra izquierda, perdiéndose en la oscuridad. Así se dio, lo pudo hacer, para encanto y maravilla de sí mismo, en la postrera madrugada de su estancia selvática. Sería una necedad intentar recuperar el placer orgásmico que le provocó su primera pesca por capricho, y tan deportiva fue la acción que luego de alzarse con el trofeo de su pericia devolvió el pescado intacto, a flotar yerto en el estanque, para que otro depredador lo devore. No era el momento de tragar porque sí, pues no capturó el pez por hambre sino debido a que su instinto de pescador mayor se disparó de sopetón, y ¡zas...!

En la hostería se alimentaba de las “delicias nacionales” que el cocinero Pompilio preparaba con esmero para el millonario huésped, y los dos jóvenes residentes de Remoto, Teófilo y Carmela. Le resultaba ingrato despreciar las creaciones gastronómicas que le presentaba el gourmet en la mesa, las que tan a gusto compartía con los dos jóvenes aspirantes a elfos de bosque claroscuro, y no estaba dispuesto a hacerlo a cuenta de que el marqués pase hambre para potenciar la voracidad del murciélago y que luego éste

se empipe de lo que le caiga al hocico. No había necesidad de aquello, siendo que había escogido residir en este vecindario de la Creación, tenía la vida entera para satisfacer el hambre natural del murciélago. Si hubiese sido un vampiro del linaje de Voivo de Drácula, habría succionado con fervor la sangre real de Carmela, y se hubiera enamorado de ella a muerte, como lo hizo con Diana de Bergantiños. Dado ese supuesto hubieran sido dos murciélagos viajando hacia el higuerón de Pelancocha, pero eso es una ocurrencia que no tiene asidero en su soledad inmediata ni en la de mañana.

El instinto del pescador se mostró como un relámpago en la noche oscura, lanzarse al agua fue el colofón fascinante de los ejercicios que ejecutó para forzar al máximo su sentido de ecolocación. Había volado raudo entre los diversos niveles de densidad del follaje, esquivando los múltiples detentes que opone el ramaje de la selva. Creía estar entrenando para competir en el Olimpo, donde hacen deporte semidioses. Sus madrugadas de Remoto fueron una carrera aérea de obstáculos ajenos a los durmientes pájaros, driblando a trochemoche por medio de los hilos de inconmensurable telaraña vegetal. Le sirvió para su rápida adaptación a la jungla el correcto físico que mantuvo en vida del marqués; por las noches practicó en la pista deportiva que hacían los campanarios del casco colonial. Remoto vino a ser el curso intensivo de aproximación a la máquina animal que es este instante, vuela a gran altitud con los ojos cerrados o abiertos, confiado al radar puesto en automático, siendo este instrumento capaz de a distancia detectar cualquier objeto animado o inanimado que represente un peligro a sortear.

Cuánto le agradó verificar que carece de las facultades inherentes a un insectívoro, no pertenece a la línea de esos serviciales quirópteros que tragan casi el peso de su cuerpo en una jornada de cacería nocturna, aquellos tienen el hocico chato para facilitar la captura y deglución, al vuelo, de todo tipo de alimañas que gracias al formidable

apetito de éstos depredadores no se convierten en plaga, en pesadilla. ¡Larga vida para esos callados héroes, los insectívoros! Está muy acorde con las cualidades que le proveyó la naturaleza, no imagina los días devorando insectos cada segundo, gastando toda su energía en tragar bichos repugnantes pudiendo picar del néctar de las flores y con derecho a prenderse a perfumes venusianos largo. Si hubiese sido del bando de los insectívoros habría renunciado a la metamorfosis completa, pues no es el apostolado que él querría sufrir. Dado el caso, se hubiera resignado a podrirse de aburrimiento en su funda bioregenerable humana, sentenciado a no morir como murciélago pescador mayor de trópico ecuatorial; condenado a desaparecer cada cincuenta años para que no provoque estupor su juventud, cambiando de identidad por instinto de conservación como Dorian Gray, camuflándose entre los números que hacen la cédula de un ciudadano cualquiera.

Revienta la nueva alborada, el viaje a los anillos de Pelancocha está a punto de concluir. El murciélago se abre paso a su aurora, los dragones de oriente lanzan bocanadas de fuego que van encendiendo la negritud de los espejos de agua; incipiente verdor se irá extendiendo en la tibia vaharada que despide el manto amazónico. Está volando bajo, disponiéndose para el aterrizaje dentro del árbol elegido que le remitió la señal de aquí estamos listos para que reines entre los noventa y nueve pilares de tu consagración a la vida original. Este amanecer selvático se presenta tan sublime como el crepúsculo celta que en los acantilados de Bergantiños le trajo su intento fallido de morir amando, mas en este incendio oriental ya no tiene intenciones de inmolarse sino que se entregará al goce de una noche inmedible.

Ningún humano le dará la bienvenida en los predios de Remoto, no estará el chamán Silverio Coquinche, presto en el muelle de la hostería, para hacer el ritual de “la limpia” al murciélago. Sí fue parte de esa religiosa recepción el marqués que no tuvo necesidad de ser expurgado, de quien

dijo Coquinche en un lenguaje que nadie más ahí presente percibió, "...este hombre no está pudriéndose, se está transformando en un gigante arbóreo". Era la primera ocasión que sucedía algo así desde que se fundó Remoto, cuando se instauró la costumbre de que todo visitante sea bañado antes de ingresar a las instalaciones de la hostería, y que los demonios de la civilización no pasen a ésta y el alma de la selva entre liviana al mundo de cada huésped.

Desciende silencioso a la copa del higuerón sagrado que mantiene a distancia a los animales ajenos a su sacralidad, donde no será un murciélago de ultratumba pero tampoco gregario. Aterrizo en el árbol elegido donde reservó su espacio dentro del tronco principal que a partir de este instante será su madriguera, trono y mirador, apenas por debajo del dosel del bosque. Sólo pide a su anfitrión que le conceda absoluto reposo después del portento, ha hecho el traslado aéreo más extenso y extenuante de sus días. La tensión hizo que segregue adrenalina suficiente para hacer del viaje una exigencia divertida, pero arribando al hogar delicioso cansancio envuelve al murciélago, prendiéndose del mullido techo de su guarida aspira la fragante penumbra del árbol milenario. Es como si hubiese pertenecido siglos a este agujero hecho para el reposo del guerrero. Se arrulla en la paz de cuadros edénicos. Si no estuviera consciente de su transición a la melodía mañanera del bosque tropical, rendido a la cálida sombra del nido arbóreo, sospecharía que está inmerso en el seno de la Parca. Así debe ser el postrero paso del viaje encarnado de un vividor, apenas tener voluntad para dormir, ya con el espíritu sometido al éxtasis del retorno a...

Duerme.

Llueve.

No cuantificará el tiempo que reposó bajo el sudor diurno de las nubes tropicales. Aquí no corren las horas como en los rigurosos horarios de la edad política del difunto marqués. Lo cierto es que despertó a una noche cerrada,

tomada por el relente, el finito sueño ha sido efectivo porque vino a la oscuridad lleno de fuerza, y sólo tiene cabeza para lanzarse a su primera cacería por hambre. Qué gana de beber néctar, morder una fruta y engullir carne blanca, le ha inyectado el lapso que permaneció en las profundidades oníricas, abrió los sentidos a un orden de vida que le exige acción inmediata. Una cosa era figurarse con la barriga llena de Salvador Pineda Pinzano el apetito del murciélago en estado salvaje, y otra esta hambre bestial que lo arrojaría a tragar ranas de no tener éxito en el propósito de saciarse con los manjares que este rato le hacen agua los colmillos.

“¡Alerta, alerta!”, será el chillido de combate cuando deje la seguridad del cubil arbóreo para tomar de la jungla lo que le corresponde a su rango en la pirámide alimenticia y, por contraparte, le dará a ella todo lo que puede ofrecer el polinizador y esparcidor de semillas, que es mucho. Sabrá estar en guardia para defenderse de otros cazadores nocturnos que, como las boas, lo consideren una presa. La estrategia que implementará para evitar a posibles agresores de su integridad será la prevención, utilizará el infrasonido a manera de un detente, y si no resulta le quedará huir cual relámpago entre la fronda o contraatacar con la rapidez y ferocidad de una saeta. Confía en su máquina animal voladora, hizo destino, vive la sed y el hambre del murciélago.

Salta brioso al alarido creciente de los diminutos de la amazonía. Sorteando el ramaje hasta colocarse por encima del higuerón. Suspendido en lo alto ubica en la copa del árbol de balsa sus flores amarillas repletas de néctar, prendido de carnosos farolillos saciará su sed. Después acude a morder del ramillete de brevas a punto de desprenderse y caer de lo maduras que están. “Hinquemos el diente a este manjar, así empezamos nuestra primera cena por el postre”, chilló de gusto hundiéndose en el alimento que brinda el ficus sagrado a su guardián. Así le dio la bienvenida la selva de su abundancia, en reciprocidad a la tarea que el quiróptero cumplirá como guerrero del espíritu del bosque. El

alma está invitada a compartir la mesa de altura del murciélago, no se ha interrumpido su viaje sobre la Tierra, sólo se efectuó un cambio de domicilio. Compartirá este pedazo de amazonía con la gente Puca y los residentes de Remoto, hacia los cuales no siente ninguna aversión, por el contrario, será muy agradable observarlos de repente desde arriba. La transmigración no incluyó amnesia del lenguaje adquirido del marqués, sino que a partir de ahí podrá construir en lo desconocido y sufrir el instante con un bagaje que es un tesoro. No habrá doloroso parto de ideas en los cielos e infiernos del murciélago pensante, no más distracciones. Es un fenómeno exento de público para admirarlo.

Cuán comedido es el olvido espontáneo, aquel que no se persigue ni se logra a base de voluntad consciente. No ha minimizado la parte oscura de su alma, no se atiborrrará de los edulcorantes que provocan cataclismos interiores. En esta noche sin luna y vaporosa empezará de la nada, si bien prendió un pez en su pasada visita a Pelancocha, no contó con el anhelo de devorarlo en el acto, fue tal su sorpresa que lo soltó agradecido por el orgasmo de pescar por deporte. No más diversiones humanas. Luego, el pescador mayor, será impelido por la urgencia de proteínas, fagocitará la carne tierna que le brinde la naturaleza.